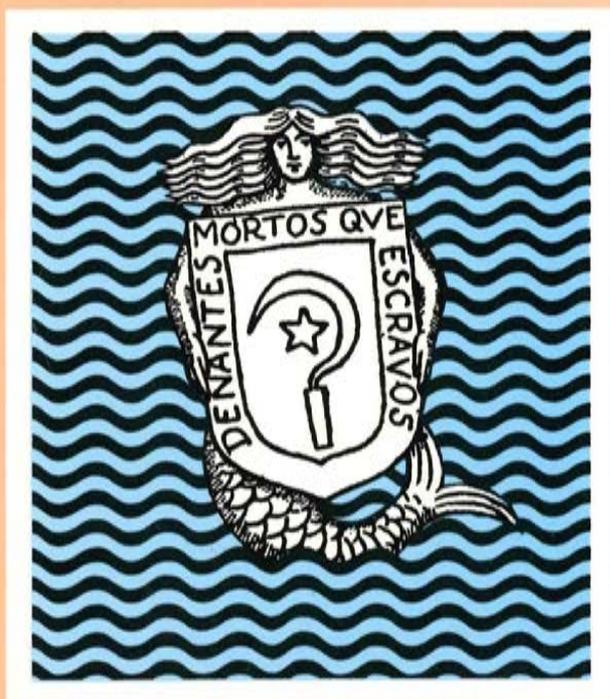


Documentos para a historia contemporánea de Galicia

LOS HIJOS CAUTIVOS DE BREOGÁN

El rastro de Castelao en América

Victoria Armesto



Edicións do Castro

CENTENARIO DO NASCIMENTO
DE CASTELAO
1986

(Viene de la contraportada)

cialmente en nuestros pagos. En la vida de su familia se mezclaron grandes empresas, no sólo periodísticas, y ninguno de los avatares que vivimos le fue ajeno. Ella hizo periodismo desde distintas partes del mundo. El drama de la guerra civil tiene salpicado también a su familia. Nos acordamos ahora de García Lavella, otra de las víctimas de la desmemoriación que todavía padecemos. María Victoria es por encima de todo una periodista. Lo lleva en la sangre, y es un gran valor poder contar con la tradición que en ella se acumula. El periodismo es una cosa muy seria. El testimonio sintético y urgente que obliga al periodismo, ese relato de los hechos para ser comprendido por todos, es un arma insustituible, a pesar de tanto cuento de nuevas «tecnologías» que nos han contado, para comunicar con el pueblo, para bien o para mal.

Ya desde antes de su unión con Felipe Fernández Armesto, María Victoria empezó a interesarse por un mundo que entonces se prohibía: el de los hombres que entendían la restauración del hecho diferencial de Galicia como una esperanza; y fue buscando la información, tan cara de obtener, sobre este mundo que subyacía marginado, desterrado, luego de una gran derrota. Esto le fue valiendo estímulos dentro de ese mundo y por el año 71 recibía el «Pedrón de Ouro» y el Centro Gallego de Buenos Aires la invitaba ese año a las Jornadas Patrióticas del mes de julio. Es en esta ocasión que ella aprovecha para tomar testimonio de aquellos hombres que habían rodeado a Castelao, el rastro mismo que Castelao había dejado en ellos, y del entramado que aquel espíritu tenía a un lado y a otro del Atlántico. Estos testimonios fue vertiéndolos en crónicas periodísticas aquel mismo año. En ellas, además de Castelao, que sirve de personaje central, y que lo justifica todo, desfilan Alonso Ríos, Basilio Alvarez, Suárez Picallo, Blanco Amor, Rodolfo Prada, Otero Pedrayo, Villar Ponte, Fontenla, Curros, José R. Lence, Ramiro Isla, López Cortón, Bartolomé Cossío, Viqueira, Faraldo, Aguirre, Pondal, Murguía, Vicetto, Carré

(Pasa a la solapa 2.ª)

Ediciós do Castro

DOCUMENTOS PARA A HISTORIA
CONTEMPORANEA DE GALICIA



Felipe y María Victoria Armesto

Victoria Armesto

LOS HIJOS CAUTIVOS
DE BREOGAN

EL RASTRO DE CASTELAO
EN AMERICA





EDICIÓS DO CASTRO

Sada - A Coruña

Cubierta: KARAWANE

ISBN: 84-7492-297-6

Depósito Legal: C - 334 - 1986

Gráficas do Castro/Moret. O Castro,
Sada, A Coruña. 1986

INDICE

	<i>Página</i>
PROLOGO	11
I PARTE	
El Centro Gallego de Buenos Aires	19
Eduardo R. Sánchez Millares	34
El vuelo del «Plus Ultra»	40
Manuel Castro López	44
Labor de los Centros Gallegos de Ultramar	49
Monumento al Inmigrante. Manuel Corbacho	52
Antón Alonso Ríos: Esta es su vida	59
II PARTE	
El Instituto Argentino de Cultura Gallega	121
José Fontenla y el Himno Gallego	126
El Ballet de Buenos Aires	132
Un panteón en La Chacarita	135
La muerte de Castelao	140
Rodolfo Prada	154
Ramón Suárez Picallo: Entre España y la Argentina	158
APENDICES	
De «Los Precursores» a la generación «Nós»	185
Alfonso Rodríguez Castelao	191

*Dedico este trabajo al Centro Gallego de
Buenos Aires, en homenaje de admiración
y gratitud.*

¡A lus virá para a caduca Iberia
Dos fillos de Breogán!

Eduardo Pondal

“El destierro va idealizando suavemente mis
nocións de Patria, y hay momentos en que
ya no sé si Galicia existe en la realidad o sólo
late en mi corazón.”

Castelao, “Sempre en Galiza”

PROLOGO

Uno recuerda de sus años jóvenes la atención que se prestaba todos los días en mi casa a las crónicas de Victoria Armesto y «Augusto Assía» enviadas desde Estados Unidos primero y luego desde Alemania Occidental. Eran ambas un bálsamo de libertad, escritas precisamente en unos tiempos en que España navegaba por mares oscuros y tenebrosos. Victoria Armesto, junto a la novelista Elena Quiroga, eran dos mujeres escritoras de lectura obligada entre aquellas personas que buscaban vientos de modernidad y de cambio. Quien me iba a decir que con el paso de los años estaría prologando un libro de este antiguo ídolo de juventud y hoy querida amiga que es María Victoria.

Nacida en el seno de una distinguida familia gallega, María Victoria pronto se decantó hacia la escritura y el periodismo, demostrando que era una digna nieta del legendario Juan Fernández-Latorre, fundador, propietario y director de «La Voz de Galicia». Justamente en este periódico y en el amargo día (10 de enero de 1950) en que se anunciaba, con cierta limitación de espacio impuesta por la censura de la época, la muerte de Castelao, venía una breve entrevista con tres jóvenes escritores gallegos: Mariano Tudeña, Horacio Ruiz de la Fuente y María Victoria Fernández-España y Fernández-Latorre. Decía esta última: «Galicia es, dentro de España, la región lírica por excelencia. Parece como si este afán literario flotara ya en el ambiente y el escritor sólo necesitara impregnarse de él para escribir. En Galicia siempre existirán grandes escritores gallegos y universales, porque el gallego, para conquistar su tierra, quiere antes conquistar el mundo».

Pocos meses después, María Victoria se casaría con el también escritor y periodista Felipe Fernández-Armesto, que con el seudónimo de «Augusto Assía» había revolucionado el arte de la crónica política internacional por su estilo ágil y por sus dotes de sagacidad y observación. Unas dotes que le permitieron vaticinar la derrota de las fuerzas nazi-fascistas cuando éstas arrasaban Europa al comienzo de la guerra mundial y que motivó que un ministro de Exteriores llamado Serrano Suñer enviase al embajador español en Londres, duque de Alba, este drástico telegrama: «Comuníquese usted al corresponsal "Augusto Assía" que si insiste en seguir diciendo que Hitler no ganó todavía la guerra, lo menos con que tiene que contar es con verse despojado de la nacionalidad española».

El matrimonio de Felipe Fernández-Armesto y de María Victoria, ya desde entonces Victoria Armesto en sus artículos y libros, tuvo, evidentemente, un componente romántico, que se percibe desde la diferencia de edad entre ambos hasta el marco elegido para el enlace cual fue la capilla del pazo de Miraflores en la verde campiña de Oleiros. Precisamente Felipe y María Victoria se casaron un 15 de agosto de 1950, a cincuenta años justos de la boda de Juan Fernández-Latorre, el ilustre abuelo de María Victoria, con la distinguida dama Felisa Ozores. Pero además de este componente romántico, el matrimonio fue fructífero por la unión de dos concepciones distintas pero paralelas del buen hacer periodístico. María Victoria era la «gallega meiga», en la buena acepción que esta palabra tiene —por ejemplo— en boca de otra gallega ilustre cual es María Casares (ver su extraordinario libro de memorias «Residente privilegiada»), con un estilo ágil, abierto, directo, agradable, capaz de conectar tanto con la Galicia liberal y conservadora como con la Galicia rústica, campesina y proletaria. Felipe Fernández-Armesto era el periodismo sagaz, agudo, penetrante, sin dejar nunca por ello de mantener una flema británica sobre la que predominaba el humorismo escéptico e irónico de los celtas.

María Victoria ha compaginado maravillosamente la práctica del periodismo con la escritura, siendo el exponen-

te más claro de ello la redacción del monumental libro «Galicia feudal», que publicado en 1969 por la Editorial Galaxia agotó pronto dos ediciones y hoy es manual de obligada consulta para todos aquellos estudiosos de la historia de Galicia. En «Galicia feudal», María Victoria nos habla del culto jacobeo, de Prisciliano, del triunfo y tragedia de Diego Gelmírez, de las relaciones de los gallegos con Pedro I el Cruel, de los Irmandiños, de los condes locos, del hospital Real, de Fonseca y las Germanías, de Galicia y las Comunidades de Castilla. Son seiscientas páginas de documentación exhaustiva, escritas no sólo con gran rigor sino con profundidad en el análisis sociológico de la época.

En 1964 vio la luz el libro «Dos gallegos: Feijoo y Sarmiento», editado por Moret. Es un estudio interesantísimo sobre la vida y obra de estos dos frailes eruditos. Para María Victoria, Feijoo es «el hombre que reconcilia la religión y la ciencia» y Sarmiento «el viajero incansable de Galicia, estudioso de su cultura, su lengua, su botánica, sus minerales y sus gentes». El libro está dedicado a su marido, «periodista orensano, viajero, hombre de acción, amante de su tierra».

En 1973 se publicó «Verbas galegas», editado por Galaxia y escrito en idioma gallego. María Victoria nos habla de los mercaderes de la vieja Coruña, de los médicos de la escuela de Fonseca —como Varela de Montes y Novoa Santos—, de Fray Martín Sarmiento, de Lamas Carvajal, de los juglares gallegos y de la generación «Nos», siendo esto último la transcripción de una conferencia que pronunció en el Centro Gallego de Buenos Aires en julio de 1971 y dentro de las «Xornadas Patrióticas» de tan importante asociación.

Posteriormente se publicaría «Herminia», editado por «La Voz de Galicia» en 1976 y en el que la parte principal lo constituye una magnífica semblanza de ese personaje original que fue Herminia Rodríguez Borrell y cuya lectura me inspiró un capítulo de mi libro «El franquismo en Galicia» que titulé: «Herminia Borrell, pogue y hippy antes de tiempo». Junto a este relato, María Victoria incluye una serie de narraciones que titula «La otra cara de la luna», entre

las que destacan «40 Wall Street», «Roxmor Inn», «En Washington Square», «Juan Gallego Corporation», «Toñico», «Un ángel negro», «Barlovento» (artículos mayormente escritos en EE.UU.), y una tercera parte titulada «Los caminos sin camino» con tres relatos: «Buda», «Un revolucionario tranquilo» y «La historia del compadrito».

Aparte esta intensa actividad literaria y periodística en defensa de Galicia, que le valió —entre otras distinciones— ser galardonada en 1971 con el «Pedrón de Ouro», María Victoria se ha dedicado desde 1976 a la actividad política y en la que ha destacado igualmente. Diputada de Alianza Popular por La Coruña en las tres legislaturas, ha formado siempre parte de la Mesa del Congreso, primero como vicepresidenta y luego como secretaria, consiguiendo ser la más popular de los diputados gallegos, gracias a una intensa actividad plasmada en múltiples visitas a todos los rincones de la provincia coruñesa, traducidas luego en numerosas interpelaciones sobre problemas concretos. A este respecto, y en una extensa entrevista que la hice en septiembre de 1981 para «El Ideal Gallego», nos respondía así María Victoria:

«Yo he procurado ocuparme siempre de la gente. Cuando tú ves que en nuestras aldeas no tienen luz. Cuando tú ves que muchas carreteras son auténticas *corredoiras*. Cuando tú ves que gente honrada y trabajadora no se atreve a pedir un crédito o a formar una cooperativa. Cuando tú ves que la gente pierde días y días en ir a la ciudad a rellenar impresos y más impresos que no valen para nada, el diputado tiene que hacer lo posible por remediar estas cosas».

Y ahora María Victoria reanuda la publicación de libros. Es éste que estamos prologando una compilación de una larga serie de trabajos publicados tras un viaje a la Argentina a comienzos de los años setenta y en donde la periodista y escritora gallega contactó con «los hijos cautivos de Breogán», procedentes muchos del exilio de la guerra civil. María Victoria fue una especie de embajadora de la libertad y de la esperanza, de aquel exilio interior que mantenía con la difusión de la cultura gallega la llama contra el uniformismo del Estado. «Non é certo —dirá María Victoria

en una de sus conferencias— que o galego fora un dialecto dexenerado, senón, polo contrario, "a raigaña nai" da lingua portuguesa... Hoxe estamos vendo como xurde unha nova e afervoada xeneración galega disposta a seguir polos vieiros sinalados polos endexamáis esquecidos mestres da cultura galega».

Gracias a María Victoria y a sus crónicas en «La Voz de Galicia», muchos gallegos de acá tuvieron por primera vez noticia de la dramática historia de la muerte de Castelao, de la vida novelesca de Antón Alonso Ríos, el «fuxido» señor Afranio de la guerra civil; del también diputado republicano Suárez Picallo, de Rodolfo Prada, de las peripecias del Consello de Galiza, del Centro Gallego de Buenos Aires, luz y guía de la diáspora ultramarina, etc.

Por ejemplo, en el artículo «Alba de gloria» publicado en «La Voz» el 7 de enero de 1975, María Victoria se refiere al discurso de igual título pronunciado por Castelao el 25 de julio de 1948 en el Teatro Argentino de Buenos Aires —y que puede considerarse como su testamento— con estas palabras: «Es de esperar que el día en que nuestra región desarrolle su conciencia moral y cívica, nuestros niños, al tiempo que el himno de Galicia, aprendan de memoria párrafos de este discurso».

Y toda esta larga serie de crónicas de Victoria Armesto (que ya habían sido escritas pensando convertirlas en libro) no podían quedar ignoradas y obligar a los estudiosos del tema a la pesquiza laboriosa de las hemerotecas. Era necesario recopilarlas, reescribir algunas y matizar otras, agrupándolas todas para que estuviesen a disposición no sólo de los gallegos de uno y otro lado del océano sino de los españoles todos. Con ello evitaremos el que se repita aquella frase de Mihail Koltsov, el corresponsal ruso del «Pravda» en la guerra civil española, cuando decía amargamente a Ilya Ehremburg: «¿Qué quedará de mí? Artículos de periódico que sólo viven un día». Afortunadamente, el pronóstico no se cumplió y Koltsov pasaría a la historia por su «Diario de la guerra de España», en donde se recopilaban

tales artículos, al igual que María Victoria pasará por su abundante producción periodística, a la que habrá que añadir la ya citada de investigación histórica. Producciones ambas que se enriquecerán más todavía pues María Victoria está, por su edad y temperamento, en el momento cumbre de su carrera.

CARLOS FERNANDEZ

La Coruña - enero de 1986 - Año del Centenario de Castelao

I PARTE

EL CENTRO GALLEGO DE BUENOS AIRES

El 14 de julio del año jacobeo 1971 llegamos a Buenos Aires, que para nosotros es la mayor "ciudad gallega" del mundo. En la capital argentina, que tiene unos 6 millones de habitantes, viven unos 400.000 gallegos.

Nuestro viaje a Buenos Aires tenía por objeto participar en las "xornadas galegas" que, todos los años por esta misma época, patrocina el Centro Gallego. Era la primera vez en sus cincuenta años de historia que invitaban a una mujer.

Por ser invitados del Centro Gallego, los aduaneros nos otorgaron tratamiento de honor. Pasó nuestro equipaje sin abrir, pasamos Juan y yo sin vacunar (nos habíamos olvidado de cumplir con este trámite reglamentario).

La alegría de los saludos en el aeropuerto se refleja en las primeras fotografías que nos hizo Eligio González, Eligio, nacido en Entrimo, Orense, se convirtió en nuestra "sombra". Cada vez que me levantaba para hablar yo le veía enfrente, con su cámara. Llegué a tomarle mucho afecto, en parte por su gentileza y en parte porque me recordaba a viejos fotógrafos gallegos que rodearon mi juventud, tal y como *Artus* y *Cancelo*.

—E un nome ben raro iste de Eligio —le dije un día en que almorzábamos juntos, huéspedes del Centro de Pontevedra.

—Pois en Bande hai moitos —aseguró el fotógrafo (1).

(1) Casi finalizadas las «xornadas galegas», el fotógrafo sufrió un ataque apopléjico y tuvo que ser hospitalizado en el sanatorio del Centro Gallego.

El Centro Gallego dispuso nuestro alojamiento en el hotel Nogaró, el cual según creí entender, era propiedad de unos catalanes. Se trataba de un hotel relativamente pequeño, bien situado y atendido, sito en la calle del General Julio Roca, cerca de la estatua ecuestre del mismo general-presidente, muy cerca también de la Plaza Rosada, a unos pasos de la famosa *calle Florida*.

Tenía el hotel un buen restaurante, muy frecuentado durante la semana por gente de negocios y por algún extranjero.

Entre el personal abundaban los gallegos. Uno de los "maitres" era de Celanova y gustaba recitar versos de Curros Enríquez. La primera camarera —que en Argentina se le dice «*mucama*»— que nos atendió se llamaba *Isaura* y era natural de Allo en La Coruña.

—Eu son filla do *Bigotes*— nos dijo.

¡Y qué pequeño es el mundo! Resulta que conocíamos a su padre, Manuel Rama, casero del Dr. Manuel Varela Radio.

Recuerdo con simpatía a uno de los porteros que nos recibía, unas veces gritando «*terra a nosa*» y otras veces «*viva Galiza ceibe*».

Este entusiasta galleguista tenía algunas propiedades en Lavadores, Vigo, y estando nosotros en La Argentina recibió una carta apremiante de unos parientes diciéndole "que tenía que venderlas urgentemente porque, según las *nuevas leyes*, se las iban a expropiar".

Antes eran los de América los que se aprovechaban, ahora son los propios gallegos quienes se revelan dispuestos a negociar a costa de la ausencia de sus hermanos.

A la puerta del Nogaró estaba muchas veces estacionado el turismo de *Costa*, otro gallego.

Era, según nos contó, hijo de un capitán mercante, tenía dos hermanos en La Coruña dueños de varios barcos pesqueros. Costa antes de ser taxista también fue marino; una vez pasó 119 horas en un bote salvavidas después de haber naufragado en el estrecho de Magallanes.

El padre de Costa, el capitán mercante, fue protagonista de una historia trágica y romántica. Enfrentado con un oficial de su barco, en un duelo, le mató. Luego había huido de Galicia con su mujer y el más joven de sus hijos. Costa era muy amigo del portero galleguista y padrino de su única hija. El portero se encargaba de facilitarle clientela y por esta razón casi siempre estaba a la puerta del hotel.

Costa nos lleva en su coche al Centro Gallego.

Vamos por la calle Moreno después de atravesar la impresionante avenida *9 de julio*. El coruñés se revela orgulloso de sus cinco hijos y especialmente del mayor que, según se dice en La Argentina, acaba de *recibirse ingeniero*.

Costa evoca su reciente viaje a Galicia, el primero en cincuenta años. Apenas nada en la estructura de la nueva Coruña le recordaba la ciudad de su infancia. Vio a sus hermanos, recogió algunos duros de su herencia y luego los gastó con su mujer comprándose ropa en Barcelona. Nos dice que la ropa es mejor y más barata en España y que, por añadidura, los fabricantes tienen más en cuenta la conveniencia de las personas gruesas. Para Costa es un punto importante ya que rebasa los 90 kilos. Mientras charlábamos yo iba, a la vez, pensando en la historia del Centro Gallego de Buenos Aires. Yo ya la conocía bastante bien, aquel 17 de julio, porque antes de salir de España había estudiado algunos libros (2).

Ahora conozco también algunos detalles curiosos, anécdotas divertidas de esas que rara vez aparecen en letra impresa. Son cosas que voy recogiendo y que forman parte del legado oral.

El actual Centro Gallego de Buenos Aires heredó el nombre y en parte la tradición de un primer Centro Ga-

(2) Y de un modo especial «Los gallegos en la Argentina» por Alberto Vilanova Rodríguez, en 2 tomos, laureada con el premio Historia en el concurso de 1957, celebrado para conmemorar el cincuentenario de la fundación del Centro Gallego de Buenos Aires, Buenos Aires 1966, «Historia del Centro Gallego» por Rogelio Rodríguez Díaz, Buenos Aires, 1940.

llego fundado en 1879 por Manuel Barros, Bernardo Barreiro y César Cisneros Luces.

Cisneros Luces sacó el primer periódico gallego que se editó en Sudamérica (3).

Bernardo Barreiro, nacido en Santiago, es el autor de "Galicia Diplomática" y de «Brujos y Astrólogos de la Inquisición».

Emigró dos veces a la Argentina. La primera vez marchó descorazonado por el fracaso de la República Federal y la segunda todavía más triste y convencido de que ya nunca se restablecería en España. Bernardo Barreiro es el padre de Alejandro, el que fue durante tantos años nuestro director en "La Voz de Galicia". (4).

Manuel Barros, también periodista, se llamaba en realidad Manuel Vázquez Castro. Era, entre los fundadores del primer Centro Gallego, el único adinerado. Por supuesto que no había hecho su fortuna escribiendo: es que se había casado con Paula Florido y Toledo, una de las mujeres más ricas de La Argentina.

Manuel Barros y Paula visitaron a Rosalía de Castro el día 6 de abril de 1884 y el 5 de enero siguiente falleció repentinamente Barros hallándose en Sevilla. Era todavía un hombre joven, bien parecido. A la viuda le quedó una hija póstuma que luego se casó con un muchacho de Villagarcía y que murió también joven y sin dejar descendencia (5).

(3) Se llamaba «El Gallego», con periodicidad semanal. Su primer número apareció el 27 de abril de 1879, desapareció, tras 73 números en 1880.

(4) Bernardo Barreiro estuvo en La Argentina en 1874 y en 1877. Dos años más tarde volvió a Galicia, falleciendo en La Coruña el año 1904.

(5) Manuel Barros fundó «La Revista Galaica» y, en 1888, «La Nación Española». Para la segunda escribió Rosalía de Castro los poemas que habían de constituir su libro «A orillas del Sar», luego dedicado a Manuel Barros y a otros gallegos de América. Barros, en una carta, describe su visita a la casa de Rosalía. La poetisa les recibió en su despacho en donde tenía una mesa, varias sillas y una estantería con libros. Estaba ya gravemente enferma pero, según Barros, les habló durante largo rato con mucha simpatía y gracia, porque era una mujer graciosa e irónica. Barros pensó que Rosalía estaba muy sola, abandonada, en una casa

La viuda de Manuel Barros (mujer a lo que parece de fuerte capacidad amatoria) aun se casó tres veces más. Su cuarto marido fue Lázaro Galdeano, a quien designó como heredero. Gracias a la fortuna de Paula, Lázaro Galdeano pudo coleccionar esas obras de arte que hoy forman el "Museo Lázaro Galdeano" legado al Gobierno Español.

Se cuenta que cuando todavía era la viuda de Manuel Barros, Paula visitó en Padrón a los familiares del periodista y que la madre de Manuel Barros, mirando con pena a su nietecita, se lamentó en gallego:

—Probe da miña neniña ¿qué vai a ser de ti sen teu pai?

—No se preocupe señora —la tranquilizó Paula— la nena tiene más de un millón de pesos.

Entre Manuel Barros, Bernardo Barreiro y César Cisneros Luces redactaron un manifiesto explicativo de lo que iba a ser el Centro Gallego de Buenos Aires.

En dicho manifiesto reflejan también su nostalgia y sus afanes culturales y democráticos: "Los gallegos que vivimos alejados de Galicia y que por ella suspiramos... vamos a bañar el espíritu y a refrescar la mente en las aguas saludables de la enseñanza común, formando bibliotecas y levantando templos al saber. Vamos a reunirnos en un templo... donde tanto el joven como el anciano, el sabio como el de modestos alcances, el propietario como el hacendista vivan la existencia expansiva de la armonía y de la comunicación, aprendan economía para alcanzar recursos para retornar a Galicia".

También en los mismos estatutos se revela una preocupación cultural —la insistencia en proporcionar clases nocturnas a los trabajadores— y un celo patriótico: "que el Centro no sea nunca indiferente a las angustias de Galicia".

poco confortable pero se dio cuenta de que ella era capaz de superar todas las dificultades y todos los dolores porque era una mujer valerosa «capaz de morir cantando como el cisne de Europa».

Bernardo Barreiro, Manuel Barros y Cisneros Luces fueron los fundadores del Centro Gallego, el nombre se lo dio Manuel Salgueiro Bravo, un antiguo mancebo de botica (6).

El primer Centro Gallego tuvo su modesto local social en la calle de Lima. A la fiesta inaugural concurre el Dr. Ayera, presidente de la colectividad vasca, quien dijo en su discurso:

“Que en vuestras filas, hijos míos, no hallen camino la discordia ni la intriga, unidos seréis fuertes y respetados, separados se derrumbará este magnífico concierto”.

También Cisneros Luces, desde su periódico: “Unámonos”, hacía en el mismo sentido insistentes llamamientos.

El primer Centro Gallego de Buenos Aires se funda en 1879. Tres años después, inspirados en el ejemplo bonaerense, los gallegos de La Habana crean el Centro Gallego, que fue una de las grandes instituciones galaicas en el exilio y que duró hasta nuestros días. Curiosamente lo rompe el hijo de un gallego emigrante: Fidel Castro.

Mientras el cubano estaba destinado a tener una vida tan larga y gloriosa, el primer Centro Gallego de Buenos Aires desapareció al cabo de unos pocos años.

Parece que el consejo del respetable Dr. Ayera fue entendido al revés. Se pelearon los directivos, los vocales y los asociados y aquello acabó como el rosario de la aurora. En su efímera existencia fue imposible realizar aquellos magnos proyectos sociales y culturales sentidos por los periodistas fundadores,

Lo único que llegaron a realizar fue seguramente aque-

(6) Manuel Antonio Salgueiro Bravo, que acuñó el nombre de «Centro Gallego» nació en Gondomar, Pontevedra, en 1842. Después de ser mancebo de botica en Bayona y en Pontevedra, lo fue de la farmacia «El Siglo de Buenos Aires. Pudo observar (año 1866) que en la Argentina no estaba explotada la manufactura de la cola. De esta observación nació su fortuna. Cuando se fundó el primer Centro Gallego fue designado vocal. Vilanova, op. cit. 1 volumen, pág. 722.

llo que menos necesitaban los emigrantes gallegos: unos Juegos Florales (7).

Cierto que fueron brillantísimos y que los presidió don Nicolás Avellaneda, ex presidente de la República Argentina (8).

También se interesó por los primeros Juegos Florales gallegos el propio presidente de la República, que era el general Julio Roca, el mismo de la estatua ecuestre cerca de nuestro hotel.

El presidente donó una corona de oro, premio al mejor poema que se escribiera sobre el tema “el porvenir de la raza latina en América”. La cosa no tenía mucho que ver con Galicia o con los gallegos pero sin duda el interés presidencial resultaba altamente halagador.

* * *

Desde que desapareció el primer Centro Gallego, no cesaron los intentos de resucitarlo. Uno de los que con mayor empeño se propuso levantar la caída institución fue José María Cao Luaces —quizá el gallego más interesante entre los emigrados por aquel tiempo a La Argentina.

José María Cao Luaces nació en Cervo, Viveiro, el año 1862. Su padre trabajaba en la fábrica de loza de Sargadelos y fue en esta misma fábrica donde Cao hizo su aprendizaje como dibujante. Más tarde, y ya en Gijón, fue discípulo del famoso escultor José María Rodríguez, de Ribadeo.

De la fábrica de Gijón, José María Cao pasó a la de porcelana de Vallecas. Más tarde se instaló en La Coruña.

Cao era un ferviente republicano federal. Una desilu-

(7) Los primeros que se celebraron en Sudamérica.

(8) Hijo del presidente Nicolás Avellaneda fue el Dr. Marcos Avellaneda, embajador de la Argentina en España, autor del libro titulado «Un verano en Galicia», Socio honorario del Centro Gallego.

sión semejante a la sufrida por Bernardo Barreiro, le decidió abandonar España en 1886.

José María Cao sufrió muchas penalidades en los primeros tiempos del exilio. Era tan pobre que se ganaba la vida haciendo caricaturas en el Paseo Colón de Buenos Aires. Luego comenzó a trabajar en la famosa revista satírica "Don Quijote", que dirigía Eduardo Sojo.

Cuando la policía metía a Sojo en la cárcel, Cao le reemplazaba en la dirección. Sojo firmaba con el pseudónimo de "Demócrito" y Cao con el de "Demócrito II".

En 1892, José María Cao funda "El Eco de Galicia", pero la publicación que mejor refleja su personalidad, su genio artista y su temperamento anarquista, es la revista de Buenos Aires "Caras y Caretas" de la que llegó a ser director.

"Caras y Caretas" influyó mucho en la formación artística y moral de Castela, que se familiarizó con ella cuando vivía en La Pampa, siendo niño. Más tarde, Castela confesó su admiración por Cao, al que consideraba como un gran dibujante y como un gran literato (9).

A pesar de que José María Cao era uno de los hombres más populares de la colectividad gallega, fracasó en su intento.

La gestación del segundo Centro Gallego resultó extraordinariamente laboriosa. Para que naciera tuvieron que unirse tres orfeones y para que se unieran los tres orfeones —cuyos componentes estaban peleados— fue necesario que falleciera el músico Pascual Veiga en 1906.

Entonces, olvidándose momentáneamente de sus rencillas, los tres orfeones, el Gallego, el Gallego Primitivo y el Mindoniense se presentaron reunidos en el teatro Victoria (hoy Maravillas) y 120 voces entonaron la Alborada de Veiga.

Ninguno de los presentes olvidó nunca aquel momento solemne. Muchos lloraban y no sabían si era por la

(9) José María Cao falleció en Lanus, Buenos Aires, el 27 de enero de 1928.

belleza armónica de la Alborada, si era por la muerte de su autor, o si era por la lejanía de la Galicia ideal.

Aquella audición vino a crear en la colonia una inquietud espiritual, una emoción patriótica, una intensa morriña y, profundizando en el sentimiento colectivo, tres días más tarde (3 de noviembre de 1906) José María R. Lence, director propietario de "El Correo de Galicia" y redactor de "El Diario Español", escribió un artículo proponiendo la creación de un nuevo Centro Gallego cuya principal misión sería la de acoger a los emigrantes y buscarles trabajo.

La iniciativa tuvo eco. Entre los primeros que ofrecieron su colaboración figura Antonio Varela Gómez, presidente del *Centro Vigués*.

El día 7 de noviembre de 1907, y en la casa de Antonio Varela, calle de Alsina 946, nace el segundo Centro Gallego de Buenos Aires. Una comisión, de la que también formaban parte los representantes de los tres orfeones, designa como presidente a Varela y redacta un manifiesto que, dirigido a la colectividad, estaba firmado por catorce personas.

Eran, sin ellos mismos saberlo, los pioneros en una de las mayores empresas nunca creadas por los hijos de Galicia.

De la Alborada iba a surgir este gran edificio ante el cual se detiene ahora el coche de Costa (10).

Estamos en la calle Belgrano 2199. Contemplo la casa de las dos torres que es a un tiempo centro social y cultural, clínica y sanatorio.

El Centro Gallego de Buenos Aires es la mayor sociedad gallega en existencia. Hoy tiene más de 105.000 asociados. Entre ellos los naturales de Galicia son minoría, predominan los argentinos pero, como muchos son descendientes de emigrantes gallegos, todavía se mantiene vivo el mismo espíritu que alentó la creación.

(10) El cardenal metropolitano, Monseñor Copello, bendijo la piedra básica del nuevo edificio.

El edificio se asienta sobre cuatro piedras recogidas en el campo de Elviña, La Coruña, en las murallas de Lugo, en el pazo de Casdemiro, solar orensano del Padre Feijoo, y en el Monte Santa Tecla de Pontevedra (11). Fue construido en 1932 siendo presidente don José Villamarín, rico fabricante orensano quien, como se casó ya muy mayor, tuvo en el Centro durante muchos años su verdadero hogar.

A la entrada, el vestíbulo es redondo, con columnas, hay dos estatuas, una de Rosalía y otra de Castelao. Al fondo se encuentra una pequeña librería o más bien quiosko en donde se pueden adquirir los libros que edita el Centro Gallego y los que les llegan de Galicia.

Si no fuera por las estatuas, por los libros y por el bilingüismo, uno se creería en un Ministerio español de mucha actividad, digamos el de Industria y Comercio, tal es la multitud de gentes que entran y salen para consultarse, para visitar a parientes o amigos hospitalizados, para recoger medicinas o, tal vez, para ir a la biblioteca.

En general se oye hablar castellano con acento porteño, pero también se oye mucho gallego y los funcionarios tienen orden expresa de atender cuando se les habla tanto en una lengua como en otra. Aunque ellos mismos no sean gallegos están forzados a entenderlo.

Pasando por las oficinas de la administración vi que uno de los funcionarios tenía en su mesa dos retratos, uno de Rosalía y otro de Castelao.

Al entrar en la biblioteca (en donde dos jubilados leían el uno "La Voz de Galicia" y el otro "El Faro de Vigo") dediqué un recuerdo al primer bibliotecario del Centro Gallego, don Francisco Lorenzo Rico, ferviente republicano de Mondoñedo, amigo y correligionario del

(11) La piedra básica del nuevo edificio, en la que se engarzaron las cuatro gallegas, fue bendecida por el cardenal metropolitano, en presencia del presidente de la República Argentina, general Agustín P. Justo, y del embajador de España, Alfonso Dávila, el día 25 de julio de 1932.

Dr. Leiras Pulpeiro (12). También me acordé de don Ricardo Rodríguez Pastor, banquero de La Coruña, que puede considerarse como fundador de esta biblioteca —que hoy tiene más de veinte mil volúmenes— ya que le mandó de regalo los primeros libros.

Al salir conocí a Méndez, uno de los recepcionistas del Centro Gallego. A Méndez le falta el brazo izquierdo. Me dijeron que es uno de los tres mutilados del ejército republicano que actualmente viven en Buenos Aires.

Nos metimos en uno de los ascensores y Méndez nos llevó hasta la parte presidencial. Sin mucho esfuerzo hubiéramos podido subir a pie ya que está en el primer piso.

Eduardo Sánchez Millares, presidente del Centro Gallego, nos esperaba en su despacho. Con él y recorriendo algunas salas llegamos hasta la de juntas, en donde se encuentran los retratos al óleo de los diecisiete presidentes del Centro Gallego.

El primer presidente, después de haber nacido la institución en casa del vigués Varela, fue Roque Ferreiro que era una persona muy original. Era lo que los ingleses llaman "un carácter".

Siendo un joven emigrante, enfermó de tuberculosis y los médicos le dijeron que no iba a vivir mucho. Un pronóstico muy equivocado. Vivió casi noventa años de forma que nadie le recordaba joven.

—Eu sempre o coñecín xubilado —dice Sánchez Millares.

De la tuberculosis se curó en la sierra argentina y quizá fue también en la sierra donde Roque Ferreiro adquirió aquellas extrañas prácticas curativas que consistían en envolverse en una túnica de lienzo blanco, meterse en la ducha fría y luego estarse muy quieto en la cama hasta que se secase el lienzo.

(12) Francisco Lorenzo Rico le regaló al Centro Gallego el primer cuerpo de la estantería social, era colaborador de la Editorial Celtiga, falleció en el sanatorio del Centro Gallego el 19 de marzo de 1952.

El primer presidente del Centro Gallego recomendaba a todo el mundo que siguiera este método, pero no se sabe de nadie que lo haya seguido con el mismo éxito.

Roque Ferreiro, que también era vegetariano, a los ochenta y pico de años vigilaba la construcción del nuevo edificio social subido en uno de los andamios.

El Centro Gallego le debe mucho a don Roque Ferreiro pero aún le debe más a don Laureano Alonso Pérez, que fue tres veces presidente del Centro Gallego, en distintos períodos porque los estatutos prohíben la reelección sucesiva (13).

Cuando Laureano Alonso Pérez se hizo cargo de la presidencia del Centro Gallego, en 1911, era una modesta sociedad con solo 400 asociados que, si lograba malamente subsistir, era gracias al crédito personal del primer presidente.

Incluso para alquilarles aquel modesto local que ocupaban en la calle del Perú, su propietario había exigido la fianza personal de don Roque Ferreiro.

Laureano Alonso Pérez, que era un hombre de acción, sentó las bases del futuro esplendor del Centro convirtiéndolo en una sociedad benéfico-mutualista.

Hay que situarse mentalmente en el año 1911 para comprender lo que esta transformación significaba. Los emigrantes gallegos, por lo regular desasistidos de ayuda social, encontraban acomodo en una institución que, mediante una pequeñísima cuota mensual, les ofrecía los más extraordinarios servicios médicos. Les daba también un lugar donde reunirse, una asistencia amistosa y la posibilidad de estudiar porque en el Centro Gallego podían seguir cursos nocturnos.

Tan sobresaliente avance social rindió sus frutos, en 1932, al conquistar don Laureano Alonso Pérez por ter-

(13) Laureano Alonso Pérez fue presidente de 1911-14, de 1927-29, de 1932-35.

cera vez la presidencia, el Centro Gallego había pasado a ser la primera sociedad de Sudamérica (14).

Alonso Pérez se manifestaba muy justamente orgulloso de su gestión personal y tanto la junta directiva como los socios le reconocían sus méritos. No obstante, suele ser difícil encontrar una persona enteramente libre de defectos. Con los años, y con los millones acumulados, don Laureano llegó a desarrollar unas marcadas tendencias de carácter autoritario.

Dicha disposición de algún modo se enfrentaba con el espíritu que el Centro Gallego había ido forjando en los largos años de lucha.

El Centro Gallego había heredado aquellos sentimientos fraternales, aquel impulso progresista, aquel exaltado amor a la nunca alcanzada República Federal que eran el único patrimonio de unos intelectuales pobres en el exilio. Era el espíritu de Castro López, el de Indalecio Armesto, el de Bernardo Barreiro, el de José María Cao, el de Francisco Lorenzo Rico, por no citar sino unos pocos nombres.

En la lucha contra el viejo espíritu don Laureano Alonso Pérez, vencido, acabó batiéndose en retirada. Se radicó en Maldonado, Punta del Este, donde tenía grandes plantaciones de pinos y eucaliptus. Sintiendo enfermo de gravedad, Alonso Pérez pidió ser trasladado al sanatorio del Centro Gallego donde falleció.

Durante un cierto tiempo pareció que, para ganar las elecciones del Centro Gallego, era condición indispensable ser hijo de Lalín. Tuvieron tres presidentes de Lalín: José Rodríguez González, José Neira Vidal y Eliodoro Friol.

Pregunté a que se debía tan manifiesta predilección:

(14) Sin duda tuvo que resultar muy estimulante aquella campaña propagandística iniciada por el presidente Francisco García Olano (1923-26). Obsesionado por el crecimiento del Centro Gallego de La Habana, García Olano propuso un lema a la sociedad: «¡Más socios!». En tres años pasaron de 9.818 a 16.071 asociados.

—E que pra un de Lalín non hai ninguén millor que outro de Lalín —me contestaron.

Don Roque Ferreiro dio el impulso inicial, don Laureano Alonso Pérez sentó las bases de su futura grandeza. Sin embargo, es dudoso que el Centro Gallego llegara a donde llegó si no se terciaba la generosidad del presidente Alfredo Alvarez, que era natural de Cortegada, Orense.

Conforme crecía el número de socios mejoraba el local social del Centro Gallego y, ya en 1916, se instaló cómodamente en la calle Moreno 1620 (15).

Al año siguiente fue elegido presidente don Alfredo Alvarez quien, por vencimiento de una hipoteca, se había adueñado de un solar contiguo en la calle de Belgrano.

Alvarez entonces ofreció dicho solar en venta a la junta directiva y a las diferentes comisiones notificándoles que, aunque valía bastante más, por ser para el Centro Gallego estaba dispuesto a sacrificarse cediéndolo por sólo 65.000 pesos.

En vez de agradecerle el gesto, como a los gallegos nos cuesta tanto trabajo creer en la filantropía de los ricos (hasta hace muy poco nuestros filántropos solían ser pobres) la junta directiva dio en decir que el presidente quería hacer un negocio a cuenta del Centro.

Alvarez apeló a la casa de remates Bullrich y Cía., el solar fue tasado en 90.000 por lo que su generosidad mereció los naturales aplausos (16).

Lo difícil era encontrar los 65.000 y, una vez milagrosamente reunidos, hubo que disponer primero de 72.000

(15) De la casa particular de Varela Gómez, el Centro Gallego se trasladó a un local de la calle de Estados Unidos 10-56, luego pasó a la calle Perú 689, a la calle Victoria 1176 y, finalmente en 1916, a la de Moreno.

(16) La dedicación del presidente Alfredo Alvarez fue oficialmente reconocida por la colonia. Mil personas asistieron a un banquete de homenaje que le fue tributado en el pueblo de Vicente López, el día 29 de septiembre de 1923. El 8 de diciembre de 1924 falleció Alfredo, protegió al Centro Gallego legándole 2.000 pesos en su testamento. Entre otras familias de gallegos acomodados conviene señalar a la de los Bóo, ricos comerciantes. Don Antonio Bóo que fue presidente del Centro Gallego, hizo una donación de 2.000 pesos para la construcción del nuevo edificio social.

y luego de 315.000 para comprar otras siete propiedades colindantes en la misma calle Belgrano.

Sin capital social, el Centro Gallego no sólo adquirió los solares sino que sobre ellos, y sobre las cuatro piedras simbólicas de la grandeza espiritual de Galicia, montó el soberbio edificio de cinco plantas y dos torres.

En parte todo ello se hizo con créditos, principalmente facilitados por el *Banco de Galicia y Buenos Aires* y por el *Banco Español del Río de la Plata*, y en parte se debe a las aportaciones de los emigrantes. Los mismos asociados levantaron el Centro Gallego como los fieles jacobos su catedral.

Habría que escribir en letras de oro los nombres de Manuel Campos Couceiro y de José María Asorey que se pasaron dos años recorriendo las calles de Buenos Aires, pidiendo donativos de puerta en puerta.

Su meritoria y desinteresada labor a mí me recuerda la de los dos canónigos medievales compostelanos, Pedro Astáriz y Pelayo Núñez, que también durante dos años recorrieron Italia recogiendo limosnas para la construcción de la catedral de Santiago.

Entre los 17 presidentes cuyos retratos se alinean en la sala de juntas predominan los hombres de empresa, gallegos de origen humilde y que, mediante su esfuerzo y talento personal, se enriquecieron en las Américas.

Entre los 17 no figura, que yo sepa, ningún intelectual. Aunque el espíritu de los periodistas, escritores y artistas emigrantes ha estructurado mentalmente al Centro Gallego, en el mismo Centro existe, ya de antiguo, una manifiesta prevención frente al intelectual.

A la hora de votar los asociados se han inclinado regularmente hacia aquellos candidatos que, por haber sabido manejar con tanta pericia los intereses propios, les hacen suponer que sabrán manejar con igual maestría los intereses del Centro Gallego.

También ocurre que, como el cargo es honorario, los candidatos a la presidencia del Centro Gallego han de contar forzosamente con unos ingresos regulares y tener

unas rentas que les permitan dedicar gran parte de su tiempo a un trabajo no retribuido.

Debido a tales condicionamientos, y a tales recelos, el Centro Gallego tuvo presidentes de corte muy tradicional y burgués, como don Javier Vázquez Iglesias, del que se solía decir que comía con cubiertos de oro.

Vázquez Iglesias, que fue presidente del año 1950 al 54, era natural de Taboada, Chantada. Su lucha, hasta alcanzar la presidencia del Banco Español del Río de la Plata, nos da la medida de su carácter. Minero, taxista, propietario de un pequeño café; luego dedicado a la compra y venta de vehículos, fue finalmente en el ramo del automóvil donde se afianzó el joven emigrante gallego que, sin padrinos, llegó a ser el representante en La Argentina de grandes casas extranjeras.

Se cuenta que a Vázquez Iglesias le mató un trueno.

Estaba en su casa de la playa cuando sobrevino una gran tormenta. El señor Iglesias se despertó sobresaltado y confundiendo los truenos con cañonazos, creyó que había llegado la revolución.

—Consuelo ¿qué es eso? —le gritó a su mujer llevándose la mano al corazón.

El prócer gallego estaba ya muy mal de salud y este susto acabó con él.

EDUARDO R. SANCHEZ MILLARES

Es solo porque él lo dice, de otra forma yo nunca hubiera podido adivinar que Eduardo R. Sánchez Millares, actual presidente del Centro Gallego de Buenos Aires, puede haber ya cumplido los 64 años. A lo sumo representa unos 50.

Se trata de un hombre moreno, más bien delgado, de mediana estatura y tan dinámico que, cuando dice que está jubilado, todo el mundo se echa a reír.

Al conocerle uno comprende que haya sido el candidato de cuatro agrupaciones y que, después de las elec-

ciones más dramáticas que nunca tuvieron lugar dentro del Centro Gallego, resultara elegido por una mayoría insólita. Sánchez Millares tuvo 10.000 votos más que su adversario Ramón Mourente (17).

Eduardo R. Sánchez Millares (la R no le viene de Rodríguez sino de Ramón) nació en Noya el día 1 de agosto de 1907.

Siendo todavía un niño perdió a su padre y prácticamente se crió en la oficina de correos de la que era empleado su abuelo paterno. De esta crianza le viene su afición a los sellos.

Eduardo estudió en el colegio de Santa Teresa, del que eran propietarias y directoras Adelina, Carmen y Eloísa García. Una de sus maestras fue su tía Carolina Millares, que por lo regular dictaba con una regla en la mano. La regla de Carolina batía con mucha frecuencia en los nudillos de su sobrino —travieso y distraído—.

A los 14 años, Eduardo entró como dependiente en casa de unos familiares, *los Moreno*.

Por aquellos mismos días tenían lugar las últimas elecciones que se celebraron antes de la dictadura. José Calvo Sotelo, que entonces era un joven abogado del Estado, visitó Noya invitado por Jacobo Varela Menéndez. Calvo Sotelo presentaba su candidatura en pugna con los liberales Rafael Gasset y Manuel Viturro. En el curso de un mitin, en el Coliseum Noela, Calvo Sotelo hizo afirmaciones de carácter regionalista. Parecía en aquel momento como si aspirara a ser el *Cambó* de Galicia.

Aunque Eduardo era todavía muy niño entendió muchas de las cosas que decía Calvo Sotelo, ofreciéndose para ayudarlo en la campaña y —curiosamente— sus servicios fueron aceptados.

Sánchez Millares convirtió la trastienda de *los Moreno* en cuartel general de la propaganda calvo-sotelista, an-

(17) Debe destacarse que el señor Mourente es una persona singularmente querida y estimada dentro de nuestra colectividad.

duvo también en *bici* repartiendo pasquines y de paso repartió también bastantes *pitos*, para "recibir" a Gasset y a Viturro.

Calvo Sotelo perdería las elecciones, pero iba dejar metido en el cuerpo del pequeño dependiente un demonio bastante temible: el de la política. Caso de no haber emigrado a América, acaso de haber proseguido normalmente en nuestro país la vida parlamentaria ¿no hubiera llegado un día el propio Sánchez Millares a presentar su candidatura desde el mismo Coliseum Noela?

Aunque nunca llegó a actuar como político, Eduardo R. Sánchez Millares —ya en tiempos de la segunda República y cuando tenía 18 años— fue conocido... ¡por el fútbol! Eduardo era presidente del Noya F. C. y, una vez que el Noya se fusionó con "El Ideal Gallego" fue secretario de la "Unión Deportiva".

A la popularidad de Eduardo contribuía muy eficazmente su actividad periodística. Escribía crónicas deportivas para "El Pueblo Gallego", que acabó nombrándole su corresponsal en Noya. En secreto componía versos de los que ahora se burla. "Rimaba *corazón con pantalón*". Algunos fueron publicados en "Vida Gallega".

José Vilariño se llamaba un emigrante de Noya que hizo una gran fortuna en América. Era el propietario en Buenos Aires de una de las más importantes fábricas de curtidos, "La Hispano Argentina", que todavía existe y tiene más de 400 empleados.

En 1929 dos hijos de José Vilariño pasaron el verano en Noya, se hicieron muy amigos de Eduardo Sánchez Millares. Al despedirse le propusieron "¿Por qué no te vienes para La Argentina con nosotros?".

Eduardo podía haber entrado entonces en la *Casa Simión* y este era el deseo de sus familiares. Sin embargo la palabra "Argentina" le encandiló y, sin pensarlo dos veces, dijo que sí.

Se embarcó poco después en el vapor "Alcántara" y, una vez en Buenos Aires, entró a trabajar en la fábrica

de Vilariño de la cual, con los años, llegó a ser el gerente.

Aunque tuvo muy pronto éxito personal y social y se vio por suerte liberado de las penalidades sufridas al principio por otros emigrantes, no por ello Eduardo Sánchez Millares se vio libre de la *negra sombra*, de la morriña.

Llegó a Buenos Aires el 15 de agosto de 1930, el día 1 de noviembre, festividad de San Martiño, se sentía tan desgraciado que pasó la tarde en cama llorando.

También lloró al enterarse de que habían asesinado a José Calvo Sotelo.

La inquietud político-social de Eduardo Sánchez Millares encontró su cauce natural en el Centro Gallego de Buenos Aires. También en el Centro, como en la fábrica, fue ascendiendo lentamente, familiarizándose con todos los servicios y, antes de llegar a la presidencia, pasó por diferentes cargos en la directiva.

Para dedicarse más intensamente al Centro Gallego, Sánchez Millares pidió la jubilación hace cinco años, pero se trata de una jubilación muy especial ya que sigue teniendo un despacho en la fábrica y sigue siendo apoderado, consejero y accionista de la misma.

Casado, desde 1938, con una vasca, Adela Luzuriaga, Eduardo R. Sánchez Millares tiene una hija licenciada en Farmacia y dos nietos.

Los estatutos del Centro Gallego se inspiran directamente en la Constitución Argentina.

El Centro se rige bajo un sistema presidencialista. El presidente es elegido por un período de cuatro años y le está vedada la reelección sucesiva. La junta directiva se compone de dieciséis miembros también elegidos por sufragio. Equivale al poder ejecutivo. El Consejo de Apelación reemplaza a lo que, dentro de una República, es la Corte Suprema de Justicia y, finalmente, la Comisión Sindical sirve a modo de un Tribunal Contencioso Administrativo. En la Comisión Sindical figuran cuatro vocales por la mayoría y dos por la minoría, los cuales han de

tener conocimientos económicos. Su misión es velar por que se cumpla el estatuto y vigilar las cuentas.

Funcionan dentro del Centro Gallego cinco "agrupaciones" que equivalen a los partidos políticos. Se llaman "A Terra", "Breogán", "Celta", "Galicia" y "Unión Gallega".

De estas agrupaciones, "Celta" es la que está más a la derecha y "Unión Gallega", más a la izquierda. La más antigua es "A Terra" y la más joven "Breogán", que nació en 1967 como una escisión de "Celta".

"Breogán" es el fruto reciente de una escisión ideológica y nació en un momento en que se llegó a considerar que la propia institución estaba amenazada.

Los directivos, en desacuerdo con la política presidencialista, consideraron que, si el Centro Gallego por primera vez en medio siglo dejaba de ser fiel a su propio espíritu acabaría derrumbándose tal y como le sucedió a otras sociedades, en un momento tan poderosas y florecientes como el mismo Centro.

Del temor a una pérdida de identidad nació "Breogán" y nació también la unión de las cuatro agrupaciones detrás de un mismo candidato: Eduardo R. Sánchez Millares.

Cada una de las agrupaciones tiene un presidente. El de "Breogán" es Alvaro Campo, natural de Tomiño, importante en la industria cafetera; el de "A Terra" es Daniel Alfonso Núñez, comerciante argentino, hijo de gallegos; el de "Celta" es Ricardo Badía, hijo de un antiguo presidente del Centro Gallego; "el de Galicia" es Juan Manuel Pérez, hombre importante dentro de la industria panadera, nieto de gallegos; el de "Unión Gallega" es José Domínguez comerciante, hijo de gallegos y nacido en La Habana.

Las agrupaciones designan a los representantes cuya misión equivale a la de un diputado. Los representantes electos, a base de mayorías y minorías (180 por la mayoría y 60 por la minoría) constituyen una especie de parlamento en el que también tiene voz y voto la oposición.

Esta asamblea delibera, aprobando o desaprobando, acerca de aquellos asuntos que le son sometidos. También tiene la misión de seleccionar entre los candidatos a directivos. Funciona sólo cuando es convocada por la junta directiva o cuando un determinado número de representantes así lo decide (18).

Todos los directivos del Centro Gallego son elegidos por un período de cuatro años, pero no son elegidos todos a un mismo tiempo. Cada dos años se renueva la mitad del cuerpo de representantes; en una elección se elige al presidente y a ocho miembros de la junta directiva, en la elección siguiente se elige al vicepresidente y a los restantes ocho miembros de la misma junta.

Este escalonamiento electoral tiene por objeto evitar un cambio demasiado brusco en la política del Centro Gallego. El presidente electo encuentra siempre a un vicepresidente y a la mitad de la junta directiva que cuentan ya con la experiencia de dos años en la gestión.

Todo este mecanismo, a la vez tan complicado y tan simple, ha funcionado maravillosamente a lo largo de más de medio siglo y nunca se ha dado el caso de que el Centro Gallego haya tenido al frente a una persona deshonesta o simplemente aprovechada. Siempre, y en última instancia, cada asociado tiene el derecho de recurrir ante el Consejo de Apelaciones, que está formado por todos los ex presidentes que cumplieron íntegro su período electoral y por 10 miembros más elegidos por sufragio.

Las mujeres en el Centro Gallego ni tenían derecho al voto ni podían ser representantes ni formar parte de la Junta Directiva. Aunque llevaban mucho tiempo luchando por conseguirlo, sólo en la última elección obtuvieron el voto y se cree que el sufragio femenino favoreció el triunfo de las fuerzas liberales.

(18) Rogelio Rodríguez, op. cit., pág. 158.

También, por primera vez en la historia política del Centro Gallego, la progresista asociación "Breogán" eligió a varios representantes femeninos, entre los que se cuentan Amalia Rivas, Tita Pazos y Blanquita Calzado, hija del que fue alcalde de Tomiño durante la República, don Daniel Calzado; don Daniel es persona muy respetada en la colectividad gallega.

EL VUELO DEL "PLUS ULTRA"

Anduve curioseando por los despachos y por la sala de juntas y admiré las obras de arte que han reunido en el curso de medio siglo. El pasado de Galicia se refleja en estos cuartos del Centro Gallego.

Desde un punto de vista histórico-sentimental, el cuadro más importante que allí tienen es "O Cego" de Castela. Fue un regalo de Daniel a la Asociación "Hijos de Rianxo" en el año 1913 y que luego pasó a ser propiedad del Centro.

También es un cuadro muy hermoso, dentro de un tipo de pintura tradicional, "A Nosa Señora da Franqueira", de Sotomayor, que está colgado en el despacho del vicepresidente. Fue una donación de don José Villamarín y de un grupo de asociados.

De la colección pictórica se quedó fijo en mi recuerdo "O Agarimo", quizá el mejor cuadro nunca pintado por Seijo Rubio (19).

Entre otros pintores no menos significativos señalaré las obras de Julián Minguillón, Laxeiro, Colmeiro, Seoane, Maside, Díaz Pardo...

(19) El cuadro de Seijo Rubio «O Agarimo» fue obsequio de un grupo de asociados en una suscripción que encabezaba Manuel Sinde. Entre otras donaciones efectuadas por el mismo Manuel Sinde, filántropo gallego de la Argentina, figura una biblioteca para el Centro Gallego de Avellaneda, una escuela de niñas con vivienda para la maestra en Lestedo, La Coruña; un microscopio para el Hospital de Santiago de Compostela y una colección de cuadros para ser subastados a beneficio del Hospital de La Lanzada.

Tampoco me quiero olvidar de las viejas fotografías. Hay una de Kasado en donde aparece, casi en tamaño natural, un rapaz muy rubio que, en La Coruña de principios de siglo, pregona "La Voz de Galicia".

Ví fotografías de personajes ilustres: Murguía, Casás, Cabanillas, Curros Enríquez...

Me detuve un rato en la contemplación de la última citada. Curros ejerce sobre mí una especial atracción. Era un hombre tan arrogante, tan bien parecido, tan seductor y, sin embargo, algo en su persona nos descubre su tragedia personal. Su tragedia que es también *nuestra tragedia*. La foto está dedicada: "Al señor presidente del Centro Republicano de La Coruña, con el testimonio de profunda gratitud, su correligionario, Manuel Curros Enríquez".

Curros adoraba a La Coruña —la ciudad en donde finalmente fue absuelto de aquel absurdo proceso incoado en Orense— y es verdad que los coruñeses idolatraron a Curros, que le coronaron en el teatro, que le ovacionaron por las calles... le querían, sí... pero le dejaron marchar y morir en el exilio. Luego le trajeron muerto para el gran entierro.

Después de estudiar la fotografía de Curros Enríquez, pasé a ocuparme de la de doña Pilar Baamonde, señora de media edad, de aspecto muy digno y amable. También leí su dedicatoria: "A mis distinguidos paisanos del Centro Gallego de Buenos Aires, en testimonio de agradecimiento y de afecto, Pilar Baamonde de Franco, Ferrol, julio de 1926".

Ahora que los americanos han llegado a la luna y que ellos o los rusos cualquier día llegan a Marte... ¿verdad qué cuesta un cierto trabajo acordarse de que hace tan solo 45 años cruzar el Atlántico en avión parecía la mayor proeza del mundo? Cuando Franco, Ruiz de Alda y Rada salieron de Melilla con el "Plus Ultra" muy pocos confiaban en que llegarían felizmente a las Américas.

Antes de remontar el vuelo en Palos de Moguer, punto inicial de partida, Ramón Franco recibió un telegrama de La Argentina en donde le decían:

“Participando inmensa expectativa vuelo España-Buenos Aires, Centro Gallego eleva fervientes votos por feliz éxito magna empresa que le permitirá recibir con los brazos abiertos al glorioso mensajero del genio de la raza. ¡Plus Ultra siempre por España y por Galicia!” (20).

Ramón Franco hizo la primera travesía en 61 horas y 45 minutos, con siete escalas. Nosotros ahora fuimos de Madrid a Buenos Aires en 11 horas, con una sola escala en la isla de Sal.

Mientras el *Plus Ultra* se acercaba a Buenos Aires, donde le esperaba una muchedumbre, salieron a recibirle varios aviones y, entre ellos, uno fletado por el Centro Gallego, el cual dejó caer sobre la ciudad cien mil hojas en las que saludaban a Ramón Franco y, de paso, recordaban que era gallego.

A fin de que tan importante dato no pasara inadvertido y a fin de que hasta los más humildes de nuestros emigrantes, aquéllos que andaban por las calles cargados con un baúl, se sintieran bañados en la gloria del “Plus Ultra”, el entonces presidente del Centro Gallego que, para suerte de la institución, tenía muy acusado el sentido de la propaganda —era don Francisco García Olano— puso anuncios en los periódicos en los que decía:

“¡Héroe inmortal de las épicas gestas hispanas, salve! Remontándose sobre el espacio has exaltado hasta las nubes el glorioso nombre de España... La humanidad entera se pone de pie para cantar la magna epopeya llevada a cabo por un hijo de Galicia, que ha hecho de su tierra el florón máspreciado de la hidalga nación hispana. Con tu

(20) Rogelio Rodríguez, op. cit., pág. 161.

nombre se empalman dos edades gloriosas de la Historia en que España sigue marcando la ruta del *Más Allá*. En el escudo legendario de nuestra Patria el lema “Plus Ultra” sonará, desde hoy, con un grito de ¡Sursum Corda! Sí, arriba los corazones...”

El discurso, seguramente redactado por alguno de aquellos entusiastas y patrióticos intelectuales al servicio del Centro Gallego, prosigue en el mismo elevado tono y acaba diciendo:

“El genio gallego engarzado al nombre de Franco, pasa de nuevo a la posteridad con un destello de gloria. ¡El mundo te admira! ¡España te aclama! ¡Galicia te bendice!”

Invitado por sus apasionados paisanos, Ramón Franco visitó oficialmente el Centro Gallego el día 5 de marzo y todos cuantos tuvieron el gusto de estrechar su mano quedaron si cabe aún más satisfechos después de conocerle porque Ramón era todavía un hombre joven (tenía 30 años), agraciado (21), extraordinariamente simpático y, por lo que a las ideas y sentimientos se refiere, fraternizaba con sus anfitriones ya que era también de espíritu democrático y de corazón republicano.

Los gallegos ya no sabían que hacer para demostrarle su admiración y su gratitud. Le ofrecieron en la Sociedad Rural un banquete al que asistieron 2.000 comensales. Acuñaron unas medallas de oro y plata en cuyo anverso se ve el simpático rostro del carirredondo Ramón y el reverso esta inscripción:

(21) Posteriormente Ramón Franco cojeaba. Fue a partir de una campaña política en Andalucía. Un furioso adversario, del que se dice que era de profesión torero, encargó a un carpintero que limara los soportes de un tablado que, al subir Ramón y los demás participantes rompió aporatosamente quedando el aviador muy mal herido.

“Recuerdo del primer raid aéreo España Sud América, febrero de 1926”.

Los gallegos dieron 1.234,50 pesos para una suscripción que había sido abierta por el propio presidente de la República Argentina, Dr. Marcelo T. Alvear, a fin de levantar en Palos de Moguer y en Buenos Aires dos monumentos que perpetuaran la memoria del vuelo. También dieron otro tanto para una segunda suscripción abierta por la *Sociedad Patriótica Española*. En vista de que España se revelaba como una pionera en el campo de la aviación civil, los de la *Unión Patriótica* habían decidido regalarle un aeroplano que se llamaría “El Argentino”. Me parece que al final ni se hicieron los monumentos ni se regaló el avión, no sé que harían con el dinero...

Como un acto de reconocimiento al presidente Alvear por lo bien que se había recibido al “Plus Ultra”, el Centro Gallego acordó nombrarle “socio honorario”. Igual título se confirió a Ramón Franco. La junta directiva saludó por cable a la madre y a la esposa del aviador dándoles cuenta de su triunfo así como del aparatoso recibimiento. Luego les mandó como regalo a la primera una cruz de oro y a la segunda un broche de oro y brillantes. Fue entonces cuando, en correspondencia la señora de Franco, madre de Ramón y de su excelencia el futuro Jefe del Estado, envió al Centro Gallego de Buenos Aires la foto dedicada que hoy se encuentra en el despacho del presidente.

MANUEL CASTRO LOPEZ

Posiblemente fueron aquellas “hambres” sufridas por Galicia en el siglo pasado, las que determinaron el *status* emigratorio del pueblo gallego.

En sucesivas *oleadas*, los campesinos llegaban a los puertos de La Coruña y Vigo para embarcarse.

Bajaban de sus montañas huérfanos de todo conocimiento técnico, analfabetos muchos de ellos, expresándose

en aquel puro gallego medieval que hería la *geada* (la *geada*, acaso el último vestigio de una lengua perdida, la de los gallegos celtas). Nuestros emigrantes se dirigían hacia tierras ignotas sin protección. Algunos morirían tuberculosos en los hospitales de La Habana o de Buenos Aires, otros serían repatriados para morir en su país...

La Galicia oficial les veía partir sin reaccionar y, aparentemente, sin conmoverse en exceso.

Para determinados individuos su éxodo resultaba incluso beneficioso y, en la estela de los barcos negreros, nacían grandes fortunas. Tan solo los poetas se sentían a su vez morir con la diáspora y hacían suya la angustia del pueblo. Curros Enríquez, que iba a ser él mismo un emigrante, suplicaba en dulces versos el regreso de los ausentes:

Dilles que prós seus lares
Tornen axiña,
Que sin eles non queren
Pintar as viñas,
Regar os regos,
Madurar as castañas
Nos castiñeiros.

Dilles que non hai terra
Millor que a nosa
Mais ridentes paisaxes,
Mais frescas sombras,
Mais puros ceos,
Nin lua mais lucente
No firmamento... (22)

Al desembarcar en las Américas, los emigrantes eran objeto de nuevas humillaciones. Su ignorancia técnica, el hecho de que se expresaran en una lengua desconocida y falsamente considerada como un “dialecto bárbaro”, su

(22) Curros Enríquez dedicó esta poesía a Mariquiña Puga, hija de su defensor Luciano Puga, al ser éste destinado en 1886 a La Habana como gobernador del Banco de España.

propia mansedumbre y su deseo de trabajar en lo que fuese rebajaba al emigrante gallego.

También a fines del siglo pasado en las Américas (como en España) a nuestra nacionalidad se ceñía una faja despectiva.

Cuando un rico argentino decía "voy a tomar un gallego" quería en realidad decir "voy a tomar un mucamo".

"Gallegos" eran —aunque hubieran nacido en Murcia— los que cargaban con fardos y cuantos desempeñaban los oficios más humildes y menos apreciados en la república.

Se ignoraba en general la grandeza histórica de Galicia, el hecho de que aquellos emigrantes sin fortuna eran descendientes de los heroicos defensores que, en el monte Medulio, escribieron una de las grandes epopeyas históricas; descendientes de los guerreros incomparables que acompañaron a Anibal; descendientes de las tribus recias que nunca vencieron los musulmanes; descendientes de los "irmandiños", los primeros rebeldes cívicos de Europa...

Y lo peor no es que no lo supieran los argentinos. Lo peor es que tampoco lo sabían los propios gallegos. La ignorancia del pueblo abrumaba cruelmente a los intelectuales gallegos de la emigración. Pesaba de un modo especial sobre la conciencia de Manuel Castro López.

Manuel Castro López, el gran historiador de la emigración gallega en La Argentina, nació en Lugo el 22 de julio del año 1860. Fue oficial mayor del Juzgado de Instrucción y Primera Instancia y, desde muy joven, militó en el partido republicano federal. Era el representante en Galicia de don Francisco Pí y Margall. En la gran asamblea del partido que tuvo lugar en Lugo el año 1887 y en la que participaron Moreno Barcia, Mosquera Lequerica y Leiras Pulpeiro, Castro López actuó como secretario (23).

Ya en sus primeros estudios, Castro López demostró su amor a Lugo y su capacidad como investigador (24) pero,

(23) En esta asamblea se elaboró un anteproyecto de Constitución de un futuro Estado gallego.

(24) «Hijos distinguidos de la provincia de Lugo», Lugo 1890, «Efemérides Galaicas», Lugo 1891, y «La Asociación de Escritores y Artistas de Lugo», Lugo 1891.

por desgracia, aquel hombre de tantos méritos no estaba enteramente libre de defectos. Castro López era rabiosamente anticlerical, achaque común en muchos de los viejos republicanos. Sus ataques a los jesuitas provocaron como contrapartida la hostilidad no sólo de obispos reaccionarios, como era el de Lugo, sino incluso la de sacerdotes ilustrados y cultos, como don Antolín López Peláez, biógrafo del Padre Sarmiento.

En verdad, aunque los jesuitas de entonces fueran tan liberales y tolerantes como son hoy, después de leer el libro que les dedicó Castro López era muy difícil que le tuvieran simpatía (25).

La hostilidad que le profesaba el clero gallego, unido a la ya conocida desesperanza republicana, forzaron la emigración del cronista lucense. Se embarcó en La Coruña el día 27 de abril de 1892. Antes de salir el barco, sus correccionarios le ofrecieron un banquete en el que hablaron Moreno Barcia y Galo Salinas.

El gran repúblico don Constantino Piquer le dedicó en "El Independiente" de Vigo un artículo muy elogioso y en él decía: "Manuel Castro López amaba la libertad con el candor y entusiasmo propio de su alma generosa, soñaba con la igualdad de todos los hombres y con el triunfo de los buenos y humildes sobre los poderosos y los perversos. Castro López tenía fe en sus convicciones y la exponía sin recato... Sabía que jugaba su bienestar y su porvenir; pero ¿qué significaban estas cosas comparadas con el ideal sublime que conmovía su espíritu?".

Al desembarcar en Buenos Aires y percatarse de que al decir "gallego" nadie pensaba en los del Monte Medulio, ni en los de Anibal, ni en los condes medievales, sino en un trabajador de escasos alcances, Castro López se sintió anonadado.

(25) «Los jesuitas al desnudo», La Coruña, 1887. En 1890 Castro López fundó en Lugo el periódico federal «El Ciudadano», del que no salieron más que cuatro números, en donde se atacaba fuertemente la política del Vaticano.

Fue entonces cuando José María Cao le ofreció la dirección de su semanario "El Eco de Galicia" en una carta muy dramática en la cual, después de mucho lamentarse acerca del abandono de los gallegos de la emigración, de su ignorancia, de su desunión tradicional añade: "Los hechos son bien elocuentes: nos hemos asimilado al unitario espíritu francés y la influencia de su malhadada república vino a mistificar, quizás para siempre, la reacción española que, buscando los cimientos de las libertades patrias... bebía en las fuentes de la historia para resucitar el principio de nuestra admirable organización municipal de siglos anteriores cuando todavía el resto de Europa gemía sujeta al dogal del feudalismo".

Castro López se sacrificó en la dirección de "El Eco de Galicia" y también por patriotismo dedicó el resto de su vida a la ingente labor de cantar la gesta de los emigrantes gallegos en La Argentina. Reveló el origen galaico de grandes personajes, como el presidente Rivadavia. Para escribir la gigantesca historia, Castro López se convirtió en rata de archivo (26).

Nunca regresó a Galicia, se consolaba diciendo que "trabajar para la patria en el destierro equivale a subsistir, al menos mentalmente, en ella".

No obstante sabemos que estaba desfallecido de *saudade*. Al despedirse del periodista Joaquín Pesqueira, que se embarcaba rumbo a Vigo, le dijo: "Dichoso usted, amigo Pesqueira, que va a ver de nuevo aquella tierra nuestra tan bella y tan amada".

Castro López falleció en Turdera, Buenos Aires, el día 25 de julio de 1926. Está enterrado en el cementerio de La Recoleta (27).

(26) Castro López editaba todos los años el «Almanaque Gallego» «con la colaboración de distinguidos escritores y artistas». Entre los legados del gran historiador galaico-argentino a la «Real Academia Gallega» figura un cuento de Rosalía de Castro, en el cuaderno original escrito por la poetisa.

(27) La más completa biografía de Castro López se encuentra en el primer capítulo del libro del profesor Vilanova «Los gallegos en la Argentina».

LABOR DE LOS CENTROS GALLEGOS DE ULTRAMAR

De los intelectuales exiliados heredó el Centro Gallego la preocupación histórica y el empeño de propagar «*urbi et orbi*» las glorias de Galicia.

Por eso siempre se interesaron en realzar los ejemplos de coraje galaico, tanto en los casos de valor reconocido y popular, como el del aviador Ramón Franco, como en el caso de los héroes humildes e ignorados cual es Melchor Mouso (28).

También se sentían solidarios con los triunfos de los militares gallegos. Cuando Millán Astray ascendió a general, la junta directiva del Centro Gallego giró cien pesetas (de las de 1925) para obsequiarle con un fajín.

No se levantó en cincuenta años un monumento en Galicia sin una aportación generosa del Centro Gallego.

Rosalía de Castro, Concepción Arenal, Curros Enríquez, Chané, Emilia Pardo Bazán, tuvieron estatuas en parte gracias a los desvelos de los gallegos americanos.

Los del Centro Gallego mandaron incluso dinero para levantar una estatua a Cervantes en Madrid.

La labor de los Centros de Ultramar, así como la labor individual de los emigrantes filántropos, en todo lo que se refiere a la creación de grupos escolares ha sido tan admirable como conmovedora. Se calcula que un tercio de las escuelas edificadas en Galicia entre 1900 y 1936 se le deben a la Galicia emigrante.

Los mismos que habían salido de su patria semi-analfabetos se desvivían para darle instrucción.

(28) En el año 1912 se produjeron grandes inundaciones en Buenos Aires. Una niña fue arrastrada por la corriente en la calle Blanco Encalada de Belgrano. Un joven, lanzándose desde un pontón, consigue salvarla pero él mismo perece. Este joven era Melchor Mouso, natural de Matío, La Coruña. El Centro Gallego abrió una suscripción a favor de sus desventurados padres y, a la vez, quiso costear su entierro y poner su retrato en el local social, pero como el cadáver no había sido reclamado a tiempo sus huesos se perdieron en la fosa común. No fue tampoco posible conseguir el retrato. Melchor Mouso no se había retratado nunca.

En aquel afán cultural, son los Centros de Ultramar, y muy especialmente el de la Habana, bajo la presión de Curros Enríquez, los que promueven la creación de la Real Academia Gallega.

Hoy suele ser habitual en determinados sectores tratar con ligereza y desdén a la Academia de Galicia, cuando en verdad ella representa el espíritu y la cultura de nuestra tierra. Es como un milagro que la Academia haya podido resistir tantos embates y tanta indiferencia, contando con tan pocas ayudas...

Los generosos gallegos de América fueron los primeros en reconocer el genio poético de Rosalía de Castro y luego se encargaron de endulzar la abandonada ancianidad de don Manuel Murguía. Después de haber sufrido durante toda su vida profesional de una angustiosa penuria, el patriarca de las Letras Gallegas se jubiló en La Coruña como archivero sin que le concedieran una pensión.

Si el Centro Gallego de Buenos Aires y el de la Habana no le asignan una pensión vitalicia, Murguía hubiera podido morir de hambre. Los mismos centros le siguieron pasando una cantidad mensual a doña Gala Murguía de Castro, que tampoco contaba con medios de fortuna y que, privada del auxilio americano, hubiera sufrido las mismas penalidades que sus padres.

Por desgracia, y debido a la actual situación de Cuba, el Centro Gallego de la Habana ya no existe, pero el de Buenos Aires mantiene la tradición patriótica y cultural. Es Buenos Aires quien está patrocinando la gran Historia de Galicia dirigida por don Ramón Otero Pedrayo, de la que han salido ya los dos primeros volúmenes y está en prensa el tercero. Ha sido para mí un motivo de honda satisfacción haber sido elegida para colaborar en la parte relativa a la Historia contemporánea desde finales del siglo pasado hasta nuestros días.

Mientras los gallegos de América tomaban sobre sí la ingente tarea de recrear el espíritu y mantener la cultura patria ¿qué hacía la Galicia oficial?

Podría citar muchos ejemplos de su desinterés histórico y cultural. Sólo citaré dos: en noviembre de 1879, la Diputación de Lugo acordaba una subvención de 1.000 pesetas para la "Historia de Galicia" de Murguía, en mayo de 1879 decidieron suprimirla a petición del diputado Estévez. En abril de 1880 el Ayuntamiento de La Coruña rehusó suscribirse a la "Ilustración Gallega y Asturiana" con 80 reales al año "por falta de recursos", al mismo tiempo el ayuntamiento de La Coruña subvencionaba con 30.000 reales una corrida de toros (29).

Herederos de los intelectuales galleguistas, el Centro Gallego de Buenos Aires lleva medio siglo subvencionando, protegiendo y alentando nuestra cultura. ¿No habrá llegado el momento de preguntarnos qué hemos hecho nosotros en favor del Centro Gallego? Porque en medio siglo no vamos a decir que en Galicia no se ha progresado, que no se han levantado casas y hasta rascacielos en Vigo y en La Coruña, que no se han hecho fortunas y hasta grandes fortunas. ¿Es qué acaso en nuestro desarrollo nos hemos preocupado de dar las gracias al Centro Gallego de Buenos Aires? (30).

En La Coruña le hemos dedicado una calle a un rey moro cuyo nombre ni siquiera sabemos escribir ¿tiene una calle dedicada el Centro Gallego de Buenos Aires?

¿Hemos invitado alguna vez a uno de los sucesivos presidentes así como a una representación de la junta directiva para que nos visiten y aquí tributarles el homenaje regional que merece su actuación patriótica?

(29) «Vida y Obra de Manuel Curros Enríquez», por Alberto Vilanova Rodríguez, Buenos Aires, 1953, pág. 124.

(30) En algunos casos no sólo no se le ha dado las gracias, sino que incluso se le ha injuriado. Comentando elogiosamente una novela premiada por el Centro Gallego, Xosé Luis Franco Grande minimizaba la aportación de la Galicia emigrante. «Es ésta —escribía refiriéndose al premio otorgado— una de las contadas veces en que la Galicia emigrada hace algo, aunque sea poco, por la Galicia de aquí». Véase «El Faro de Vigo» 12-IX-1971.

Entre las rarísimas aportaciones o ayudas de Galicia al Centro Gallego de Buenos Aires puede contarse la del Banco Pastor de La Coruña que le pasaba 5 pesos mensuales.

Desagradecida Galicia... que razón tenía Curros cuando se preguntaba:

Teus bravos fillos que fan?
¿en que pensan? ¿onde están?

MONUMENTO AL INMIGRANTE. MANUEL CORBACHO

Por la tribuna del Centro Gallego pasaron grandes personalidades. Pasó don Ramón del Valle Inclán que dejó a nuestra colonia tan seducida como admirada. Todos esperaban que don Ramón dijera cosas atrevidas y se dedicó a cantar las glorias imperiales de España y muy especialmente las de Iñigo de Loyola. Pero las cantaba con tanta gracia, con tan ingenuo y extravagante candor... (31).

También fue huésped del Centro Gallego el profesor y doctor Roberto Nóvoa Santos, gloria de la medicina compostelana. Después de Pastor Díaz, se considera que don Roberto ha sido el orador más completo que nunca ha dado Galicia. En Buenos Aires, don Roberto tuvo la osadía de explicar... ¡cómo son los porteños! No todos quedaron enteramente de acuerdo con su interpretación, pero como todas las suyas, su conferencia resultó tan brillante como original (32).

(31) La estancia de don Ramón del Valle Inclán en Buenos Aires, abril y mayo de 1910, dio lugar a vivas polémicas. Su canto al tradicionalismo ibérico contradecía sus primeras declaraciones de que «España, para ser algo, necesitaba cegar, olvidar o matar sus recuerdos pasados». Vilanova, op. cit., vol. 1, pág. 985.

(32) La visita de don Roberto Nóvoa Santos tuvo lugar en abril de 1932. En la conferencia comentada, don Roberto dijo: «Unos y otros procuremos olvidar para siempre las expresiones "madre patria", "repúblicas hermanas" que los cantores líricos dejan escapar en sus florilegios. Hay que crear nuevos lazos...». Desgraciadamente en esta misma conferencia, «Diagnosis espiritual del pueblo argentino», don Roberto se deja llevar por inexplicables prejuicios de carácter antisemita. Ver «El advenimiento del hombre y otras conferencias» por Roberto Nóvoa Santos, editorial Nova, colección Camino de Santiago, Buenos Aires, 1943.

Años antes, en la Habana, Nóvoa Santos había hecho llorar a la Galicia emigrada con aquel famoso discurso sobre la *saudade* (33).

La guerra civil, que también repercutió de un modo cruel dividiendo a la colectividad gallega de La Argentina, creó un paréntesis luego prolongado por el advenimiento de la segunda guerra mundial.

Acabada la guerra, el Centro Gallego trató de reanudar los contactos con la Galicia intelectual. Esta aproximación se produce en tiempos del presidente Manuel Otero, lucense, propietario de las más conocidas fábricas de sidra de La Argentina, presidente del Centro de Comerciantes y de la compañía de seguros "El Plata".

La "xornadas galegas de 1947", organizadas por el actual presidente del Centro Gallego, Eduardo R. Sánchez Millares, contaron con un invitado de honor, don Ramón Otero Pedrayo, patriarca de las letras gallegas.

Al año siguiente, las "xornadas galegas" tuvieron por mantenedor a Castelao, quien pronunció el famoso discurso "Alba de Gloria".

Don Ramón Otero Pedrayo, nuevamente invitado por el Centro Gallego, volvió en 1959 y el recuerdo de su elocuencia se mantiene en la colonia que, corriendo los años, se familiarizó con una gran parte de la intelectualidad gallega encabezada por el presidente de la Real Academia, don Sebastián Martínez-Risco.

Estos precedentes ilustres para mí resultaban alarmanes. Iniciaba las "xornadas galegas" con una sensación de vértigo. En la mañana del domingo 18 de julio me levanté temprano y no cesaba de mirarme al espejo. Unas veces me veía demasiado joven y otras veces demasiado vieja. "Vi-niendo después de tanto sabio —me decía— voy a decepcionarles...".

(33) Esta hermosa conferencia, pronunciada el año 1928 en el Teatro Nacional de La Habana, es un canto a los hombres más ilustres de Galicia, desde Prisciliano al profesor Alfredo Brañas. Define la *saudade* como «la tendencia instintiva del hombre a revestirse en la misma tierra que modeló su carne y su espíritu». Acabó diciendo: «Terra a nosa».

Inquieta, pero haciendo de tripas corazón, me subí al coche del presidente Sánchez Millares y nos dirigimos hacia el puerto. Era un día muy hermoso. El cálido invierno argentino hacía evocar un septiembre no lluvioso en las Marinas coruñesas. Por la plaza de Mayo se paseaban algunos individuos envueltos en el *poncho*... Tenía en mi mano el programa de los actos que iban a celebrarse en el curso de dos semanas, un programa cruzado por una banda azul —el color oficial de La Argentina y de Galicia— sobre la que se estampaba la roja cruz santiaguesa, debajo la siguiente inscripción: "Centro Gallego de Buenos Aires. Día de Galicia 1971. Actos programados por el Instituto Argentino de Cultura Gallega".

En el apartado correspondiente al domingo 18 leí:

"11 horas, Homenaje al Inmigrante, ante su monumento homónimo, sito en la intersección de las avdas. Maipu y Antártida. Hablará el secretario honorario del Centro Gallego, doctor Manuel Corbacho Monteagudo".

Mi inquietud disminuyó considerablemente al ver que, por lo menos ante dicho monumento, no era a mí a quien tocaba hablar.

El monumento al Inmigrante está cerca del puerto donde antaño desembarcaban y en una plaza un poco desolada que circunvalan los coches. El escultor argentino, Alberto Lagos, representó al Inmigrante como un hombre apuesto, en la plenitud, casi desnudo pues apenas si le cubrió las vergüenzas, que se alza con una actitud implorante y de ofrenda. A la vez aporta y pide.

Un grupo de personas de nuestra colectividad, entre las que se contaban los presidentes de la Irmandade Galega y de los Centros Orensano, Lucense, Pontevedrés y Coruñés aguardaban al pie de la estatua. También estaban allí unas jóvenes enfermeras del Centro Gallego vestidas con el uniforme de gala que remata una capelliña santiaguesa de color azul con la cruz de Santiago en rojo. Y allí estaba también Eligio, con su cámara y otros fotógrafos de la prensa bonaerense.

Se depositaron las coronas y luego el Dr. Corbacho Monteagudo se adelantó para dirigirnos la palabra.

Corbacho es muy buen orador y en sus discursos se transparenta sus conocimientos latinistas, su postura es también la del orador tradicional, pero mientras él hacía la ofrenda al inmigrante, yo apenas si le seguía atenta a mi propia música. Me acordaba del nombre de los primeros gallegos que emigraron a La Argentina que, según el catálogo de Pasajeros a Indias, fueron Andrés Hernández y Francisco Araujo en el año 1555. Detrás de Andrés y de Paco... ¡menudo cortejo! En sólo medio siglo, de 1901 a 1950, sabemos que emigraron 1.241.377 gallegos. Durante este período Galicia perdió la presencia y la actividad de más del sesenta por ciento de sus hijos. Buenos Aires se convirtió en la mayor ciudad "gallega" del mundo... (34).

Seguía mirando hacia la estatua del Inmigrante y la vieja tristeza de antaño —cuando desde nuestro balcón coruñés contemplaba alejarse los barcos— renacía en mi pecho.

Entonces me acordé de Francisco Rodríguez del Busto, intelectual de Ribadeo que después de maldecir a la emigración con acentos apocalípticos acabó él mismo en Buenos Aires en calidad de emigrante (35).

Finalmente concentré mi atención en cuanto decía Corbacho quien, al ensalzar la aportación histórica del inmigrante europeo, bien hubiera podido ponernos como ejemplo su propio caso, su propia vida (36).

(34) «La Marginación de Galicia», por Valentín Paz Andrade, Madrid, 1971.

(35) Francisco Rodríguez del Busto nació en Ribadeo en 1863. Falleció olvidado en Buenos Aires en 1913. En sus escritos y para impedir la emigración clamaba por la industrialización de Galicia.

(36) «La Prensa» de Buenos Aires recogió, 19 de julio de 1971, unas palabras del discurso del Dr. Corbacho Monteagudo: «ese héroe anónimo que se ha hecho acreedor a que se le erija esta estatua, tiene un nombre colectivo, multitudinario, el inmigrante con el que se honra a legiones de hombres y mujeres de muy distintas razas, culturas, costumbres, tradiciones y creencias...».

Manuel Corbacho Monteagudo nació el día 21 de noviembre de 1926 en Santa María de Geve, Pontevedra, donde sus padres tenían, y tienen, unas tierras de labranza y unas cuatro o cinco vacas. Manuel tuvo una hermana, Segunda, hoy viuda y con dos hijos. La madre y la tía de Manuel llevaban a vender la leche a Pontevedra. Recorrían los ocho kilómetros a pie, con las cántaras en la cabeza.

De joven, el padre de Manuel fue cantero. Aprendió a leer y a escribir cuando tenía 21 años y era minero en Sama de Langreo, donde también aprendió a cantar canciones asturianas.

Manuel Corbacho Monteagudo tuvo, en la escuela de Geve, cinco o seis maestros cuyos nombres ha olvidado. A uno de ellos le mataron cuando la guerra civil. Recordando su infancia le viene siempre a la memoria el crucero de piedra a la puerta de su casa:

—Meu pai entón dormía con unha escopeta pra que non lle romperan o Cristo, pero a eirexa tampouco non iba. —dice.

Cumplidos los 12 años, Manuel se preparó a fin de trabajar como cantero en las obras de la nueva escuela naval de Marín. Ya estaba provisto de los útiles de los picapedreros, a *maceta*, os *punteiros* y los cinceles cuando, de un modo inesperado, su padre le preguntó:

—¿E tí non querías estudar?

—Eu sí señor —le respondió sorprendido Manuel.

—Vestite.

Todavía desconcertado, el muchacho se puso la mejor ropa que tenía (un *mono*) y fueron a visitar al cura párroco. Este le hizo al chico unas preguntas y luego les dio una carta para el director del Instituto de Pontevedra, don Lino García y García, también sacerdote.

Por el camino, el padre de Manuel sintió desconfianza.

¿Por qué habrá cerrado el sobre? se preguntó. Decidió abrirlo y leyó la carta que decía “el chico no está lo bastante preparado para ingresar en el Seminario”.

Rota la carta, padre e hijo siguieron camino. En realidad no necesitaban recomendación. Hacía unos veinte años

que la madre de Manuel servía como lechera a la casa de don Lino. El sacerdote, que era un santo, no sólo ayudó al muchacho sino que, durante aquel primer curso, pagó todos sus gastos. En el segundo año consiguieron una beca y luego ya siempre fue becado hasta que, finalizado el octavo curso, Manuel se dio cuenta de que no deseaba seguir la carrera eclesiástica.

Al dejar el Seminario, el Ministerio de Educación convalidó sus estudios por seis años de bachiller. Manuel hizo el séptimo en el Instituto de Pontevedra y obtuvo matrícula de honor. Pasó luego el examen de reválida con sobresaliente y fue “premio extraordinario” en el Examen de Estado.

A pesar de estos sucesivos éxitos, al abandonar el Seminario Manuel Corbacho Monteagudo se sentía como vencido y no sabía que hacer. Habló con el profesor Filgueira Valverde, quien se manifestó seguro de que le darían una beca para seguir los estudios universitarios en Compostela.

Manuel era el único “premio extraordinario” que tuvo el instituto de Pontevedra aquel año 1949, pero no consiguió beca. Aquel año hubo becas, pero no para él.

Entonces Manuel Corbacho y su padre fueron a Santiago de Compostela y recorrieron las ruas inquiriendo precios en todas las pensiones. Las más económicas les pedían 31 pesetas diarias, una cantidad inasequible para ellos. El viejo Corbacho se declaró dispuesto a vender unas *leiras* pero Manuel se opuso.

Quiso entonces hacerse maestro en una sola convocatoria, pero le denegaron el permiso.

También se sintió atraído por la Escuela Naval. Padre e hijo preguntaron en Marín que necesitaba el muchacho para ingresar, pero se echaron atrás advirtiendo que los gastos inherentes eran superiores a los medios.

Manuel Corbacho Monteagudo renunció a los estudios universitarios y se hizo profesor en el Colegio Labor de Vigo, del que era director don Sergio Saborido Cid. El colegio estaba frente a la ría y, mientras daba las clases, veía entrar y salir los barcos. Era ya el año 1950.

Desde 1941 a 1960 emigraron a las Américas 296.365 gallegos. Pontevedra perdió en diez años el 12 por ciento de su población, Orense el 10 por ciento, La Coruña el 9 por ciento y el 5 por ciento Lugo.

Manuel Corbacho Monteagudo preparó sus papeles y se embarcó en un barco carguero, en el «Mendoza», el día 18 de mayo de 1951. Al llegar a Buenos Aires los parientes que le habían prestado el dinero para el pasaje exigieron su devolución en menos de tres meses. Fue un vecino de Geve, amigo de sus padres, quien le adelantó el dinero.

Manuel vivía en un galpón, entre trastos viejos y ratas.

De día era obrero en una fábrica metalúrgica, por la noche estudiaba para convalidar sus estudios.

Ya con el título de bachiller reconocido. Manuel se presentó en la facultad de Ciencias en donde estudió tres años pasando luego a la Facultad de Derecho.

Entretanto Manuel se había casado por poder con una muchacha de Geve, Elvita Abeleira, y era ella quien, trabajando como modista procuraba el sustento de ambos, ya que los estudios universitarios en La Argentina son gratuitos.

Manuel Corbacho comenzó a estudiar Derecho en 1956. Para poder estudiar sin estorbos, vivían en una sola pieza, se habilitó con latas un galpón en la azotea. En 1959 sacó el título de abogado y abrió bufete. Ese mismo año nació su segundo hijo.

Poco tiempo después Manuel compraba muy barata una vieja casa situada cerca del Centro Gallego y se encargó de rehacerla realizando él mismo casi todos los trabajos, incluso el de instalaciones y desagües sanitarios.

Cuando Manuel Corbacho explica a sus visitantes que fue su propio maestro constructor, electricista, fontanero, etcétera, nadie se lo puede creer.

Hace poco un amigo de la familia en Geve comentaba con el viejo Corbacho la prosperidad de Manuel, el hecho de que sea hoy un abogado tan conocido, secretario del Centro Gallego, estimado por la colonia y por la gente de

Buenos Aires. “Es verdad —reconoció el amigo— que todo lo hizo a pulso y que trabaja como un negro”.

—¡Bah! —dijo el antiguo cantero— non me da pena, estalle ben empleado xa que non quiso fazerse crego...

Cuando Manuel Corbacho Monteagudo acabó de hablar, de entre la gente que hacía un semicírculo frente al monumento al Inmigrante, se destacó un hombre ya mayor, menudo, de mediana estatura, pelo blanco, ojos claros y rostro abierto, bondadoso y gentil. Su modesto y pulcro traje negro evocaba la memoria de los maestros de la Institución Libre de Enseñanza o la de los antiguos socialistas de la generación de Pablo Iglesias. Vino hacia mí con la sonrisa en los labios y la mano extendida:

—Eu son Antón Alonso Ríos —se presentó.

ANTON ALONSO RIOS: ESTA ES SU VIDA

Antón Alonso Ríos nació en Silleda, Pontevedra, el día 15 de agosto de 1887. Su abuelo era un calderero de Noya que se llamaba José Alonso. Su padre, Manuel Alonso, también fue calderero (37).

(37) La increíble y fabulosa historia del «diputado mendigo» ha sido, como el resto de los trabajos que componen este libro, divulgada periódicamente por mí en el otoño de aquel año 1971. Hoy la transcribo sin alterar ni un punto ni una coma. Su origen es el siguiente: tras la primera entrevista entre el viejo galleguista y yo se establece una corriente de amistad y afecto. Hablando en un gallego tan bonito y original (su pureza me hacía evocar a los cancioneros) el ex-diputado pontevedrés, a partir del 22 de julio de aquel año 1971, me relató su vida a través de una serie de largas entrevistas que tenían por escenario el hotel Nogaró donde yo me hospedaba. Con enorme atención y empeño, y escribiendo a velocidad casi taquigráfica, transcribí sus palabras. Y lo hice con gran fidelidad de tal forma que Antón Alonso Ríos rectificó tan solo una de mis observaciones, de lo que daré cuenta más tarde. A mí su historia me fascinaba. Basándome en las notas, que conservo, relaté la vida del ex-

El abuelo era asturiano. Llegó a Noya con su mujer sobre mediados del siglo pasado y en Noya nacieron sus siete hijos, de los cuales cinco eran varones.

“Os cinco rapaces —recuerda Antón Alonso Ríos— botáronse por Galiza adiante remendando e vendendo caldeiros”.

Siempre vendían al fiado, guardando en garantía el viejo caldero mientras el cliente no acababa de abonar el nuevo. Un caldero de cobre, a fines del siglo pasado, podía costar 50 ó 60 reales, lo que era mucho dinero para la descapitalizada sociedad rural.

A los caldereros de Noya se les conocía en toda Galicia.

De jóvenes fueron muy alegres y atrevidos hasta rozar la desvergüenza. “Eran tamén un tantiño tolos” —reconoce Antón.

En la feria de Silleda, Manuel Alonso conoció a Matilde Ríos, hija de un pequeño labrador de Cortegada. Matilde era muy bonita. Su maestro, don Miguel Oxera, le llamaba siempre “a remelona”. (“remelar” no tiene traducción exacta en castellano, equivale a mover los ojos con gracia). Cuando volvió de América un tal Rodríguez, de Silleda, que luego puso negocio en Cádiz, dijo que Matilde era la moza más guapa que había visto en Galicia.

Manuel Alonso y Matilde Ríos se casaron en el año 1871. El tenía 21 años y ella 18. Tuvieron 12 hijos, 7 varones y 5 mujeres, de los que les vivieron 11. Antón es el sexto.

El calderero era un hombre emprendedor. Alquiló una casa en Campo Rapado —donde se celebraba una feria el día 24 de cada mes y en ella montó un “boliche”. En esta

diputado pontevedrés en una serie de artículos que serían publicados entre los días 3 y 21 de octubre de aquel mismo año 1971 (todavía en el régimen anterior) de aquel año 1971. Sirven entre otras cosas mis trabajos para estimular al propio Antón Alonso Ríos, quien entre fines de 1971 y 1978 escribe él mismo sus memorias, las cuales completan la estampa global de su vida y cuyo estudio recomiendo a los especialmente interesados. Bajo el título «O señor Afranio, ou como me rispei das gadoupas da morte» las memorias de Antón Alonso Ríos fueron publicadas por la editorial Castrelos de Vigo en el año 1979 con un interesante prólogo de Xosé María Álvarez Blázquez.

casa, que estaba en medio de una *carballeira*, nació Antón (38).

Mientras Matilde atendía al negocio y a la prole, Manuel traficaba primero con jamones, después con oro y, finalmente, *coo grau do cornello* (grano de cornezuelo en castellano) que compraba en las ferias gallegas y que luego vendía para su exportación a Inglaterra. Con el cornezuelo se hace la ergotina. Ya desde tiempos muy antiguos, ciertas matronas en la Galicia rural sabían que una pócima de *cornello* destilado provoca el aborto.

Cuando Antón era niño, uno de sus hermanos mayores se quedó al frente del “boliche” y la familia se trasladó a Silleda montando allí dos negocios. Les pusieron aquellos nombres propios de un impropio optimismo: “La Abundancia” y “El Progreso”. Antón fue a la escuela en Silleda.

El mayor de los hermanos ingresó en el seminario pero no se hizo cura, fue para América. También emigró la hermana mayor, Consuelo, cuya vida es por cierto bien novelesca.

Siendo una muchacha joven y bonita Consuelo, sin ser obligada, se casó con un emigrante muy viejo que volvía de América.

Nadie adivinaba la razón de su matrimonio. No fue por interés, ya que el emigrante no tenía dinero, ni fue por amor ya que Consuelo le abandonó al año de casarse. Consuelo huyó a América llevándose consigo a su hijo recién nacido.

El viejo quedó a cargo de los suegros y con ellos vivió hasta su muerte. Consuelo se estableció en Méjico donde —cortando relación con su familia— hizo una gran fortuna, cuya base fue una casa de cambio.

Cuando Antón Alonso Ríos visitó Méjico en 1945, tuvo una gran sorpresa al ver a Consuelo y enterarse de que era propietaria de 18 casas, 2 hoteles y 7 peluquerías. Murió

(38) Antón Alonso Ríos nace en el lugar de Campo Rapado, parroquia de Cortegada, ayuntamiento de Silleda. Al referirse a la tienda familiar, Antón repitió siempre, según observo en mis notas, la palabra «boliche».

Consuelo poco después dejando millonarios al hijo de su primer matrimonio y al hijo del segundo.

Emigrados los mayores, Evangelina se encargó de ayudar a Matilde en el comercio. También la ayudaba Antón, si bien muy a disgusto porque quería estudiar.

Como su trabajo les resultaba útil, los padres le retenían y Antón no hubiera logrado nunca hacerse maestro si no encuentra un aliado en la persona de don Vicente Fraiz Andón, director de la Normal de Santiago, que era natural de Lalín.

Con sobresalientes y matrículas, Antón hizo los cuatro años de magisterio en tres. Su paso por la Normal de Santiago se articula con brillantez y, según sus compañeros de curso, Antón igualaba en sabiduría a Daniel Rodríguez, que era un joven muy inteligente, hijo natural del conde de B.

A Daniel Rodríguez le llamaban "o sabio primeiro", a Antón Alonso Ríos "o sabio segundo".

Ya maestro, en 1906, Alonso Ríos consiguió ser nombrado auxiliar de la Normal de Santiago. Le pagaban 55 pesetas al mes, la mitad del sueldo de un maestro efectivo. A la vez, Antón ingresó en el Instituto disponiéndose a seguir el bachillerato, pero el esfuerzo de aquellos años acabó quebrantando su salud y tuvo que regresar a Silleda.

Desde el comercio de sus padres, y contrariando los deseos familiares, preparó el viaje a América. Le prestó 70 duros un amigo, José García Freire, que entonces era escribiente y luego se hizo telegrafista y fue destinado a Cangas.

Era el mes de mayo de 1908, Antón fue a Vigo y compró un pasaje que le costó 30 duros y, sin documentación de ninguna clase, se metió en el "Aragón". Veintiséis días más tarde desembarcaba en Buenos Aires. Salió del barco confundido con los marineros y nadie le pidió ningún papel.

Como todos los gallegos (salvo excepciones), Antón Alonso Ríos tenía parientes en Buenos Aires. Allí estaba su

tía Emilia Ríos, casada con Xosé Ramos, también de Silleda, que era cobrador de la "Moore Tudor". El matrimonio tenía tres hijas.

Antón traía una carta de recomendación para don Arturo Rial (padre del aviador Rial, que fue muy importante en la segunda República) el cual era socio de los Oxea en un negocio de importación. Estos Oxea eran parientes de aquel maestro de Matilde, el que le puso por mote "a remelona".

Tanto Rial como Oxea le aconsejaron a Alonso Ríos que, presentando sus certificados en el Consejo Nacional de Educación, se hiciera maestro suplente en una escuela sita en Buenos Aires, calles Azcuenaga y Juncal.

Luego le ofrecieron una escuela en la entonces gobernación de Neu Kent pero Alonso Ríos no llegó a tomar propiedad de la misma por haberse enterado de que, para llegar a ella, antes tenía que recorrer 750 kilómetros a caballo.

Finalmente Antón Alonso Ríos fue maestro en varias escuelas de la provincia de Mendoza, en poblados situados cerca de las lagunas de Rosario, que en lengua indígena se llama de "Huacanach".

Es la zona más pobre de la Argentina. Es allí donde nunca llueve. La vaca aprende a romper con el cuerno la *tuna*, especie de higo chumbo, y chupa su zumo. En Arroyito, sus 33 alumnos venían a la escuela a caballo. Muchos de ellos eran descendientes de un colonizador español quien, según Alonso Ríos, "tuvo fillos a montós". A los descendientes del colonizador les habían dado una propiedad de 2.500 hectáreas que en parte eran zona arenosa en la que sólo logra crecer esa planta intrépida, *jume*, que se quema para hacer la lejía.

Antón tenía 20 años y por su trabajo recibía 150 pesos al mes. Veía salir el sol por encima de la sierra de San Luis y ponerse detrás de los nevados Andes. Pasaba los domingos leyendo "Los Miserables" de Víctor Hugo.

Antes de volverse para Buenos Aires, finalizado el curso escolar, hizo una excursión hasta la última de las lagunas de Hucanach, la de Silverio. A tres o cuatro kilóme-

tros de dicha laguna se forma el río Desaguadero. Antón Alonso Ríos se dedicó a pescar. "Nunca comín troitas máis sabrosas" —recuerda.

También comió, por primera vez en su vida, carne de cabra que es riquísima, pero muy dura.

De regreso en Buenos Aires, Antón Alonso Ríos fue profesor en el colegio particular "Víctor Hugo". Un año más tarde, en 1909, inicia su actividad social colaborando en la fundación de la "Sociedad Hijos de Silleda" (39).

Uno de los principales objetivos de la sociedad era el de proporcionar a los niños de Silleda las facilidades educativas de que habían carecido aquellos que la fundaran. Se iniciaba de un modo espontáneo entre los emigrantes un movimiento pro escolar, una especie de "Kulturkampf" y, levantadas tres escuelas en Silleda —la primera de las cuales se llamó "Rosalía de Castro"—, enseguida se hicieron otras en Bandeira, en Tomiño y en diversos pueblos de Galicia.

Era fácil para los generosos emigrantes fundar escuelas, no era tan fácil mejorar el mal sistema docente, contradicción apresada por Castelao en una de sus caricaturas: Frente al nuevo edificio "Escuela Pública, regalo de los residentes en la Argentina", un Labrador dice: "A escola é boa, ¡Dios o pague! ¿Pero o maestro é o mesmo que xa tiñamos?".

A fin de evitar que se impartiera una mala enseñanza desde una buena escuela, Antón Alonso Ríos y otros emigrantes, pretendían crear una red de instituciones docentes, federales e imponerles un programa común. En gran medida las sociedades fundadoras seguían encargándose de sostener las escuelas.

En 1914, cuando tenía 27 años, Antón Alonso Ríos se casó con Oliva Rodríguez.

(39) La Sociedad «Hijos de Silleda» aún existía en el año 1971. En 1940, cuando la meritoria sociedad celebraba su 32 aniversario, Alonso Ríos les dijo en tonos poéticos «Galiza non pasará. Cada monte, cada val, cada ría, seguirá tendo o seu embruxo de fascinadora beleza. O Candán seguirá falando en segredo co-os seus veciños: O Testeiro, O Faro de Chantada i-o Seixo i-o Faro d'Avión...».

Oliva, que tenía 18 años, había nacido como Antón en Campo Rapado, Silleda, y después de emigrar con una hermana mayor, trabajaba como enfermera en un hospital de Buenos Aires.

Al año siguiente, y hallándose Oliva de visita en Campo Rapado, nació el primer hijo del matrimonio, una niña a la que se le impuso el mismo nombre de la madre. En años sucesivos, y ya en Buenos Aires, les nacieron tres hijos más.

Sus nombres Chamor, Ombú y Celta resultan tan expresivos como originales. Antón los eligió como símbolo de su amorosa fidelidad porque: "Eu namoreime da Arxentina, se Galiza é a miña nai Arxentina é a miña noiva".

Chamor es el nombre de un monte al pie del Candán, picos protectores y casi sagrados de Silleda. El ombú es la planta argentina por excelencia, crece como un precioso arbusto y llega a convertirse en un árbol (40).

Al último hijo de Antón Alonso Ríos le habían impuesto un nombre muy en consonancia con sus aficiones. Ombú, lo mismo que Antón, tenía el alma priscilianista y sentía por los árboles aquel especial sentimiento de amor característico de las primitivas tribus galaicas que realizaban sus ritos religiosos en los montes, venerando la obra de Dios en las piedras, en los ríos y en la armonía de la naturaleza...

Es esa religiosidad a que se refiere Antón Alonso Ríos cuando nos habla del paisaje humanizado:

"A maneira d'intimidade n'a que viven unidos no noso medio a xente, os animás, i-as prantas; a incrusón dentro da familia de canto a rodea; i-o amor i-a tenreza d-as persoas pra total-as cousas; pr-os animás que se crían, pr-as prantas que se cultivan, pr-a terra que se labra, é o que eu chamo o humanizamento d-a nosa paisaxe. E penso que él é o motivo meirande de pracer moral, i-a escola n-a qu-as

(40) En 1971 unos gallegos de Argentina enviaron a Galicia un ombú que fue plantado en la huerta de la casa de Rosalía de Castro en Padrón.

nosas almas adquiren un temple d-a mais subprime delicadeza...!" (41).

Alonso Ríos se sentía muy orgulloso de su hijo Ombú que, corriendo los años, se convirtió, según su propio nombre le predestinaba, en un brillante ingeniero de montes. Antón consideraba que su nacimiento al cumplirse los siete años de su matrimonio con Oliva constituía un presagio de felicidad.

Desgraciadamente Ombú falleció en pleno éxito y en plena juventud.

Antón y Oliva encuentran hoy consuelo en el hecho de que su hija *Celta* también ejerza con maestría la carrera de ingeniero agrónomo en Buenos Aires. Con los abuelos viven dos nietas de 14 y 16 años, muchachas monísimas que muchas veces acompañan a Alonso Ríos y van con él a las conferencias del Centro Gallego.

En medio de una intensa labor docente y social, Alonso Ríos se matricula en la Facultad de Filosofía. Siguió con mucho provecho algunos cursos, si bien no llegó a licenciarse. Tuvo por maestros al antropólogo alemán Lemmannets, a Ingenieros, el filósofo amigo de Ortega y, en biología, a Jako (41 bis).

El interés de Antón Alonso Ríos por las ciencias naturales le proporcionó un puesto de trabajo en la "Sociedad Científica Argentina" (42).

En el año 1915, Basilio Alvarez llega a Buenos Aires a fin de interesar a los gallegos-argentinos en las luchas agrarias.

Poco antes Basilio había estado en La Habana, movido por el mismo propósito.

Basilio Alvarez, una de las más fuertes y contradictorias figuras de la Galicia moderna, nació en Orense —en

(41) «*C-o pensamento na Patria Galega*» por Antón Alonso Ríos, con prólogo de Alfonso R. Castelao, Buenos Aires, 1942, pág. 57.

(41 bis) Alonso Ríos deletreó el nombre del último profesor citado como *Jako*, Darío Alvarez Blázquez en el prólogo lo escribe como *Jano*.

(42) Desde 1919 hasta 1931 Antón Alonso Ríos lleva la gerencia de la Sociedad Científica Argentina. «O señor Afranio», pág. 14.

una casa de la antigua carretera de Trives— el 10 de agosto de 1877. Su padre era un herrero, natural de Ervedelo, buena persona aunque de naturaleza fogosa. Basilio estudió el bachillerato en Orense y se hizo cura en el seminario conciliar de San Fernando.

Todo el mundo me dice que Basilio ha sido uno de los oradores más extraordinarios de su tiempo. Cuando Eugenio Montes en Alemania le oyó uno de sus primeros discursos a Hitler, confesó que su voz magnética le recordaba la de Basilio.

"Había en él un sentido de la metáfora, era original, tenía genialidad" —dice hoy Leandro Pita Romero.

Basilio Alvarez, menos culto que Pastor Díaz, que Montero Ríos y que Nóvoa Santos, les superaba acaso como tribuno del pueblo, debelador de las injusticias sociales y del atraso de la agricultura (43).

Cuando Basilio llegó a la Argentina tenía 38 años. Era fuerte y rojo como quien está contemplando un incendio y las llamas le iluminan. Su cabeza y sus manos pecosas hacían pensar en un león. En 1915 todavía andaba vestido de cura. Luego, cuando fue diputado republicano, sólo se ponía la sotana para entrar en el recinto del Congreso.

Al andar, Basilio cojeaba.

Acerca de su cojera hay varias versiones siendo la más popular la de que su padre, el herrero, aburrido un día de aguantarle, porque Basilio de niño era muy travieso, le tiró por la ventana.

(43) Según me ha contado «Augusto Assía», poco antes de la dictadura de Primo de Rivera y en el curso de una campaña política orensana, Basilio Alvarez estuvo en La Mezquita. Favorecía Basilio la candidatura del liberal Antón del Olmet en contra del conservador Luis Espada. Partidario del último, el comerciante Felipe Fernández (abuelo de Assía) repartió unos cencerros entre labradores adictos y les mandó situarse al pie de la casa desde la cual iba a hablar el abad. Curiosamente esta casa era de la de su propio hijo, Fermín. Cuando Basilio se asomó al balcón de la casa de Fermín Fernández fue recibido con *música* de cencerros. Entonces el abad de Beiro adelantó su busto de gladiador y con una voz potente que se expandía sonora y tempestuosa gritó: «¿Sodes cidadáns ou borregos? Pois levades o signo da servidume...». Al escuchar estas palabras soltaron los cencerros y le aplaudieron.

Cuando visitó Buenos Aires, Basilio Alvarez ya no era abad de Beiro. Había sido castigado por el Obispo de Orense, monseñor Eustaquio Ilundain quien, más tarde, fue cardenal de Sevilla.

La decisión del obispo había sido bastante criticada incluso en medios eclesiásticos. Aunque desde un punto de vista estrictamente pastoral a Basilio le perjudicaban ciertos excesos y ciertas amistades, sus pecados eran del orden venial, que la Iglesia de entonces perdonaba más fácilmente. No había en él nada de la fiera heterodoxia espiritual de los místicos rebeldes —aquellos que la Inquisición hubiera conducido a la hoguera.

Desde un punto de vista social, la doctrina de Basilio no se distanciaba excesivamente de la seguida por los papas a partir de la "Rerum novarum". Más tarde, y en el Congreso, siempre se reveló como campeón de la doctrina católica tradicional en todas las cuestiones que afectaban a la Iglesia o a las costumbres.

Todavía se recuerda su intervención cuando las Cortes de la República trataron de la ley de Divorcio y, respondiendo a la atrevida propuesta de la feminista Clarita Campoamor, Basilio Alvarez le respondió desdeñoso:

"La tesis de la doctora Campoamor equivale a convertir el histerismo en ley".

En aquellos sus primeros choques con el obispo de Orense, cabe presumir que si el prelado llega a ser gallego en vez de navarro la situación hubiera podido suavizarse sin necesidad de llegar a tales extremos. En cierta medida, la Iglesia gallega se beneficiaba de su popularidad porque, en el curso de sus primeros años de lucha política, el abad de Beiro fue saludado en Galicia como un hombre providencial. Su verbo profético electrizó al agro como nadie lo había hecho a partir del irmandiño Rui Xordo.

Pero, si se le sometía a examen, la campaña agraria de Basilio presentaba las mismas flaquezas que el propio abad.

Denunciaba los yerros, era como un apóstol de los siervos, pero apenas si ofrecía soluciones ni se daba una política agraria coherente.

En realidad Basilio Alvarez era mejor periodista que político. Imprimía su poderosa personalidad tanto en los artículos como en los periódicos que fundaba, que fueron "El Debate" de Madrid, que luego ya en manos de la editorial Católica se convertiría en el más importante rotativo del periodismo católico español, "El Heraldo Gallego" y "La Zarpa" en Orense.

En "La Zarpa", nombre en cierto modo característico de la cualidad leonina de su Fundador, Basilio escribía aquellos famosos «zarpazos».

Basilio Alvarez llegó a Buenos Aires acompañado por el director de "El Heraldo Gallego", Manuel Lustres Rivas, el fino e inolvidable periodista, luego director de "El Faro de Vigo" (44).

Desde un principio, el Centro Gallego de Buenos Aires se sintió hermanado con las luchas agrarias de Basilio y, de un modo especial, con su denuncia del caciquismo y de los foros.

Ya en tiempos del presidente Roque Ferreiro, el Centro Gallego había realizado algunas gestiones en Madrid a fin de obtener la abolición de los foros. Al mismo tiempo y como contribución al certamen literario organizado por la Asociación de la Prensa de La Coruña, el Centro Gallego instituyó un premio de 500 pesetas destinado a quien mejor explicara por escrito cuales eran los mejores medios para combatir el caciquismo (45).

(44) Manuel Lustres Rivas era natural de Santa Eugenia de Riveira. Antes de ser director del periódico de Basilio lo fue de «El Miño». Era también corresponsal de algunos periódicos madrileños como «España Libre», «El Liberal» y «La Voz». Lustres Rivas dejó escrito un libro de ensayos «Pandemonium» y varias comedias. Su trágica desaparición acaeció al tiempo en que se produce la de otros periodistas gallegos, Blanco Torres, Jacinto Santiago, Víctor Casas, Xohan Carballeira...

(45) Rogelio Rodríguez Díaz, op. cit., pág. 38.

Basilio Alvarez debutó como orador en Buenos Aires el 25 de julio (día de Galicia) de 1915 (46).

El vicepresidente del Centro Gallego, Manuel A. Bares, le presentó con estas palabras: "Ha llegado a estas playas propicias un sacerdote, en su más amplio concepto, amplitud de concepto que acaso pareció excesiva a la severa disciplina eclesiástica castigándolo por ello. El hecho no afecta, empero, ni al sacerdote ni a la institución a que pertenece por voto irrevocable de su corazón y de su espíritu. Por virtud de la riqueza de su temperamento... no ha podido referir su acción exclusivamente a la conquista de la felicidad en la otra vida y ha luchado también por comenzarla en ésta... Pero su misión es una misión de paz, ya que es un sentimiento de amor el que la inspira".

El señor Bares acabó su discurso diciendo: "Queda presentado el noble cruzado de la redención del pueblo gallego". Finalmente se levantó Basilio. Una ovación que se prolongó durante unos minutos le impedía hacer uso de la palabra. Su discurso fue un canto a Galicia y, al final del mismo, suplicó a todos los oyentes que lucharan por su prosperidad y por su grandeza.

El auditorio estaba visiblemente impresionado tanto por la personalidad de Basilio como por su peculiar estilo oratorio.

¿Quién, en aquel día de gloria, hubiera podido sospechar que, veintiún años más tarde, Basilio Alvarez tornaría a Buenos Aires solitario, a mal con las derechas y a mal con las izquierdas, que sería detenido por la policía, que

(46) Cuando Basilio Alvarez llegó a Buenos Aires era presidente del Centro Gallego don Juan G. Molina, ex director del *Banco de Galicia y Buenos Aires*. El debut de Basilio tuvo por escenario el teatro Politeama, se abrió el acto con la interpretación orquestal de la «Sonata Gallega» de Montes. Luego la agrupación artística gallega puso en escena «Santos e meigas» de Baldomir. El 7 de octubre de 1915 y en asamblea general el Centro Gallego designó a Basilio «socio honorario». En el Teatro Avenida de Buenos Aires y en sesión de pago, Basilio disertó sobre «El Cid Campeador». Lustres Rivas, a su vez, pronunció varias conferencias. En el aula de «El Orfeón Gallego» disertó sobre el tema: «Galicia país de turismo».

Vilanova, op. cit., vol. 11, págs. 1.323-24-25.

le expulsarían del país por la presión del clero argentino, que perseguido, humillado y pobre peregrinaría por las repúblicas Andinas hasta llegar a Cuba, que de Cuba pasaría a los Estados Unidos y que finalmente iba a morir en Tampa, Florida, fuera de Galicia, fuera de España, fuera de la Iglesia Católica, lejos de quienes tanto le aclamaron antaño y teniendo como único apoyo moral el que le prestaban los gallegos obreros del tabaco (47).

Basilio Alvarez falleció el 15 de noviembre de 1943.

La acción proselitista iniciada por Basilio tuvo amplio eco en las Américas. Entre los nuevos apóstoles del resurgir agrario figuraba, muy en primer término, el joven profesor Antón Alonso Ríos.

(47) Durante la dictadura de Primo de Rivera, Basilio Alvarez, que se había licenciado en Derecho por libre en dos convocatorias, una en la Universidad de Murcia y otra en la Central, tuvo bufete en Madrid. Se ocupaba de asuntos de Galicia y también de la dirección de la Casa de Galicia de la calle de Alcalá, que para muchos no era sino una casa de juegos disfrazada. Durante la segunda República fue diputado en las primeras Cortes Constituyentes y en las segundas, siendo derrotado en las elecciones del Frente Popular. En julio de 1936, Basilio Alvarez ofreció sus servicios a Santiago Casares Quiroga mediante esta nota escrita: «Estoy incondicionalmente a las órdenes del Gobierno. Lo mismo sirvo para barrendero como para Gobernador de Galicia». El Gobierno no lo empleó ni para una cosa ni para otra y Basilio estuvo a punto de ser asesinado al tiempo en que lo fue Abad Conde y otros miembros de su mismo partido radical. Posiblemente le salvó Companys, a quien Basilio ya conocía desde el tiempo en que lucharon juntos por la abolición de los foros y de la «rabassa morta» catalana y al que defendió siendo vocal del Tribunal de Garantías Constitucionales. De Cataluña, Basilio pasó a Francia y, sin apenas dinero y con grandes dificultades, llegó hasta Buenos Aires en donde le detuvieron. Se salvó de una repatriación que hubiera puesto en nuevo peligro su vida gracias a la ayuda que le prestaron los senadores Palacios, Serrey y González Iramein, así como el director de «Crítica», Natalio Botana. Ejerció luego Basilio la profesión de periodista en Buenos Aires hasta que fue expulsado del país. Ya en La Habana y en el curso de un banquete multitudinario que le ofrecieron en «La Polar», sufrió un primer ataque que le dejó semi-paralizado. Sin medios para mantenerse, el traslado a Norteamérica obedeció a la necesidad de beneficiarse de un subsidio que, con destino a los exiliados políticos, concede la ciudad de Nueva York. Algunos gallegos que le han conocido entonces me han contado de la melancolía de sus últimos años que pasó retirado en Tampa, Florida. Basilio, ya desatado de los antiguos vínculos, se sintió moralmente obligado a contraer matrimonio civil con Carmen, la mujer que le había acompañado en la penosa jornada de dolor y de destierro y de la cual tenía una hija.

Respondiendo al movimiento agrario iniciado por Basilio Alvarez, en Galicia se formó la Acción Gallega que dirigían Alfredo Vicenti y Manuel Portela Valladares y, en Buenos Aires, Antón Alonso Ríos creó la "Federación de Sociedades Gallegas Agrarias y Culturales".

En 1921 Alonso Ríos consiguió lo que parecía imposible: federar a casi todas las sociedades galaicas de Buenos Aires, las cuales, sin perder su autonomía, se unían para acceder a una misma política social y cultural (48).

La Federación de Sociedades Galaicas Agrarias y Culturales, erigida desde Buenos Aires en campeón de una Galicia *ideal*, pedía en primer término la descentralización administrativa, la abolición de los foros, mejoras económicas para el campo en el orden de caminos, fuentes, maquinarias, establos y, sobre todo, el establecimiento de cooperativas.

Tanto Antón Alonso Ríos como sus eficaces colaboradores (49) eran gentes de origen campesino que conocían por experiencia personal los problemas agrarios.

(48) Realizados con anterioridad, intentos similares tuvieron menos éxito. En diciembre de 1910 se constituye en Buenos Aires una «Federación de Sociedades Gallegas», entre las que figuraban el Centro Gallego, La Unión Hispano-americana del Valle Miñor, Unión Partido de Cambados, Círculo Gallego, Unión Redencionista del Partido de Cangas, y Orfeón Gallego. Esta primera Federación duró hasta marzo de 1911.

Rogelio Rodríguez Díaz, op. cit., pág. 39.

(49) Entre los de la primera época se cuentan Pedro Campos Couceiro y Manuel Cao Turnes. El primero nació en Forcarey-Meavia (Pontevedra) el 12 de septiembre de 1871. Ferviente patriota dedicó su vida al servicio de la cultura y de la colectividad gallega, organizó la «Sociedad Española de Socorros Mutuos» de San Juan, fue vicepresidente de la Irmandade Galega y de la Unión Gallega y, al igual que Cao Turnes, secretario de la Federación, continuadores de la labor periodística iniciada por Antón Alonso Ríos. Ambos dirigieron el periódico de la Federación que primero se llamó «El Despertar Gallego» y que después, en 1930, cambió su nombre por el de «Galicia». A dicho semanario se le deben campañas de defensa de vitales intereses galaicos, entre ellas una a favor del Seminario de Estudios Gallegos y de la Residencia Universitaria de estudiantes. Cao Turnes, nacido en Santiago de Compostela, fue, en 1938, presidente de la agrupación del Centro Gallego «A Terra», formando luego parte de la junta directiva del mismo Centro. Al ser jubilado como administrador de los Establecimientos Ortopédicos Argentinos se le ofreció un gran banquete en el Club Gimnasia y Esgrima. Manuel Cao Turnes

La creación de la cooperativa de Porriño fue obra indirecta de la Federación la cual, habiéndose paralizado la vida política española en 1923, se constituyó en la última representación visible de un movimiento agrario periclitado —debido a la dictadura— en Galicia y en España pero que aún seguía vivo entre los gallegos de América.

La Federación de Sociedades Gallegas de Buenos Aires fue perdiendo este carácter reformista agrario con los años. Ya ni siquiera se llama agraria. Desde que las sociedades minifundistas federadas impusieron su ideología, se radicalizó sensiblemente apartándose de los principios ideológicos de los fundadores.

Así hoy Antón Alonso Ríos está separado de la Federación y no tiene influencia en su marcha política. El que la tiene y grande, según parece, es Enrique Lister.

Al establecerse la segunda República, la Federación de Sociedades Gallegas, que todavía tenía un carácter republicano y agrario, decidió enviar dos representantes a España, siendo designados Antón Alonso Ríos y Ramón Suárez Picallo. Se les unió Julio Sigüenza que representaba a los gallegos de Montevideo.

Alonso Ríos desembarcó en Cataluña y fue a visitar a Maciá, al que ya había conocido anteriormente en Buenos Aires. Luego se dirigió a Madrid a fin de entrevistarse con Santiago Casares Quiroga.

falleció el 23 de febrero de 1952. Poco después de su muerte, sus hijos Manuel B. Cao y Olimpia Cao Corral, donaron 15.000 pesos al Centro Gallego a fin de que se crearan tres premios literarios, los cuales, en memoria de Manuel Cao Turnes y en tributo a Galicia, fueron entregados en los años 1953-4 y 55.

Ver Vilanova, op. cit., vol. 11, págs. 1.387-88.

El 17 de enero de 1954 falleció Pedro Campos Couceiro. Alonso Ríos le dedicó un poema: «Escoita irmán... Hoxe chego a veira d-a tua foxa pra falar contigo, e pra qu-e miña ialma se poña acarón da tua. Repousas en terra amiga, máis non n-a nosa terra coma ti quiseras... Non acarician o teu corpo o polvo i-as areas de Meavia. Non dormes o último sono o pé d-o Candán...».

Antón Alonso Ríos: «C-o pensamento n-a patria galega», Buenos Aires, 1942, pág. 33.

“Encontreino no limbo, tan fora dos nosos problemas que xa na primeira entrevista rifamos —recuerda Antón— eu lle fixen falar o galego decíndolle:

—En Galiza non hai ninguen que non fale galego.

—Non se fagan ilusiós —respondeume Casares.

Cando o vin tan frío despedínme con istas verbas:

—Entón vostede non se sorprenda si eu fago cousas extraordinarias en Galiza”.

De la Prensa regional fue “El Pueblo Gallego” órgano de Portela Valladares, el que tributó a los emisarios de las colectividades gallego-americanas un recibimiento más entusiasta. La posición de “La Voz de Galicia” era más fría. Respetuosa pero fría.

En 1931, Antón Alonso Ríos tenía 43 años y había pasado casi la mitad de su vida —23 años— en la República Argentina.

Al llegar a La Coruña conoció a Antón Villar Ponte, que le impresionó mucho. En compañía de Villar Ponte y de LUGRÍS FREIRE fue a Viveiro para tomar parte en un mitin —su debut como nuevo orador y político de Galicia—.

Antón Villar Ponte, fundador de “As Irmandades da Fala” fue un hombre tan interesante como desgraciado. Trabajó como un forzado durante toda su vida y siempre estuvo mal de dinero y siempre padeció del estómago. Continuamente tenía que estar tomando bicarbonato.

Antón Villar Ponte tenía un hermano más joven, Ramón, que también valía mucho. Los hermanos Villar Ponte eran hijos de un maestro de obras de Viveiro.

Antón Villar Ponte nació en Viveiro el año 1881. Estudió en Santiago de Compostela una carrera aparentemente poco adecuada para un temperamento tan inquieto: la de Farmacia.

Sin embargo Antón Villar Ponte llegó a tener una botica en Foz, donde tuvo la suerte de coincidir con el poeta Noriega Varela, que era maestro. Ambos se pasaban las horas y los días hablando de literatura y de política y si Antón Villar Ponte se acordaba alguna vez de su farmacia era para hacer diabluras propias de un adolescente co-

mo fue la de darle *harina de engorde* a la señorona que le pedía veneno para acabar con los ratones de su casa.

Al fin Antón Villar Ponte dejó la botica y se dedicó al periodismo lo cual, en sus circunstancias, equivalía a salir de Málaga para entrar en Malagón. Viajó por las Américas, residiendo unos años en Cuba. Allí, a tono con su exaltada y romántica personalidad, se vio envuelto en tres lances de honor. En uno de ellos, y debido a las condiciones del terreno, los padrinos decidieron que los contrincantes se descalzaran. Antón, acordándose de que tenía el calce-tín roto, aún a riesgo de perder su vida, rehusó.

De regreso en Galicia, Antón Villar Ponte se convirtió en la gran estrella de “La Voz de Galicia”, siendo redactor de este diario durante algunos años.

Aquel amor tan intenso por Galicia, fuertemente desarrollado en los años de exilio, llevó a Antón Villar Ponte por los caminos del regionalismo abiertos por el profesor Alfredo Brañas. Los escritos de Antón Villar Ponte acerca del problema regional se publicaron en “La Voz de Galicia”, siendo luego recogidos en un libro que alcanzó un gran éxito popular y fue reeditado.

Antón Villar Ponte escribía alternativamente en castellano y en gallego. Al cumplirse los 25 años de su ingreso en el periodismo, Villar Ponte se hizo a sí mismo una interviú reconociendo que, por lo que a cantidad se refiere, muy pocos escritores en el mundo podrían superarle. Reveló que, cuando era director de “El Noroeste” de La Coruña, escribía entre seis y siete artículos todos los días; dijo también que ya le resultaba penoso escribir tanto por lo que, cotidianamente, no escribía más que ¡tres o cuatro artículos! Pasando luego revista a su vida profesional, Villar Ponte reconocía con un cierto orgullo: “Son escasos los trabajos de que tenga que avergonzarme”. También de un modo indirecto se dolía de su falta de fortuna proponiendo su epitafio: “Trabajó mucho y ha muerto pobre” (50).

(50) Se debe al Centro Gallego de Buenos Aires la edición de las Obras Selectas de Antón Villar Ponte, figurando en ellas además de su discurso de ingreso en la Real Academia Gallega, sus estudios sobre el

Antón Villar Ponte falleció en La Coruña a los 55 años de edad el día 4 de marzo de 1936 (51).

Así pues, cuando Antón Alonso Ríos le conoció, a Villar Ponte le quedaban exactamente cinco años de vida. Los mismos que le quedaban a la República.

Era el mes de mayo de 1931, Antón Alonso Ríos, con Suárez Picallo y Sigüenza, llegaban a La Coruña para asistir a la magna asamblea de los republicanos convocada para el estudio del anteproyecto del estatuto.

Todavía en mayo se creía que la República sería federal. La asamblea iba a celebrarse en el Teatro Rosalía Castro (antiguo teatro Principal), y en las reuniones previas —según contaría más tarde Castelao— la personalidad de Antón Alonso Ríos impresionó en tal forma que, de común acuerdo, decidieron nombrarle presidente de la Asamblea.

Por primera vez en la historia, la Galicia emigrante tenía una representación oficial, por primera vez se contaba con ella y se pensaba en ella. Entre los proyectos elaborados por los republicanos en el Teatro Rosalía Castro figuraba el de que los gallegos de América pudieran también elegir representantes para el Parlamento y la de que Galicia, constituida en un estado de la República Federal, se reservara el derecho de establecer una representación consular en aquellos países en los que el contingente de emigrados gallegos fuese superior al de las otras regiones ibéricas.

De los tres emisarios enviados a España por la Federación de Buenos Aires tan solo uno salió diputado: Ramón Suárez Picallo.

regionalismo y una colección de sus trabajos en la Prensa publicados en «La Voz de Galicia» y otros diarios. Esta sería una de las primeras publicaciones patrocinadas por el Instituto Argentino de Cultura Gallega. «Pensamento e Sementeira» por Antón Villar Ponte, prólogo de Salvador de Lorenzana, Ediciones Galicia, Buenos Aires.

(51) Llegado a La Coruña a fin de participar en el Congreso de Emigración que tuvo lugar aquel año, Juan López Durá, antiguo profesor auxiliar de Derecho Administrativo de la Universidad de Santiago de Compostela y, a la sazón residente en México, me contó (2 de octubre de 1971) que era su primera visita a La Coruña desde el día en que, con la corporación municipal de Santiago, asistió al entierro de Antón Villar Ponte.

¿Por qué no fue Antón Alonso Ríos diputado en las primeras Cortes constituyentes? Castelao nos da una explicación enigmática:

“Eu entendo que ainda non chegou a oportunidade de destapar a rara e arbitraria conduta dos xerifaltes e muñidores que compuxeron as candidaturas das catro provincias galegas. N'efecto, Alonso Ríos fora elixido por aclamación Presidente d'unha asamblea... a misión que se lle encomendara foi exercida con admirable honestidade e intelixencia que en ningún intre fora discutida... Antón Alonso Ríos pasou a ser unha das nosas primeiras figuras” (52).

Alonso Ríos explica lisa y llanamente que no fue diputado entonces por la malquerencia de la ORGA. Santiago Casares no le perdonaba aquellas palabras pronunciadas cuando se despidieron después de su primera entrevista en Madrid:

“Entón vostede non se sorprenda si eu fago cousas extraordinarias en Galiza”.

Antón Alonso Ríos hizo venir a Oliva y a los chicos de América y decidió ponerse —en su calidad de maestro— al frente de la escuela de Tomiño, que era una de las fundadas por los gallegos de la Argentina.

El nombre de esta escuela refleja el espíritu de una sociedad en un determinado momento histórico. Se llamaba “La Aurora del Porvenir”.

A la sazón aún era alcalde de Tomiño don Daniel Calzado.

“Vivín daquela —rememora Alonso Ríos— cinco anos fermosos perto do Miño”.

Fueron seguramente los años más felices de su vida. Oliva, Chamor, Ombú y Celta eran todavía niños y estudiaban, bajo la dirección paterna, en “La Aurora del Porvenir”. Las fiestas anuales de Tomiño, siempre organizadas

(52) Alfonso R. Castelao, prólogo al libro de Antón Alonso Ríos. «C-o pensamento na Patria Galega», Buenos Aires, 1942.

por las jóvenes "mayordomas", revestían una extraordinaria brillantez. El pueblo en aquellos años, 1931-1936, era encantador.

Pero la vida bucólica a orillas del Miño no aminoraba en Alonso Ríos una vocación social política. Medía los males que asolaban al agro gallego y, más ajustado dentro de una línea posibilista y práctica que muchos de aquellos innovadores teóricos —por lo regular gentes urbanas sin relación con el medio rural—, ofrecía unas soluciones dentro de un programa a la vez innovador y respetuoso.

La personalidad de Alonso Ríos impresionó a muchos labradores pontevedreses del mismo modo que antes había impresionado a los asambleístas republicanos.

Así, en torno a Antón Alonso Ríos, fue naciendo un nuevo movimiento agrario que no era exactamente igual a los anteriores porque Antón llegó a imprimirle su peculiar carácter. Muy diferente en sus maneras y estilo de Basilio Alvarez, Alonso Ríos lejos de excitar las pasiones procuraba calmarlas. Siendo un reformador nato, se manifestaba convencido de que las necesarias reformas agrarias podían llevarse a cabo sin necesidad de recurrir a extremos violentos. Quizá era esta disposición conciliadora y comedida una de las claves de su encanto.

Desde que se conocieron en La Coruña, en mayo de 1931, Alfonso Castelao y Antón Alonso Ríos fueron amigos.

Era la suya una amistad honda basada en la admiración recíproca.

Castelao dejó un testimonio escrito de lo mucho que estimaba a Alonso Ríos cuando, ya desde Buenos Aires, recordó aquellos años de una lucha común:

"¡Qué tempos aqueles! Todos observábamos o creto que Alonso Ríos merecía dos nosos labregos e a sona que se ia formando ao redor do seu nome; porque él sabía atacar os problemas do agro e dáballe solucións xustas e doadas; porque as súas verbas e o seu acento irradiaban confianza e optimismo; porque remexía o *substratum* primitivo das xentes e renascían os tesouros esquecidos; porque, en fin, identificaba os seus anxeios humanos e galegos coas arelas

apenas presentidas pol-a grey. Axiña nos decatamos de que Alonso Ríos era o home chamado a despertar e diñificar o agrarismo, erguendo as sociedades agrarias da situación enervada e decaída en que amolecían. Esta era a obra que o irmán Alonso Ríos debía ofrendar a Galiza" (53).

Al revés que esos teorizantes y reformadores, los cuales plantean los problemas de un modo tan complicado que sólo los pueden entender los iniciados, Alonso Ríos habla y escribe con una gran claridad. En cuatro sentencias resume la situación de antaño, que sigue siendo la de hogaño:

1) Hai rexiós latifundistas e rexiós minifundistas; e non son así por capricho dos homes, senón por razóns económico-xeográficas. As cooperativas aseguran as rexiós minifundistas as compras en común. Os latifundios teñen todo esto conquerido por adiantado, i-ademáis o traballo en común e-a probabilidade de poderen empregar as grandes máquinas.

Dividilos e renunciar a estas ventaxas.

No minifundio impoñe unha eisplotazón individual, no latifundio unha eisplotazón colectiva.

2) Namentras o labrador merque caro e venda barato, a economía irá de mal en peor. A probeza empezará pol-o campo pra ir rematar a fábrica.

3) Nas rexiós minifundistas cada labrador quer unha labranza.

A labranza que non mantén o labrador, non é labranza.

4) Facer de moitas leiras unha leira, e non permitir que haxa un solo labrego con menos terra d-aquela que ben traballada sexa capas de mantelo: vel-ahí un programa agrario pra Galiza (54).

Hablando acerca de los problemas agrarios que tanto afectan a nuestra sociedad, yo le pedí a Alonso Ríos que

(53) Alfonso R. Castelao, en el prólogo al libro ya citado de Antón Alonso Ríos.

(54) Antón Alonso Ríos: «C-o pensamento na Patria Galega», Buenos Aires, 1942, pág. 62.

resumiera en dos palabras nuestra situación, y al decir "nuestra situación" no me refiero tanto a la actual como a la eterna, a la de hoy, a la de ayer y a la de siempre mientras no cambien las cosas:

"Nosotros —me dijo Alonso Ríos— sempre compramos ao precio de competencia e vendemos ao precio de monopolio".

Podrían escribirse dos gruesos tratados y no se expresaría mejor el origen de nuestro atraso y de nuestra tragedia.

Organizada, con sede en Lavadores, la Federación de Sociedades Agrarias de la provincia de Pontevedra, Antón Alonso Ríos fue designado como el primer candidato agrario y salió diputado por Pontevedra en las últimas elecciones de la República.

"Un diputado tiña 1.000 pesetas ao mes —recuerda Alonso Ríos— eu vivía, porque sempre vivín con pouco, pero si un quería levar *tren* non tiña de qué".

No por razones económicas, puesto que sus necesidades eran tan modestas, Antón Alonso Ríos recuerda su época de congresista como una auténtica pesadilla:

"Así comenzou o meu *via crucis*, que nunca fun tan desgraciado coma cando fun diputado...".

Le pregunté cómo era posible que se sintiera tan desgraciado en el momento del triunfo, cuando al fin realizaba aquel sueño que lo había traído de América.

Antón Alonso Ríos me dijo que aquel gran sufrimiento arrancaba del fracaso de su misión. Se disponía a defender los intereses agrarios de Galicia. Al llegar al Congreso y darse cuenta de que allí no había expertos agrícolas y que, entre tanto diputado, sólo el católico Jiménez Fernández tenía una experiencia en materia agraria, a Alonso Ríos se le cayó el alma a los pies.

Comprendió porque en Tuy (donde ya no se tributaban desde hacía 14 años) habían vuelto a pagarse los foros al establecerse la República (55).

"Azaña —dice Antón Alonso Ríos— chegou sen programa, quero decir, un que se refira aos problemas vitales. Era home de Ateneo... Precisábase unha reforma agraria que tivera duas caras opostas, unha que se refire ao latifundio e outra ao minifundio. O que eles encetaban, a expropiación e división do latifundio tiña un aspecto boó, a creación de pequenos propietarios, pero tiña tamén un aspecto mao, a destrucción dunha unidade económica. O latifundio préstase mais pra o asentamento coleitivo, cousa que no minifundio hai que fazelo polo cooperativismo".

En una de las sesiones, ansioso de plantear el problema agrícola de Galicia, Antón Alonso Ríos pidió vez para hablar. Martínez Barrio le concedió diez minutos.

—"Falaban e falaban e debatían cousas sen siso... eu díxenlle ao presidente que en dez minutos non podía ni esbozar o problema, e non falei".

Alonso Ríos, como la mayoría de los diputados gallegos, volvía a Galicia los fines de semana. En Tomiño siempre era visitado por los campesinos y uno de ellos le dijo:

—Señor ¿para qué o mandamos a Madrid si estamos agora pior que antes?

Alonso Ríos percibía la creciente hostilidad burocrática:

"Nunha oficina do Estado en Pontevedra oínlle decir con desdono a un dos empregados: "¡Son cousas da República!". En Tuy, Hermenegildo Losada, médico e presidente do Frente Popular, pidiu licencia de armas e, no mesmo correo, pidiuna tamén o segredario do Obispo. De seguida chegou a do segredario, Hermenegildo inda agarda pola sua... en México".

(55) La República sólo había abolido los foros señoriales. A fin de liberarse de un foro el foratario tenía que probar dicho carácter. ¿Cómo se probaba? El resultado según revela el ejemplo de Tuy, era contrario al sentimiento republicano.

Antón Alonso Ríos llegó a la conclusión de que en las elecciones siguientes era inevitable el triunfo de las Derechas.

El 18 de julio de 1936 Antón Alonso Ríos estaba en su casa de Tomiño. Por la radio tuvo conocimiento de lo que ocurría. Ese mismo día se retiró la Guardia Civil y, como única fuerza, quedaron los Carabineros. El 19, Antón se reunió con unos cuantos republicanos para formar un comité de defensa. Entre ellos se contaban los alcaldes de La Guardia, Brasilino, y de Tomiño (ya no era Daniel Calzado que entretanto había vuelto a Buenos Aires) sino Guillermo Vicente De Santiago, el cenetista Gumersindo "O Panadeiro", Francisco Rodríguez Otero "O Paquiño", que actuaba como secretario de Antón Alonso Ríos (56).

Alonso Ríos que, por ser diputado, era el de más categoría, asumió el mando y se puso al habla con el capitán de Carabineros preguntándole que con quién estaba. El capitán, que políticamente estaba muy a la derecha, vaciló. Con el corazón favorecía el alzamiento, pero no se atrevió a decirlo. En cambio el teniente sí lo dijo y fue encarcelado (57).

(56) Entre los que formaban parte del comité de defensa de la República se contaba el médico socialista ya citado, don Hermenexildo Losada, el ferretero Manoel Romero González y los dos hermanos Noya, Manucho y Xoan los cuales, con el alcalde Brasilino Alvarez Sobrino, formaban parte del primer grupo galleguista. El alcalde de la Guardia Brasilino era un hombre afable, de naturaleza progresista, que había hecho algún dinero como emigrante en Puerto Rico. Había aceptado la alcaldía movido por el deseo de servir a su pueblo. Por su parte el alcalde de Tuy, Guillermo Vicente, era director y propietario de «La Tribuna». Asimismo era periodista y director del semanario «El Nuevo Herald» el primer teniente alcalde del ayuntamiento de la Guardia, el ya citado Xoan Noya. Francisco Rodríguez Otero, más conocido por «Paquiño» además de servir al diputado Alonso Ríos a modo de secretario lo era del juzgado municipal de Tomiño. Colaboraba en el «Nuevo Herald». Para mayores detalles acerca de estas y otras personas intervinientes en los dramáticos sucesos, véase el libro «O señor Afranio».

(57) El capitán de carabineros que actuando tal vez en contra de sus íntimas convicciones se encargó de dirigir la defensa de la República se llamaba Marcelino Rodríguez Blanco. Fue condenado a muerte y fusilado con otros militares el 16 de septiembre de 1936.

Antón Alonso Ríos instaló sus cuarteles en el seminario de Tuy y ordenó la concentración en esta ciudad de todos los carabineros de la zona del Miño que serían, tal vez, un centenar. Entre los carabineros, con excepciones como la ya citada del teniente de Tomiño, había muchos republicanos.

Contaban con la asistencia, que resultó poco eficaz, de una lancha cañonera, "Cabo Fradera", con una dotación de diez hombres. También tenían en su poder una avioneta que, procedente de Barcelona, aterrizó en el campo de La Guardia ese mismo día 19 o tal vez el 20. El aviador, asistido por un paisano de Tuy, voló sobre Vigo arrojando unas octavillas de propaganda republicana hasta que, perseguido por la artillería antiaérea, regresó a La Guardia.

Ya no pudo volver a despegar por falta de carburante. Alonso Ríos encargó a unos contrabandistas que adquirieran gasolina en Portugal pero, entretanto, la avioneta bombardeada por dos hidroaviones ardió en el mismo campo.

"En vista de que fixeran tan ben o recado encarguille aos mesmos contrabandistas que nos mercaran armas. Xentes tiñamos pero armas non..." —cuenta Antón.

Aquella valerosa, y quijotesca, resistencia iniciada el día 19 duró hasta el 25 y Alonso Ríos la recordó para mí —y para la Historia— otro día 25, festividad del Apóstol Santiago, treinta y cinco años más tarde.

Me explicó que, cuando llegaron las primeras fuerzas de Pontevedra, los de Tuy les aguardaban emplazados en un alto y que "dende a mañán até a tardiña" se luchó en la Gándara de Budiño. En aquella lucha cayeron siete soldados y dos paisanos que combatían con escopetas.

El día 26 el capitán de carabineros habló con Antón Alonso Ríos:

—Ayer hicimos un buen papel —le dijo— pero hoy ya no tenemos balas para defendernos ante un nuevo e inminente ataque.

Antón entonces mandó llamar a Gumersindo "O Panadeiro" y le preguntó: "¿Qué fazemos?"

"Imonos retirar ao Aloya" —propuso Gumersindo.

Esta era también la opinión de Alonso Ríos, que no veía otra salida. Pero el capitán se mostró reacio a seguirle y los carabineros compartieron su repugnancia. "No queremos ir al monte a pasar hambre", dijeron y, mientras los demás huían, ellos consideraron que corrían menos peligro quedándose en Tuy.

No se sabe el número exacto de los que subieron al monte San Xulián de Aloya. Eran bastantes. Estaban un grupo de obreros, capitaneados por Gumersindo, estaban algunos socialistas y agrarios, estaba el cocinero del Seminario que se fue con ellos, estaba un maestro de Tuy, Tomás Justo, estaba la señora del alcalde Guillermo Vicente... (58).

Alonso Ríos abandonó su coche al pie del monte y emprendió la subida sin calzado adecuado y sin dinero. Por toda documentación llevaba en el bolsillo dos cartas del obispo de Tuy en las que el prelado le daba las gracias por su forma de proceder respecto al clero.

Una vez metidos en el monte, los republicanos consideraron más prudente separarse en pequeñas partidas.

Alonso Ríos se despidió de su secretario Francisco Rodríguez Otero "O Paquiño", que le comunicó su intención de pasarse a Portugal, y de Gumersindo "O Panadeiro", sin saber que ya nunca volvería a verlos.

Francisco Rodríguez Otero llevó a cabo, para su desgracia, su propósito de pasar a Portugal. Gumersindo, y las diez o doce personas que tomaron su mismo rumbo morirían al día siguiente de separarse de Antón (59).

(58) Si bien a mí me dijo que no podía precisar el número de las personas que, mientras los sublevados entraban en Tuy, se retiraron al monte Aloya o Aloia, en «O señor Afranio» precisa que unas ochenta personas huyeron en dos turismos, tres autobuses y un camión. La señora del alcalde no era la única mujer, había otras entre los fugitivos.

(59) Hay una pequeña discrepancia respecto a la despedida de Paquiño entre mi relato y las memorias posteriores de Alonso Ríos, de las segundas parece desprenderse que «Paquiño» no llegó a subir al monte Aloia. De un modo u otro su posterior destino fue trágico. Devuelto desde Portugal a España sería fusilado lo mismo que su alcalde, el ex-emigrante progresista y galleguista Brasilino Alvarez Sobrino. Antes de sufrir la misma suerte, Manecho Noya fue torturado y martirizado. El ferretero tudense Manoel Romero González pasó diez años encerrado en una casa de aldea.

Alonso Ríos, acompañado por el cocinero del Seminario, se dirigió a Santa María de Tebra en donde se reunió con varios agrarios. Desde la casa de uno de ellos, Iglesias (que hoy está en Buenos Aires) mandó un aviso a su mujer para que le enviara algún dinero y unas botas. Oliva le mandó también este recado: "Que tome precaución porque é moi confiado".

Además de confiado, Alonso Ríos era, y es, un hombre fundamentalmente optimista. Castelao siempre decía de él:

"Antón é tan optimista que si o collera o dioibo universal chegaría decindo que o pillara unha orballeira". (Antón es tan optimista que si le pescara el diluvio universal diría que está llovizando).

Alonso Ríos no perdía su tranquilidad de espíritu ni aún en aquellas penosas circunstancias.

A media noche se oyeron unos golpes y, asustadísima, la mujer de Iglesias salió a abrir. Era una vecina que les transmitió el recado de un informante desconocido: "Chamaron a miña porta e dixeronme que teñen que fuxir...".

Antón Alonso Ríos e Iglesias determinaron marchar en aquel mismo instante. Otras tres personas caminaban también por el Tebra aquella noche. Les divisaron a lo lejos, con gabardinas blancas semejantes a fantasmas. Por la mañana se encontraron y los "fantasmas" resultaron ser el alcalde Guillermo Vicente, su esposa y el maestro Tomás Justo.

Decidieron mandar a la señora de Vicente a casa de unos familiares, ya que era obvio que no podía seguir mucho tiempo por el monte. Alonso Ríos encargó al maestro

Posteriormente pudo huir y trasladarse a México en donde tuvo suerte con los negocios. También logró finalmente llegar a México el médico Hermenexildo Losada, quien huyó a través de Portugal en compañía del boticario Ulpiano Piña. Este puso una farmacia en Guanabacoa y murió en Cuba. Véase el prólogo de Xosé María Alvarez Blázquez o «O señor Afranio». Asimismo Xoan Noya —otra huída venturosa— ofrece nuevos datos para la historia en su libro «Memorias de un republicano gallego perseguido por el franquismo», Caracas, 1976.

Tomás Justo que fuera a Tuy y que volviera enseguida a decirles qué es lo que allí pasaba.

Diez años más tarde, hallándose un día Alonso Ríos en su casa de Buenos Aires, se abrió la puerta y apareció el maestro Tomás Justo, que le dijo:

—“Vénoche a traer as noticias que me mandaches a buscar a Tuy”. Le contó entonces como en Tuy había sido detenido, como fuera llevado en compañía de otros presos, como les apearon de un coche, como él entonces había huído escondiéndose entre unos matorrales, como había llegado a Portugal, como había sido devuelto y como, al cabo de una larga reclusión, desembarcaba en el puerto de Buenos Aires...

Una vez que se fueron la señora del alcalde, y el maestro Justo, Antón Alonso Ríos y sus acompañantes pasaron la noche (la del 27 de julio) en la casa del abuelo del actual presidente de la asociación “Breogán” del Centro Gallego, Alvaro Campos.

Al día siguiente, en “As Furnas”, entre Tebra y Cristelos, se reunieron con Conde, antiguo alcalde de Tuy (hoy en Buenos Aires) y con el hijo de un agrario en cuya casa pasaron la noche, pero temerosa la mujer del agrario insistió en que se fueran lo antes posible y así, en la madrugada del 29, les condujeron a Vilachá del Monte.

Desde el 29 de julio hasta el 11 de agosto, Alonso Ríos y Guillermo Vicente estuvieron refugiados, en Torroña un lugar cercano a Vilachá, en la casa de Donata y Lola, dos mujeres que vivían solas con un familiar tullido (60).

Por indiscreción de la esposa de otro de los huídos, mujer muy parlanchina, trascendió la noticia de que Donata y Lola daban asilo a dos escapados. Una vecina le previ-

(60) Mientras a mí me dijo que en la casa de Torroña sólo vivían dos mujeres llamadas Lola y Donata con un tullido, en «O Señor Afranio» Antón Alonso Ríos declara la existencia de la madre de ambas a la que denomina «siñora Ana» por tener olvidado su nombre; precisa que el tullido era un hermano de la tal Ana «tiña un irmán tolleito decote na cama» a la que atribuye también un hijo en el extranjero. Mantiene la existencia de las dos solteras: Lola y Donata.

no a Donata “Vanche a matar” y Donata cogió miedo. Comunicó a sus huéspedes que tenían que marcharse y, con gran generosidad y para que se cubriera, le dio a Antón Alonso Ríos un abrigo viejo.

Antón y Guillermo pasaron varias noches por el monte hasta que el alcalde dijo que no podía resistir más aquella vida.

Guillermo Vicente era un hombre débil, de poca resistencia, y no podía aguantar tanto como Antón. En realidad aún siendo más fuertes que el alcalde, muy pocos podrían seguirle.

En su increíble resistencia Alonso Ríos recuerda al héroe legendario “Pedro Madruga”. Como “Pedro Madruga”, lo mismo pasaba sin comer como sin dormir.

En 1936, el diputado agrario por Pontevedra tenía 49 años que no representaba. Era de mediana estatura, delgado con ojos azules, más bien rubio, era el suyo un tipo muy gallego.

El día 19 de agosto, Alonso Ríos se despidió de Guillermo Vicente, al que dejó agazapado entre unas silvas. Tampoco se verían nunca más. El alcalde de Tuy se refugió en el Rosal, en la casa de su madre, y allí vivió escondido algunos años. Pero los días en el monte unido a los sufrimientos inherentes al encierro quebrantaron su salud. Con el mismo secreto con que vivía, murió (61).

Alonso Ríos se echó a caminar por el bosque da Grova, atravesó un regato. Iba con cautela, conocedor de que por aquel punto se dedicaba habitualmente el contrabando de café. Pasó la noche entre unos tojos.

Al día siguiente Alonso Ríos cogió siete espigas de trigo y en el curso de los días siguientes comió cada día una espiga. Por allí cerca estaba la casa de un agrario en donde confiaba poder alojarse.

(61) Prácticamente enterrado en vida, el alcalde, tras cuatro años en la lóbrega bodega murió tuberculoso y fue enterrado en secreto por su mujer y su madre. La trágica historia ha sido relatada por el Dr. Darío Álvarez Blázquez en sus «Historias de Fuxidos», VIII, «La Voz de Galicia» 26 de junio de 1977.

El domingo 26 de agosto, muy de mañana, descansaba entre unos helechos cuando oyó un ruido, el instinto le obligó a permanecer quieto: se elevó la voz de un hombre:

“Sigue, que aquí no hay nada, sería un pájaro”.

Fue entonces cuando Alonso Ríos tuvo la idea de disfrazarse de pobre. Decidió regresar al lugar en donde vivían las dos aldeanas a fin de que ellas le dieran la ropa del tullido. Pero antes se detuvo en la casa del agrario en donde, en ausencia del mismo, le despidió el suegro:

“Fuxa señor, fuxa, eiquí non pode parar, mire que si o collen mátanos”.

En esta casa le dieron un pan de kilo y un chorizo.

Antón metió el chorizo en el bolsillo del abrigo que le había dado Donata, pero el bolsillo estaba roto, y lo perdió.

Aquella noche hubo una gran tormenta. Pasaron cuatro días más. Alonso tomaba un pedazo de pan cada día, hasta que el pan que le quedaba se enmoheció. Llevaba ya casi un mes sin apenas comer pero no tenía hambre.

En la noche del 4 al 5 de septiembre llegó nuevamente a la casa de Donata y Lola. Tenían una visita que tardó mucho en despedirse, entretanto Alonso Ríos aguardaba fuera en la oscuridad.

Las dos aldeanas al verle se atemorizaron, temiendo que pretendiera quedarse, pero se avinieron a ayudarle en lo del disfraz facilitándole dos pantalones rotos, un sombrero viejo, una *cunca* para el caldo y una pequeña bolsa. Cuando se vistió Donata, le miró entre compasiva y burlona y le dijo:

“E foiselle a *panciña*... luego añadió: fai un bóo probiño”.

Era ya el día 5 de septiembre, desde el 26 de julio en que se había metido en el monte Aloya, Alonso Ríos no se afeitaba.

Despidiéndose de las dos mujeres, a las que les dejó gran parte del dinero que le había mandado Oliva, pues un mendigo no puede llevar mucho dinero encima sin despertar sospechas, Antón volvió al bosque da Grova. El mismo

día 5 por la tarde ya se atrevió a salir al camino y pasó delante de un hombre y de una mujer que estaban rozando un tojal.

La mujer le gritó y, como Alonso Ríos no se detuvo, fue detrás de él con la hoz levantada.

Antón Alonso Ríos entonces le dijo:

—Eu son un fuxido, si me agarran mátame ¿qué lle fai a usted?

Pero la mujer seguía gritando:

—Velahi va veciños, veciñoos...

Por suerte nadie le oyó o nadie le hizo caso.

Amaneció: Alonso Ríos al despertar sintió rozar en las carpazas. Era una mujer, la viva estampa de la muerte. Pasó delante de él sin dirigirle una mirada.

Llegó Alonso Ríos a la aldea de Pinzás en donde le interpeló el alcalde:

—¿Y usted a dónde va?

—Veño de Vila de Suso e vou pra Santa María de Tebra —le respondió Antón.

De noche se perdió y sólo cuando salió la luna pudo orientarse y llegar a Tebra. No entró en el pueblo. Pasó todo el día escondido “nunha veiga de millo” y, a media noche, siguió camino. El día 7 de septiembre estaba en Gondomar. Siguiendo el camino de Morgadanes pasó delante de la escuela de Victoriano Taibo al que conocía. Le vio por la ventana dando clase a sus alumnos. Al penetrar en la carretera que va a Vigo y Porriño circulaban automóviles oficiales con gentes uniformadas. En uno de los coches de la caravana creyó divisar a su gran enemigo, el cacique Eloy (62) de Tuy. En Budiño tropezó, sin ser reconocido, con un vecino de Silleda.

Al pasar por Salceda, muy de mañana, Alonso Ríos cogió dos racimos de uvas. Uno se lo comió allí mismo y el

(62) El verdadero nombre del personaje figura en el libro «O Señor Afranio». Mantengo en esta narración el nombre ficticio que le di en mis artículos del año 1971.

otro se lo metió distraído en el bolsillo roto, perdiéndosele como antes el chorizo.

Andando, andando, llegó As Neves. Conocía este pueblo. No hacía mucho tiempo que había estado allí para asistir a un mitin político en el que también tomó parte Valentín Paz Andrade.

En As Neves, un niño que debía tener talento observador le gritó:

—Pra andar a pedir leva un saquiño moi pequeno... (63).

Y entonces Alonso Ríos se dio cuenta que el saco que le había dado Donata no era adecuado para un mendigo. Un mendigo tendría que proveerse de un saco más grande. En As Neves tuvo que tirar las botas, que estaban ya casi deshechas y comprar unas zapatillas y algo de pan. Dos mujeres comentaron:

—Mira que boas zapatillas leva.

Por primera vez, desde que inició su vida errante como mendigo, Alonso Ríos intentó dormir a cubierto y preguntó si había alguna posada.

—Pasando San Pedro a esquerda —le dijeron— está Xan de Loedo que da pousada aos probes.

Xan de Loedo no estaba en casa pero le atendió una mujer que, al tiempo que el señalaba unos sacos de piñas para tumbarse, le dijo:

—Descanse, que xa camiñou de abondo.

El día 9 de septiembre llegó al pie de un calvario y se acordó de que había estado ya allí con Paz Andrade. Ahora ya se encontraba en el camino de A Cañiza pero avanzaba lentamente porque tenía los pies llagados. Encontró una posada y, al entrar en ella, fue recibido por una mujer joven, encinta. Poco después llegó un hombre que dijo ser su padre. Hallándose en esta posada Alonso Ríos se enteró de la muerte de varios amigos.

(63) En «O Señor Afranio», Antón Alonso Ríos da un nuevo dato acerca del rapaz: llevaba una cabra, y su interpelación es un poquito distinta «¿E logo, anda a pedires?» y, al responder Antón que sí, añade: «mais leva un folico pequeno».

El posadero habló de política expresándose en forma muy ortodoxa:

—Unha guerra contra a relixión —dijo— non se pode perder.

La joven encinta miró con curiosidad a Alonso Ríos y le preguntó:

—¿Cómo non leva esmola? —y antes de que Antón temeroso hallara una respuesta lógica ella misma se la proporcionó:

“¿Logo vendeuna?”.

—Sí —respondió Alonso Ríos aliviado— vendina.

Advirtió el contrasentido de que, aunque pretendía pasar por mendigo, hasta entonces nunca había pedido limosna. Se prometió ir mendigando en lo sucesivo.

Fue en esta posada donde primero aprendió a conocer la curiosa vida de los mendigos. En 1936, al iniciarse la guerra civil, por los caminos de Galicia pasaban y repasaban los mendigos como pasan y repasan por las obras de Valle Inclán. Antón Alonso Ríos conoció su vida y su psicología. Supo que se dividían en mendigos *pobres* y en mendigos *ricos*.

Para algunos la mendicidad tenía un carácter ocasional. Pedían tan solo para mantenerse durante el camino o para redondear una propiedad. Otros en cambio hacían del pedir oficio y llegaban a adquirir una rara maestría, manteniendo incluso con holgura a sus acompañantes o familiares.

Tanto si pertenecía a la categoría de mendigos *oficiales* como a la de *ocasionales*, siempre se mostraban ruines los unos con los otros y nunca se daba el caso de que compartieran con los menos afortunados o hábiles, “a esmola” (64).

A la posada llegaron, poco después que Antón, unos pobres que regresaban de la Festa da Peneda en Portugal. En esta romería portuguesa tenían por costumbre repartir muy generosas limosnas, pero aquel año 1936 no les habían

(64) «Os probes non son bos uns prós outros. Reciben a caridade mais nona practican», dice Antón Alonso Ríos, op. cit., pág. 102.

dado absolutamente nada. Volvían por ello muy ofendidos y expresaban su descontento blasfemando.

En la posada le dieron una taza de caldo y ellos sacaron el pan de la limosna y de él comieron sin ofrecérselo a Alonso Ríos.

Luego la posadera les llevó a una de las cuadras en donde dormirían. Uno de los mendigos miró la paja del suelo y dijo con severidad:

—Hai unha lei, a un probe non se lle da a palla usada por outro.

Tenía razón en protestar. Existía dicha “ley”. La joven enrojció y les cambió la paja.

Siempre avanzando en dirección a Orense —su meta final—. Alonso Ríos llegó a Cañiza en donde recibió como “esmola” una sardina.

A la salida, en la dirección de Filgueira, se cruzó con un mozo vestido de falangista, un joven de extraordinaria belleza, que parecía una escultura griega. Detuvo a Alonso Ríos y le preguntó cuál era su ocupación:

—Eu ando a pedir...

Satisfecho con esta respuesta, el mozo se despidió ritualmente:

—¡Arriba España! ¡Abajo Rusia!

—Que Deus garde a vostede —le contestó Antón.

Un poco más lejos le alcanzaron un hombre y una mujer, mendigos portugueses. Ella era joven, briosa, y llevaba un cesto a la cabeza— El hombre saludó:

—¿Cómo lle vai abóo?

Al oírse llamar “abuelo”, Alonso Ríos que sólo dos meses antes pasaba por un hombre joven, se dio cuenta de su transformación.

El mendigo le preguntó si tenía tabaco y Antón respondió que lo sentía mucho; no fumaba.

En Filgueira se separaron para pedir. Alonso Ríos recibió una “perra chica” y un melón que no estaba ya en buenas condiciones. Preguntó si había sitio donde pudieran alojarse los pobres y le dijeron que había una posada pero

no gratuita, cobraban un real por hospedaje. Estaba ya en ella cuando aparecieron los portugueses con una cesta de uvas que comieron sin compartirla con Antón.

Les señalaron un lecho de “fentos” secos en un fayado.

Alonso Ríos se pasó la noche en blanco, no porque le resultara incómoda la “cama” sino porque los dos mendigos peleándose no le dejaban dormir. La mujer le reprochaba al hombre su escasa habilidad en el pedir, en varios días, se quejaba, sólo “xuntache catro patacos”. El hombre se defendía contra una acusación de negligencia que consideraba injusta y le explicaba a Alonso Ríos: “Tiña diñeiro pero tiven que fazela abortar”.

Alonso Ríos pasó mendigando por Ribadavia en día de feria y pasó; caminando lentamente como un auténtico “probiño das portas”, delante del pazo de Trasalba, en donde estaba su antiguo amigo y compañero en la política Ramón Otero Pedrayo con Fita, su mujer, y con su madre doña Eladia, *petrucia* de Trasalba.

Si llama en su portalón ¿cómo no iban a socorrer al viejo amigo? ¡Con qué afecto no le harían subir a la galería de madera, de estilo bretón, que fue dibujada por Castela!...

Todavía hoy don Ramón Otero Pedrayo no se explica como Antón Alonso Ríos no invocó su auxilio. Pero Antón a mí me dijo que no había querido comprometerles (65).

Es cierto que el futuro patriarca de las letras gallegas estaba fuertemente respaldado por la Iglesia, de la que había sido el defensor en las primeras cortes constituyentes de la República, pero no es menos cierto que don Ramón Otero Pedrayo tenía muchos enemigos y que la malquerencia y la envidia se habían concitado para hacerle perder su cátedra en el Instituto de Orense.

Ya en Amoeiro, Alonso Ríos se enteró con desmayo que, si llegaba a Orense sin documentación, le meterían en la

(65) Varía sensiblemente la explicación ofrecida en «O Señor Afranio», afirma Alonso Ríos ignorar (cosa sorprendente) que Ramón Otero Pedrayo residía en Trasalba, pero añade que, caso de haberlo sabido, tampoco le hubiera pedido auxilio a fin de evitar el comprometerle.

cárcel. Cuando estaba meditando acerca de lo que podía hacer, se le acercó una mujer y le ofreció una cunca de leche mazada. Después de tomarla, Antón se lo agradeció:

—Deus lle o pague, deume a vida.

—Que o garde a vostede —repuso la mujer— pois si ten a alma como ten a cara abóndalle.

A la salida de Amoeiro un hombre de uniforme le detuvo:

—A ver, la documentación.

—Son da Estrada, saín en mayo e nunca me pediron a documentación —explicó Antón.

El hombre le dijo que tenía que solicitar un salvoconducto en el ayuntamiento más próximo. Así lo hizo Antón pero, al entrar en la casa municipal, fue detenido por una voz severa:

—Alto, esto es una oficina pública, aquí no se pide.

—Señor, eu veño a pedir un certificado de *probe*...

—¿Y no se lo ven en la cara? ¿Qué más certificación quiere usted?

—Señor, a autoridade eu teño que respetala...

Al insistir Alonso Ríos supo que el alcalde no podía darle el certificado que pedía porque estaba huído. El que hacía las veces de alcalde era el sargento de la Guardia Civil. Antón fue al cuartel y allí le dijeron que el sargento estaba en Orense. Entonces se echó a andar. La mujer del sargento fue detrás de él y le dio un "patacón". Debió notar un cierto encogimiento en Alonso Ríos pues le preguntó:

—¿Pero usted no es un pobre?

Antón le dio las gracias y se apresuró a desaparecer.

El 16 de septiembre, y en día de feria, llegó a Carballiño. Esperó a que se hiciera noche para llamar a la casa de un cuñado. Se asustaron al reconocerle pero Alonso Ríos, tranquilizándoles encareció que guardaran el secreto y luego añadió:

—Non veño a quedarme.

Siguió su vida de mendigo errante por Xurenzás, Brues, Feás, Boborás, Alvarellós, Cameixa...

En uno de estos pueblos se hospedó durante unos días en la posada de una mujer que tenía al marido en el Brasil y a dos hijos mozos. Uno de ellos, Remigio, estaba militarizado en Pontevedra y había sido uno de los soldados que lucharon contra Antón Alonso Ríos y demás republicanos en la Gándara de Budiño. El otro, Amador, era falangista.

Antón tuvo ocasión de tratarle y le pareció un excelente muchacho.

Pasados muchos meses, Alonso Ríos volvió a parar en la misma posada. La mujer estaba sola, Amador y Remigio habían muerto en el frente.

En el curso de su primera visita, en la posada se interesaron en que les contara su vida. Quizá Alonso Ríos no les parecía un mendigo como los otros. Y fue entonces cuando Antón fabricó su gran personaje novelesco y dijo llamarse *Afranio do Amaral*.

De tal forma se compenetró con su invención que hubo momentos en que, a fuerza de repetir siempre la misma historia, dio en pensar que cuanto relataba era cierto.

¿Sería el Antón Alonso Ríos, diputado agrario por Pontevedra, o sería *Afranio do Amaral*, el mendigo portugués?

Existía un *Afranio do Amaral*. Era un naturalista brasileño muy sabio, especializado en serpientes. Antón Alonso Ríos se carteó con él cuando trabajaba para la "Sociedad Científica Argentina" y ésta nombró al brasileño "miembro correspondiente".

Alonso Ríos se decía portugués, natural de Tras-os-Montes, huérfano desde la niñez, residente en Galicia desde la juventud. Pero estos detalles sólo los revelaba si le presionaban mucho y, por lo regular, se amparaba en una prudente reserva:

—O *siñor Afranio* conta pouco das suas cousas, é moi reservado o *probe* —decían sus patronos.

Nunca le llamaban *Afranio* a secas, siempre fue "o *siñor Afranio*".

Como si un impulso irresistible le llevara, en aquellos momentos de tanto peligro, hacia los lugares en donde había transcurrido su infancia, Antón Alonso Ríos se internó

en *Terra de Montes*. Anduvo peregrinando por Antas, donde se encuentra a *mesa dos tres bispos*, A Ponte, Forcarey, Soutelo, Seixido... Decidió no moverse más. Se sentía protegido por la sombra del Candán, monte en el cual siempre creyó advertir un carácter místico, casi sagrado. Por otro lado estaba como quien dice en casa. En la otra vertiente del Candán se encuentra Silleda.

Al salir de Antas, y antes de llegar a Forcarey, Alonso Ríos le preguntó a un mendigo si había por allí casa donde hospedarse. El otro le aconsejó que preguntara "Na Ponte".

Luego Alonso Ríos se dio cuenta de que estaba hablando con Xesús de Lara, un mendigo de Tomiño, y temió ser reconocido: "A min —dice Antón— pódese sempre coñecer pola ollada, polo camiñar ergueito e pola vos...".

En A Ponte le informaron nuevamente:

—Atravesando o camino chega a casa de Carmela de Pedro, alí danlle pousada.

Carmela de Pedro, a quien también llamaban *Carmela do Pan*, era una aldeana de 82 años, buena como una santa de altares. Se había casado muy joven y su marido enseguida emigró a América dejándola embarazada. Tuvo un hijo y, en el curso de diez años, nada supo del ausente. Luego el marido volvió y, antes de que Carmela diera a luz a su segundo hijo —una niña, Dosinda— el hombre se fue de nuevo. Una vez más regresó a la casa y se fue por tercera y última vez llevándose consigo al hijo que ya era un muchacho de 18 años. Nunca más se supo de ellos.

Carmela y Dosinda vivían solas. La vieja recibía a los pobres y compartía con ellos lo poco que tenía. Por eso quizá le decían *Carmela do Pan*. Había trabajado mucho en su vida y estaba muy cansada:

—Señor Afranio —decía muchas veces— ben quería morrer pra descansar.

De ella era también esta frase: "Con moito goberna calquera, o caso é gobernar con pouco".

Dosinda, la hija de Carmela de Pedro, era una mujer de enorme capacidad para el trabajo. Araba mejor que un

hombre. A fuerza de trabajar había ahorrado algún dinero que prestaba con alto interés.

Conforme crecía su capital crecía en Dosinda el temor a perderlo. No sosegaba y de noche se levantaba e iba hasta la *palleira* por miedo de que se lo robasen. También temía que le robasen tojo, pero sobre todo temía que le robasen tierra. Lo último constituía en ella una obsesión.

Algunas noches, convencida de que un vecino se los había trastocado, cambiaba los marcos de sus *leiras* al paso que repetía:

—Que Deus lle de o pao a quen me fixo fazer isto.

Una frase característica de Dosinda era la de: "Defender o que é de un é unha obrigación" (66).

Madre e hija eran pues muy diferentes.

El paso de los años debió haber provocado en aquella moza soltera y solitaria que era Dosinda, un complejo de tipo erótico. Tenía verdadero terror a ser violada, también le tenía mucho miedo al "amor libre", sobre todo desde que le explicó en que consistía un vecino carpintero:

—Mira Dosinda, ise *amor libre* de que tanto falan que-re dicir que ti estás eiquí, eu bótome enriba, e teu home —caso de que o tiveras— non pode fazer nada.

Antón llegó a la casa de Carmela de Pedro y de Dosinda el día 29 de septiembre de 1936. Lo sabe exactamente porque al día siguiente, que era el 30, estuvo en la feria de Forcarey.

Su ingreso en la casa en calidad de criado surgió de una manera casual. Mientras tomaba una taza de caldo, Dosinda dijo:

—Está ben sabedeiro —y, generosa, le dio otra taza a Alonso Ríos que lo probó complacido asintiendo:

—E un caldo de repolo *precioso*.

(66) Dosinda mantenía una desconfianza muy galaica frente a toda obra o empresa de carácter colectivo repitiendo al respecto: «Cousa de todos, cousa de ningún».

Dosinda entonces miró para Antón y le dijo a su madre:

—Un patrón como iste fazíanos falta a nos pra gardar as vacas.

Antón se durmió pensando en lo que había dicho la mujer y, al día siguiente, le propuso:

—Vostede dixo onte que percisaba un patrón, eu pode-riame quedar pra gardar as vacas...

—¿Qué pediría de soldada? —preguntó interesada Dosinda.

—Que me den de comer e calquer cousa.

El trato aún le pareció caro a Dosinda y, antes de comprometerse, hizo que Alonso Ríos le rozara un par de *chou-sas* en el monte.

Así inició el 1 de octubre Antón Alonso Ríos su vida como criado. Iba a pasar diez meses en casa de las aideanas. Trabajaba de sol a sol y por la noche sus manos, no habituadas a empuñar la pala o la picarana, se mantenían engarabitadas, no conseguía abrirlas. Su alimento era el mismo que el de Carmela y Dosinda y consistía en seis tazas de caldo amenizadas con *broa*. En el poco comer, Alonso Ríos le podría hacer la competencia a un fakir pero a Dosinda aún le parecía demasiado:

—Panciño inda come —solía repetir.

Antón Alonso Ríos siguió profundizando en su conocimiento de la vida y psicología de los mendigos pues eran muchos los que, atraídos por la bondadosa Carmela de Pedro, llegaban hasta su casa. Por allí pasó varias veces Xesús de Lara sin que reconociera en el *ñor Afranio do Amaral*, al antiguo maestro de Tomiño y diputado agrario por Pontevedra.

Antón advirtió que algunos mendigos eran verdaderamente desgraciados pero que otros en cambio se presentaban con un cierto rumbo. Conoció a un ciego, ya viejo, que apareció con su querida y dos hijos. Un hombre joven, que quería quitarle la mujer al ciego, les iba siguiendo. “Deixa ao cego —aconsejaba uno de los niños a la madre— que o mozo sabe pedir moi ben”. El ciego denunció al joven seguidor a las autoridades acusándole de yerros políticos.

Eran pocas las mujeres que mendigaban solitarias, en cambio abundaban los niños errantes, generalmente hijos de otros mendigos. “Meu pai —le reveló uno de estos niños— que é coxo anda a pedir montado nun burro”.

Antón supo que los mendicantes tienen sus costumbres que acaban convirtiéndose en una ley por la que ellos se rigen y rigen el trato que se les debe dar. Supo también que hay pobres torpes que apenas si conocen el oficio de pedir. Otros en cambio son arrogantes y dominadores. Los últimos, sin contentarse con la *palleira* que les ofrecía Dosinda, insistían en ser alojados dentro de la misma casa.

Un día pasaron también por allí los “*húngaros*”, establecieron su tienda y pidieron prestada la fragua al herrero. Por niquelarlo el caldero, los *húngaros*, que debían ser personas de una habilidad exquisita, le sacaron diez duros a Dosinda.

“Quedei rabiada da boca” —comentaría ella luego.

Mientras Alonso Ríos hacía de criado en la casa de Carmela de Pedro, el cabo de Forcarey permutó con el de Silleda —que le conocía— y esto era un motivo de perenne inquietud para Antón, quien procuraba no pasar nunca con las vacas delante del cuartel. El cabo no llegó a advertir nada insólito en el criado de Carmela o, si lo advirtió, nada dijo. Aunque lograba engañar a las autoridades, Antón no consiguió nunca confundir a los campesinos. Estaban al cabo de la calle de que Alonso Ríos no era lo que aparentaba pero tampoco adivinaron la verdad, quizá por ser ésta tan simple. Su fantasía, su inclinación hacia lo misterioso les llevó a suponer lo menos verosímil: o *ñor Afranio* era un monje, huído de la *zona roja* y que, para no perjudicar a otros monjes que aún seguían escondidos allí, prefería no darse a conocer.

Lo de suponer que Antón Alonso Ríos era un monje tiene una fácil explicación: el tipo de santidad cívica que nimbaba la figura de *ñor Afranio* estaba tan cerca del cristianismo que podía confundirse con él.

Alonso Ríos conoció el sentir general de aquellas gentes cuando el hijo del sacristán, que se llamaba Ramiro de Chamosa y que era un joven ingeniosísimo, construyó

un reloj que era el asombro de la parroquia pues marcaba no sólo la hora local sino también la de muchos otros países.

Antón fue a ver el reloj y, mientras lo admiraba, una vecina le preguntó:

¿E que lle parece señor Afranio?

—Hai que mirar o que ten dentro —respondió Alonso Ríos.

—¡Se non o sabe vostede! —dijo la mujer.

Al revés que los otros paisanos que le tenían por un sabio monje, Dosinda menospreciaba el talento de su criado y, aunque reconocía que era trabajador (lo cual en ella era mucho reconocer) le tenía por una persona de pocos alcances y así, cuando se refería al *señor Afranio* solía decir:

“Que burriño é”.

Una visita anual que se esperaba con simpatía era la de “Os borreiros” (67). De ellos, el más conocido y el más diestro era sin duda *Pasotanto*. “Os borreiros” recogían los paneles en las colmenas del monte, los cargaban en sus “bestas” y los llevaban luego al lagar de Dosinda en donde se formaba una tertulia muy animada.

En su juventud, *Pasotanto* fue ayudante del famoso capador Dionisio Quintillán. *Pasotanto* era una excelente persona, hombre muy entretenido y de *sociedad*. No tenía más defecto que lo poco que se lavaba pero, en honor a sus méritos, bien se le podía perdonar. *Pasotanto* tenía un hijo que era capador y una hija que había tenido la desgracia de perder a su novio en el verano del 36. La hija, pasados unos meses, se casó con el criado de *Pasotanto*. El catador de colmenas tuvo que buscar un nuevo criado y el antiguo, ahora su yerno, le acompañaba en las expediciones.

En aquellos pueblos de la *Terra de Montes*, los hombres eran canteros y se ausentaban durante una gran parte del

(67) Según el diccionario de Leandro Carré Alvarellos, «borreiro» quiere decir catador de colmenas, comerciante de cera en crudo y, también, verdugo.

año. Al finalizar su campaña los canteros regresaban juntos a sus casas. Advertíase una cierta regularidad en los nacimientos y los bautizos se celebraban casi a un mismo tiempo.

Mientras estaban ausentes los canteros, para determinadas faenas agrícolas había que recurrir a brazos forasteros. Así, para cavar el monte venían los hombres de Camba y para segar la hierba los de Silleda.

Llegó el verano de 1937.

“Eu estaba debullando o centeo —cuenta Antón— petando os mollos nunha pedra, cando chegaron os gadañeiros de Moalde (aldea vecina a Silleda) pra tratar a sega da herva curada coa Dosinda...”

Ajustada la siega, *os gadañeiros* se refirieron a las cosas que estaban pasando por el mundo. Hablaban cautelosamente, tratando de decir y de no decir. Al fin, uno resumió a su modo la situación: “Cando se cansen de batir na besta, batirán na albarda”.

“Trataron da sega o viernes —prosigue Antón— e quedaron en ir o luns, eu tiña que espaxala... sabía que en canto falara coñecíanme. Díxelle a miña patrona que marchaba. “¿Pero cómo tan de repente?” preguntoume— “agora que ten que me cavar a malla, petar os mollos...”. Eu despedínme aquela noite. As catro da mañán pasei por Soutelo de Montes, cheguei a Antas, límite das catro diócesis, a de Tuy, Santiago, Ourense e Lugo. Pedín esmola nunha casa, cortéi cara ao monte e fun camiñando... diante de min tiña o Faro de Aviión, Pena Corneira, Serra Carboeira... o alma caeu de xoellos diante daquela fermosura...”.

Pasó de nuevo por Feás, Vilachá, Alvarellos... La misma mujer Ramona, que le había acogido anteriormente le recibió; tendiéndole un guiso de carne con “fabas”:

—O señor Afranio chega a tempo de comer.

Cada vez es mayor el número de personas que, con sus propios nombres, van surgiendo en el curso de este relato. Algunas de estas personas se enterarán ahora en 1971 a través de estos artículos en la Prensa y cuando ya han pa-

sado treinta y cinco años, que o *ñor Afranio do Amaral*, aquel supuesto mendigo portugués, al que unos dieron limosna, otros empleo y muchos simplemente vieron pasar, era el famoso político republicano y diputado a Cortes Antón Alonso Ríos.

Esta es una de las historias más extraordinarias y novelescas de las ocurridas en la Galicia contemporánea. Vamos siguiéndola siempre a través de la visión de Antón Alonso Ríos. Sería curioso averiguar qué pensaron entonces, y qué es lo que aún recuerdan ahora, aquellos labradores, posaderos, comerciantes y guardias de Pontevedra y Orense con los que Antón tuvo relación directa en el curso de aquellos dramáticos tres años...

Desde julio de 1937 hasta julio de 1938, Antón Alonso Ríos sirvió como criado en Moreiras, en la casa de unos parientes de Ramona. Se apellidaban Lavandeira, cosa que la mayor parte de sus vecinos ignoraban ya que habitualmente se les conocía por "Calores".

El jefe de la familia, "o *ñor Ramón Calores*", era una buena persona. Siendo niño había recibido una severa paliza de la que quedó encorvado, cosa que llevaba con mucha resignación. Tenía un hijo Isaac, que estaba en el frente, otro hijo todavía niño, Aureo, y una hija, Blandina. La muchacha mostraba especial satisfacción por la presencia de Antón que la liberaba de arar y de trabajar la tierra.

En la casa de Dosinda, Alonso Ríos siempre había dormido en el "cuberto" con los pobres. Se abrigaba "dun cobertor dos que levan os aparellos das bestas e tamén botaba enriba de min mollos de palla".

Los Lavandeira le ofrecieron una habitación dentro de la casa. A Moreiras le llamaban "a aldea da bica" y eran extraordinariamente sabrosas las masas de maíz que se cocían en la "lareira" del *ñor Ramón*.

Los patrones de Alonso Ríos tenían mucha amistad con Herminia, la hermana del famoso cura, el cual, en 1937, no estaba ya en el pueblo. Había sido castigado, tal vez por razones de disciplina eclesiástica, tal vez acusado de complicidad por lo que le ocurrió a aquel joven maestro en cu-

yo baúl se encontró, tarde ya, unas cartas laudatorias de Calvo Sotelo, un catecismo y el crucifijo de la escuela, aquél que le habían obligado a sacar y que el desgraciado y piadoso maestro conservaba entre sus efectos personales...

Herminia, que, en ausencia del cura regentaba la administración parroquial, concedió al criado de "Calores" el beneficio de un trato amistoso. Todas las tardes jugaban juntos a la brisca. Un anochecer, cuando estaban enfrascados en la partida, se presentó el famoso cura a quien le habían dado un permiso temporal a fin de que arreglara algunos asuntos.

El cura era un hombre de unos cuarenta años, muy moreno, casi parecía un moro, tenía los ojos también negros y saltones... Estuvo hablando del lugar de donde venía y dijo: "Alí todos se fan os inocentes...". Miró fijamente al criado de "Calores", pero no preguntó quien era.

"Logo que se foi veu Herminia decindo: meu irmán fi-xouse que o *ñor Afranio* tiña as barbas limpas...".

Estando en Moreiras, cuantas veces no se acordaba Alonso Ríos de la máxima 633 de Pubilius Syrus: "Cada día debería ser vivido como si fuera el último de nuestra existencia".

La casa de «Calores» servía de escuela y era maestro uno de la Limia, hombre curioso y parlanchín, el cual dijo refiriéndose a Antón: "Ese nunca colleu arado nas maus".

Era cierto, pero Alonso Ríos consiguió arar de un modo casi milagroso como si le asistiese el ángel de San Isidro. Las vacas se llamaban "Galleira" y "Cuca". La primera era pesada como una mole de granito, la segunda bonita y miedosa (68).

Un día, trabajando juntos en una *leira*, el señor Ramón «Calores» dijo:

—Eso de odiar a xente non está ben.

(68) Mientras las vacas de la casa de «Calores» eran dos, las de Dosinda eran cuatro y se llamaban «Linda», «Gallarda», «Nova» y «Marela».

—Pero se non se pode con eles —respondió prudente Antón.

—Xesús dixo que aos enemigos hai que perdoalos e amalos.

Otro día, y de sopetón, le interpeló:

Señor Afranio, eiquí andan decindo que vostede e un fuxido.

Antón lo negó.

Blandina era bondadosa como su padre. Trataba a la madre con una gran dulzura y nunca se impacientaba —aunque la madre era de carácter vivo—. Un día les llegó la noticia de que Isaac había muerto en el frente. La madre se pasó toda la noche “oubeando como unha loba ferida”.

De repente se despertó en la aldea un gran interés por los acontecimientos exteriores. Se reunían entre cuatro para comprar “El Faro de Vigo” que luego llevaban a Antón quien, de paso que les leía las noticias, se las explicaba. Los paisanos comentaban: “O *ñor Afranio* lee o diario millor que o maestro”.

Había en el pueblo una mujer a la que por ser parlanchina y metementodo llamaban “A Laberca”.

“A Laberca” era muy supersticiosa y tenía un libro de signos que regularmente le traía a Antón para que se lo leyera e interpretara. Había en este libro cosas de magia, horóscopos y vaticinios de sucesos extraordinarios. Un día “A Laberca” le dijo: Usted non gastou sempre isas barbas e cando se acabe vai a cortalas ¿qué foi, xuez, ou qué foi?”.

Alonso Ríos se reía de su pregunta.

Entre la familia Lavandeira y Antón se estableció una relación de afecto y así, cuando el niño Aureo quiso ingresar en el instituto de Vigo, Alonso Ríos —olvidándose del peligro— tomó a su cargo la preparación. El niño aprobó. Otra vez, tuvo que ausentarse el maestro y Antón quedó al frente de la escuela durante una semana (69).

(69) Poco después de haber publicado la historia del ex-diputado mendigo en «La Voz de Galicia», y con fecha del 1 de noviembre de aquel

Un día en que iba por el camino de Xendive para llevar la vaca al toro, se encontró con una mujer y, de paso que caminaban, comenzaron a hablar. Ella entonces le dijo:

—Vostede é ese criado de «Calores» que sabe tanto...

“A sona da miña sabenza —pensó Antón— medra de mais, chegou o momento de me marchar”.

En realidad, y desde que entró a servir como criado en la casa del señor Ramón de Lavandeira, más conocido por «Calores», Alonso Ríos había intentado varias veces huir.

Como estaba tan compenetrado con el personaje cuya identidad había asumido, llegó casi a creerse que era portugués, que le bastaba con presentarse en el Consulado de Portugal, decir que era el *ñor Afranio do Amaral*, natural de Tras-os-montes y, sin más formalidades, recibir un pasaporte.

La dificultad mayor, a su juicio, estribaba en llegar a Orense indocumentado. Orense, en aquellos días, era un lugar muy tenso.

Para alcanzar su meta, Alonso Ríos contaba con el auxilio de un tal Amancio, amigo de hacer favores y divinamente situado pues era falangista y caballero de Santiago.

Ya estaba Alonso Ríos en Carballeño y subido a un autobús que iba a Orense, cuando Amancio se acercó para prevenirle:

—*Ñor Afranio*, mire que si no tiene un certificado de “buena conducta” le van a detener por el camino.

Alonso Ríos, muy mohino, se apeó del coche y entre Amancio y otros caballeros de Santiago amigos de Amancio, consiguieron que el revisor le devolviera el dinero que había pagado ya por el billete.

mismo año 1971, me llegó una carta procedente de México en donde me decían lo siguiente: «Victoria Armesto, «La Voz de Galicia», La Coruña, España: Estimada señorita: Le ruego por la presente tenga a bien, si es posible, enviarme la dirección en Buenos Aires del señor Antón Alonso Ríos (Afranio de Amaral Armas) pues su servidor le conoció siendo niño y después de tantos años sin saber de él, me sería muy grato saludar. Yo soy el niño Aureo Lavandeira que menciona en dichas memorias...

Antón Alonso Ríos regresó a Moreiras y su amo le ayudó a obtener dos "certificados de buena conducta" que le extendieron el alcalde Boborás y el cura de Xendive que actuaba como sustituto del de Moraima. Estos certificados tenían validez para dos meses y medio.

Antón llegó a Orense y se presentó en el consulado de Portugal en donde le dijeron: "Vosé ten que pidir a documentación onde é nado, e logo vir eiquí e, por 55 pesetas, dámoslle o documento".

Desvanecida su ilusión, Alonso Ríos se paseó sin rumbo por las rúas de Orense. Fue entonces cuando, al tropezar con un fotografo de "carrito", se le ocurrió hacerse retratar.

Yo tengo ahora en mis manos una copia de aquella foto. Alonso Ríos presenta en ella una cara demacrada, ojos tristes, largas barbas y atuendo de labrador pobre. Detrás hay unas líneas explicativas: "En Orense, Antón Alonso Ríos, o señor *Afranio do Amaral*, foto tirada no ano 1937".

Mientras araba con la "Galleira" y con la "Cuca", Alonso Ríos se devanaba los sesos pensando en qué hacer.

Al fin se le ocurrió hacerse pasar por un primo suyo. llamado Antonio Armas, de su misma edad, nacido y residente en la Argentina.

El día 30 de septiembre de 1937, Antón Alonso Ríos escribió una carta a uno de sus más íntimos amigos de Buenos Aires, Claudio López, mayordomo de la Sociedad Científica Argentina, solicitando "informes acerca de mi herencia" y le pedía también su partida de nacimiento y tarjeta de presentación para el vicecónsul de la Argentina en Orense ya que deseaba regresar cuanto antes a la Argentina.

Aunque esta carta la firmaba con el nombre de Antonio Armas, Alonso Ríos estaba seguro de que su amigo reconocería su letra.

A fin de que sus patrones no se sorprendieran si le llegaba alguna carta, Alonso Ríos les dijo que tenía un íntimo amigo que se llamaba Antonio Armas, el cual era nacido en la Argentina aunque desde niño residía en Celanova. Como Antonio Armas era cantero y estaba fuera de su

casa una gran parte del año, le había pedido que se hiciera cargo de su correspondencia, ya que estaba arreglando sus papeles a fin de regresar a La Argentina.

"Pasaron dous meses —prosigue Antón Alonso Ríos— e o día 20 de *santos* avísanme dende Feás que tiña un certificado dirixido ao "Señor Afranio do Amaral, para entregar a Antonio Armas". Recollino e nel decíanme que a cuestión da miña herdanza iba ben, que xa tiñan cobrados os cartos e que "a Negra" e os nenos estaban pasando unha tempada no campo".

"A Negra" es como, familiarmente, se le suele llamar a Oliva, la mujer de Alonso Ríos, de quien Antón no había vuelto a tener noticia alguna a partir del 26 de julio de 1936 en que le mandó unas botas, algo de dinero y un recado de que no fuera excesivamente confiado. Por la carta de su amigo Claudio López, Alonso Ríos supo que su familia estaba bien y de que habían regresado a La Argentina, del mismo modo que ellos se enteraron por la suya de que aún vivía ya que todos en Buenos Aires le daban por muerto.

Nuevamente volvió a Orense y en el viceconsulado de la Argentina le recibió un señor, nacido en Rosario, que a Alonso Ríos no le fue nada simpático por cuanto no parecía demasiado inclinado a facilitarle el regreso, a pesar de que Antón llevaba consigo la partida de nacimiento y una recomendación del Subsecretario argentino de Culto.

—Bueno señor Antonio Armas —le dijo— yo no sé muy bien lo que puedo hacer en su caso, tiene usted primero que pasarse por el Gobierno Civil y que ellos decidan.

Alonso Ríos fue al Gobierno de donde le mandaron a la Comisaría. Un policía, más atento y servicial que el vicecónsul, le informó que, por lo pronto, necesitaba presentar una solicitud firmada por el alcalde del pueblo donde residía.

Como no podía pedir que le extendieran una solicitud a favor de Antonio Armas en el mismo lugar en donde le conocían por Afranio do Amaral, Alonso Ríos tuvo que darse por vencido.

Hasta entonces, y acordándose de tristes precedentes, cual el de su secretario Francisco Rodríguez Otero "O Paquiño", Alonso Ríos había descartado una huída a través de la frontera. Por último ya no veía otra solución.

Escribió nuevamente a Claudio López, pidiéndole que le girara 200 pesos al cónsul de la Argentina en Oporto, que al mismo tiempo a él le mandara un duplicado del giro así como una carta de recomendación extendida por la Sociedad Científica Argentina a fin de que, cuando se presentara en el consulado, se lo abonasen.

En el mes de julio de 1938, Alonso Ríos preparó su marcha diciendo en casa de los «Calores» que iba a visitar a su amigo Antonio Armas en Celanova. Siempre bondadoso, el señor Ramón de Lavandeira le dio 2 pesetas de viático. Pero, ya en camino, Antón se enteró de que había muerto en el frente el mozo Remigio. Muy apenado por esta noticia, regresó a Moreira para ser él mismo quien —con las debidas precauciones— se la comunicara a sus familiares.

Su tercera salida se verificó a principios de julio, sin dificultades pasó de largo por Alvarellos y Leiro y, serían ya las cuatro o cinco de la tarde cuando llegó a Ribadavia. A la salida, un falangista que iba montado en bicicleta, le dio el alto:

—A ver, la documentación.

Alonso Ríos, sacó sus certificados y, sin mirarlos, oyó que le decían:

—Está usted detenido.

Vio venir hacia él una pareja de la Guardia Civil detrás de la cual iban unas mujerucas que gritaban:

—Ya está aquí, ya le han cogido, él mismo vino para entregarse...

"Todo está perdido" —se dijo Alonso Ríos. Y tenía la muerte en el corazón.

Uno de los guardias le interpeló:

—Vamos a ver ¿por qué ha pegado usted a ese hombre?

Con profundo alivio, Antón comprendió que se trataba de un error. No era él a quien buscaban sino a otro men-

digo barbudo, el cual había huído después de haberse peleado y de haber dejado malherido a un compañero.

Antón fue conducido hasta la casa en donde se encontraba el mendigo herido que al verle declaró:

—Ise non foi.

—Fíjese bien —recomendó uno de los guardias.

—Non teño que fixarme, dígolle que ise non foi...

Ya vemos que usted no ha sido el agresor —se convenció el guardia— pero de todas maneras tenemos que llevarlo al cuartel.

Mientras iba detenido por Ribadavia, caminando entre los dos guardia-civiles, salió una mujer:

—Ise non foi...

—Ya lo sabemos —gruñó uno de los guardias.

Al llegar al cuartel preguntaron por el brigada. No estaba pero llegó al cabo de unos pocos minutos. Le explicaron lo sucedido y Alonso Ríos fue requerido para que presentara sus certificados. El firmado por el cura, lejos de satisfacerle, hizo protestar al brigada:

—Los curas no deberían meterse en estas cosas.

Luego quiso saber a dónde iba Afranio do Amaral. La respuesta de que iba a Celanova para ver a su amigo Antonio Armas, lejos de tranquilizarle provocó nuevas preguntas. ¿Quién era ese Antonio Armas? ¿Por qué recibía correspondencia de Buenos Aires? ¿Por qué se tomaba Afranio el trabajo de llevársela personalmente?

Después de mucho preguntar el brigada llegó a esta conclusión:

—Tal y como están las disposiciones, yo a usted debería detenerle por viajar con unos certificados ya caducados, pero vuelva usted a Moraima y que el mismo alcalde le certifique su "buena conducta" hasta el día de hoy.

Alonso Ríos le dio las gracias y, cuando se vio en la calle libre, casi no se lo podía creer. Se dirigió hacia el puente y allí encontró a otro guardia que nuevamente le detuvo:

—Queda usted detenido.

Le volvieron a llevar a donde estaba el herido que ya muy enfadado gritaba:

—Xa lles dixen antes que ise non foi.

Era medianoche cuando, otra vez disipado el equívoco, Alonso Ríos quedó en libertad y, desandando el camino, a la mañana siguiente estaba de nuevo en casa del señor Ramón de Lavandeira que le recibió con estas palabras:

—Non volva a salir, señor Afranio, non volva a salir.

Su cuarta salida, la definitiva, tuvo lugar a mediados de julio de 1938 cuando se cumplía un año de su entrada en al casa de Lavandeira como criado (70).

“Saín mais cedo de Alvarelos —recuerda Antón— en Leiro tomei pola carretera de San Clodio e cheguei no preciso intre en que saía a barca que vai a Castrelo de Miño, griteille e volveron. Costaba un pataco, non o tiña, pagueille con unha castaña (onza) de chocolate. En Castrelo merquei pan, metime polo camiño que vai ao río Arnoya. Atravesei o pé do muiño, e logo fun camiñando... estaban mullando ao antigo... deiteime na herva, e novamente fun camiñando... pasei por Leirado, pasei por Gomesende, pasei un regato, pasei unhos penedos... logo atopei seis homes, cada un deles levaba ao lombo unha peza de tela. Eran contrabandistas, saudámonos:

—Que axa boa sorte.

—Que axa pra todos.

Ya en la cima del monte, convencido de que estaba ya en Portugal, tiró el saco de mendigo y los certificados de

(70) Habiéndole yo facilitado la dirección de Alonso Ríos en Buenos Aires (Puan 815) Aureo Lavandeira le escribió una carta el 13 de enero de 1972. Su padre, o señor Ramón Lavandeira «Calores», murió aquel mismo año en que dejó su casa Afranio do Amaral. Vendieron la vaca «Gallarda» en la feria de Moldes y el carro tirado por la «Cuca» y por otra que pretendían amansar le pasó por encima a «Calores» y le mató. Tras realizar algunos estudios en Galicia, Aureo Lavandeira emigró a la Argentina en 1951 dedicándose a negocios de hostelería. Su hermana Blandina se casó. La madre había fallecido en 1958. Aureo siempre se acordaba de aquel viejo criado portugués de extraña sapiencia. Enterarse a través de mis artículos de su verdadera personalidad le había impresionado.

“buena conducta”. Afranio do Amaral ya no existía. Tampoco Antonio Armas. Volvía a ser nuevamente Antón Alonso Ríos.

Sintiéndose ligero y libre, Antón caminó como unas dos horas en la tarde lluviosa. Cuando ya se creía a salvo y lejos de la frontera se encontró con un niño que guardaba unas vacas. A las preguntas de Antón el rapaz contestó en gallego.

Alonso Ríos había perdido el rumbo y había vuelto a entrar en Galicia. Entonces, en una forma casi milagrosa, salió el sol por unos breves instantes y Antón pudo orientarse. Se dirigió hacia la aldea portuguesa de Rudeiro —un enclave portugués dentro de Galicia— y luego hacia la “serra do Peneda” en donde, al día siguiente, le descubrieron dos pastores portugueses que no se cansaban de repetir: “¿Cómo chegou eiquí? ¿cómo non o comeron os lobos?”.

Los pastores que encontraron a Antón Alonso Ríos eran los de Enriveira de Arriba y de Enriveira de Abaixo, aldeas de Castro Leboreiro quienes, durante los meses de verano, llevaban a pastar a la Serra do Peneda el ganado de tres feligresías.

Era el mes de julio de 1938; por primera vez —desde el día en que se metió en el monte Aloya— Alonso Ríos reveló su identidad y se confió a los pastores portugueses. Uno de ellos estaba bastante enterado de las cosas de España porque había trabajado algunos años en Barcelona.

Alonso Ríos le ofreció mil escudos si le ayudaba.

Los pastores le condujeron a la casa de un labrador, Manoel Domínguez, más conocido por “o tío Mingos”.

En casa de “o tío Mingos” estaba también escondido otro gallego, Iglesias, que había preferido pasarse a Portugal a hacer el servicio militar.

Es creencia general, en aquella zona, que hubo momentos en que la sierra portuguesa cobijó a más de mil “fuxidos” pero, fuera del tal Iglesias, Alonso Ríos no encontró a ningún otro.

“O tío Mingos”, que era hombre de iniciativas, se puso en relación con el propietario de un garage en Melgaço que se había significado por la ayuda —interesada— que

prestaba a los fugitivos. Le llevó un duplicado del giro procedente de La Argentina, extendido a nombre de Antonio Armas, una carta de Alonso Ríos autorizándole para que lo cobrara, pero el del garaje lo intentó sin éxito.

Mientras se establecían estos primeros contactos pasó una semana. Luego, a través de un segundo pastor llamado Manoel Javier, llegó hasta la casa de "Mingos" la noticia de que los "guardinhas" conocían por una denuncia la presencia de los dos españoles y que se disponían a detenerlos.

Para evitar su captura les llevaron a una cueva en el corazón de la Sierra. Iglesias tenía mucho miedo a los lobos pero Manoel Javier le tranquilizó diciéndole que, mientras estuviera pastando por aquellos parajes el ganado de las tres feligresías, era poco probable que los lobos se ocuparan de ellos (71).

Este argumento no llegó a tranquilizar enteramente a Iglesias, que les oía aullar de noche. Tras muchas zozobras manifestó que prefería entregarse a las autoridades antes de seguir allí.

El día 15 de agosto de 1938, en la cueva de la Serra do Peneda, Antón Alonso Ríos cumplió 51 años.

A lo largo de aquellas semanas se había cubierto de sarna y de piojos pero, procurando olvidarse de sus padecimientos, se entregaba a hondas meditaciones espirituales.

"Foi alí —me dijo— onde eu me fixen filósofo".

Pensaba mucho en los temas del cristianismo, el conocimiento, la revelación y la psicología. En gran parte de aquellas meditaciones en la sierra iban a surgir sus libros posteriores:

"Esí como os procesos do subconcente supoñen unha sabenza que pon de noto a psicoanálisis, tamén, o

(71) «En la cueva de la sierra de Peneda pasa un mes solo y no con Iglesias, como por error informó la entrañable amiga Victoria Armesto», puntualiza en sus memorias gallegas Antón Alonso Ríos. He vuelto a repasar mis notas y en ellas está claro la asociación, aunque fuera fortuita, con Iglesias y marcado el temor que éste le tenía a los lobos.

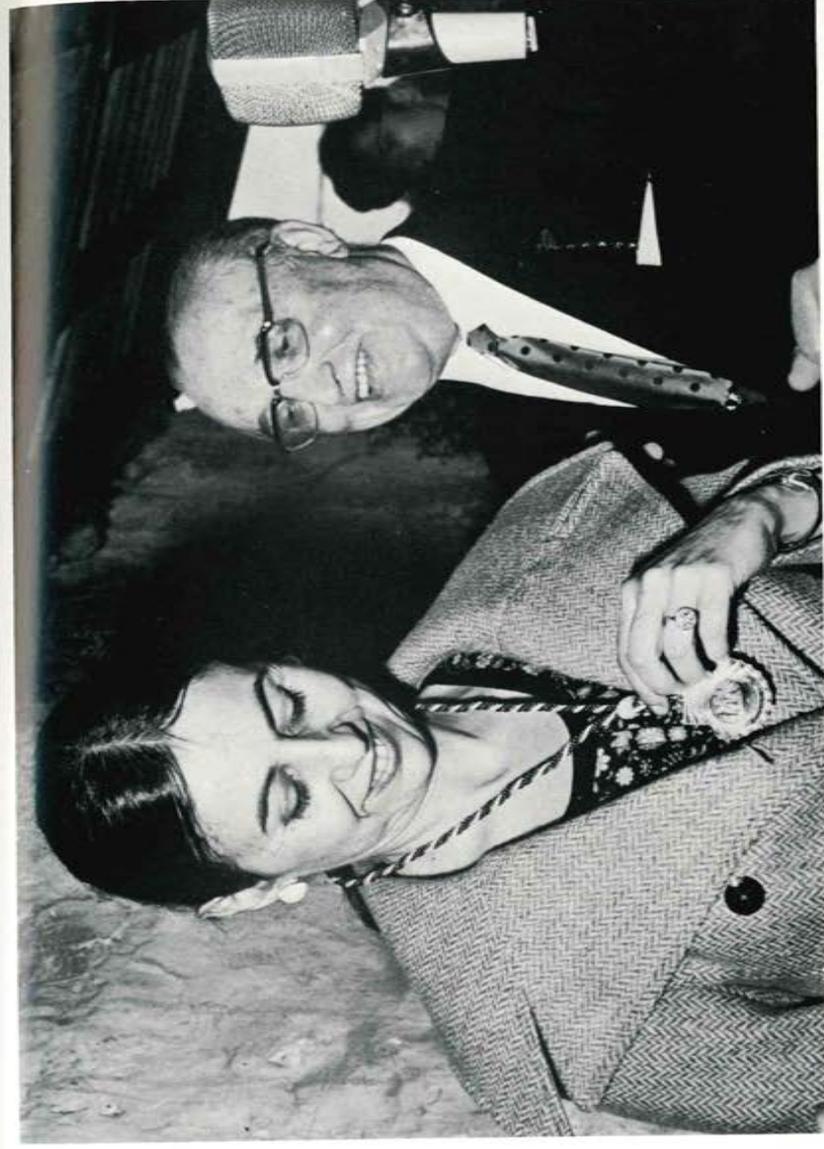


«...las derechas ya en plena guerra asaltaron el círculo que en Orense llevaba mi nombre y quemaron mi retrato...» del libro de Basilio Alvarez «España en Crisol», Editorial Claridad, Buenos Aires, 1937.

Basilio Alvarez, el Abad de Beiro. Retrato pintado por Francisco Lloréns que presidía el «Círculo Basilio Alvarez» de Ourense, destruido en agosto de 1936.



Llegada a Buenos Aires de Victoria Armesto y Augusto Assía, en 1971, para participar como invitada en las «Jornadas patrióticas gallegas». Les rodean en el recibimiento las autoridades del Centro Gallego.



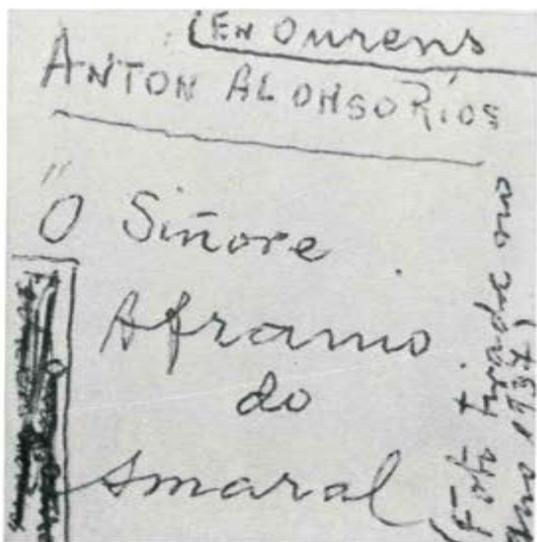
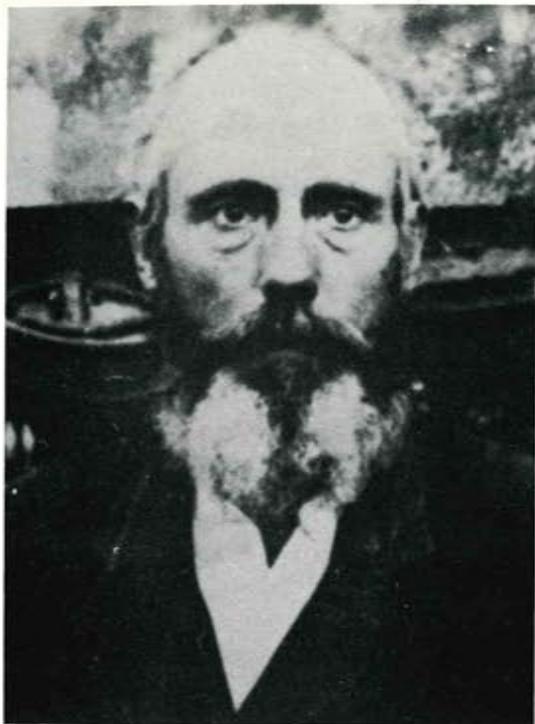
Victoria Armesto recibe en 1970 el «Pedrón de Ouro» de manos del Presidente de la Institución Octavio San Martín.



Otero Pedrayo brinda por Victoria Armesto en la entrega del «Pedrón de Ouro».



Otero Pedrayo habla en el banquete que siguió a la entrega del «Pedrón de Ouro» a Victoria Armesto, a su derecha. En la fotografía puede verse a Carballo Calero, a Octavio San Martín y a Zita la esposa de Otero Pedrayo.



Antón Alonso Ríos disfrazado de mendigo y lo que aparece escrito en el reverso de esa fotografía.

El gran reportaje histórico de la Edad Media Gallega



Propaganda del libro «Galicia Feudal», de Victoria Armesto, publicado por Galaxia en 1969.

Federica de Foscarei. 1
Me lembro en Foscarei no ano 1731.
Era alcalde, Sabino (maior), e fomos os ami-
gos. Entón saí teu pai ali? Non te-
ría presente. Eu fíxen unha viaxe de paz
por vía, en Meabá, é meu grande amigo
Pedro Campos Coucio, que se atopaba
doente. Fíxeme, cantos vellei, trocado no
siñore Aframio, no ano 36, chegando a casa
de lairmela de Pedro o 29 de setembro pola
Tardina, Baquia xa depura da bocea
Gina Barique Chamosa, outro amigo de
emigración. E, pra colmo, outro amigo
meu, o sorrento da Enastie Cid, acadaba
de chegar de Silleda por pesonista coa
(1) Outra seguinte contada, por é pra longo
Apostas Antón

Fragmento de manuscrito en que Antón Alonso Ríos informa a Victoria Armesto sobre las aventuras de «O Siñore Aframio».

Varela múdase de casa en Xunio, por si aínda non se mudóu o teléfono é 34-4128 e a dirección: Chacabuco 194-4^o, A; o teléfono do negocio de antigüedades da súa muller, Marika, ~~XXXX~~ é 31-0308 que está na Galería San Martín e chámase "Guermanten", que queda na Plaza San Martín, ^{tem a súa casa en Calle Florida} O teléfono de Ricardo Palmás 80-2233. A millor hora pra chamar en Buenos Aires ~~xxx~~ é das 12 e media ás ~~2~~^{2:30} da tarde nas casas particulares. Emilio Pita ten o seguinte teléfono, na súa oficina denante das 12, 31-5355, despois das ~~duas~~^{duas} na súa casa, os días de festa e pola noite, é 88-7167.

Tamén está en Buenos Aires Francisco Luis Bernárdez, poeta argentino diplomático, académico, etc., galeguista, e que debeu ser amigo de Felipe. Vive nun hotel non me lembro o nome, ^{mais} ten o teléfono 31-9591, ~~XXXXXX~~ despóis da 1. E un bo medio pra coñecer o mundo cultural arxentino aparte do seu interés persoal, de poder darvos noticias ^{mas interesantes} da súa época galega. Tedes que ver os murales que ~~XXXXXX~~ fixo Colmeiro na Galería Pacífico na Calle Florida, e, entre os que fixen eu, o do teatro Municipal San Martín, na rua Corrientes. Teatro que tede que ver así como o Colón, o Cervantes, etc. Palmás pode axudarvos moito neste de recorrer Buenos Aires. Tamén tedes que ver os cafés-concerts ó xeito arxentino, cos poetas e actores intervindo nos espectáculos, etc. etc.

Claro é que tamén coñeceredes ^{entre o emigrante} aventureiros, tipos estafalarios e tamén gansters, con algú destes xa vos escribides.

!Ah! Xente estupenda que fai o que pode porque é unha organización pobre é a do Padroado da Cultura Galega de Montevideo. Debedes estar con eles si vades a Uruguay. O segredario da organización é un vigués que se chama Fernando Pereira.

Se me esquezo de algo xa volo direi cando veñades á Cruña. Unha aperta de Maruja e miña pra os dous:

Seoane

Todo isto é reservado. Perdóme as miñas
lallas de máis coñecida.

Ultima páxina de una carta que Luis Seoane le envía a Victoria Armesto, el 8 de junio de 1971, pocos días antes de emprender el viaje a la Argentina, como invitada de honor para participar en las «jornadas patrióticas gallegas». En ella le informa sobre las cosas principales que podrá ver en Buenos Aires de interés para Galicia: el Centro Gallego, la Federación de Sociedades Galegas, de la Irmandade Galega que «...alentou Castela e eu fun un dos seus fundadores». Y le habla de su evolución. Le habla, asimismo, de los centros provinciales, del Centro de Betanzos, del ABC de Corcubión, del Centro de Lalín, de Rodolfo Prada «...a persona cecais máis respetada da colectividade, grande amigo de Castela», de Martínez Lamela presidente del Instituto A. de Cultura Gallega, de las «zancadillas» que ha de conocer, de los intelectuales que aún quedan: Lorenzo Varela, Emilio Pita, Quintela Novoa..., de los hijos de gallegos: Palmás, Pérez Prado... y defiende a los emigrantes justificando cualquier inconveniente que puede vérselles en las causas que los obligaron a salir de su tierra.

xérmolo e desenrolo das culturas ten unha grandeira seara de procesos colectivos subconcentes que soio xurden a lus co feito mesmo do frorecere de cada cultura. Ises procesos... supoñen tamén unha sabenza parella nos procesos individuás. Ista sabenza, nacida da semente da fé, e movida e dirixida pola fé, ben pode chamarse "Fe-sabenza".

"O mundo da sabenza allea a razón, é pois, ilimitado e de mais outo voo do que é a razón".

"A razón non pode abranguare o tempo, nen o espazo, nen a creazón, nen o misterio da vida e do sere".

"O misterio da vida é o infindo fundamentale pra o home".

"Os católicos centrámolo na verba Deus. Deus e unha verba que da un senso do misterio da vida en xeral e, doadamente, o da vida human".

"Fronte a iste misterio a razón fica abraiada..." (72).

Mientras, comido por los piojos, cercado por las fieras salvajes, perseguido como un malhechor, el antiguo diputado a Cortes por Pontevedra elevaba su alma hacia el infinito, dos bondadosos portugueses, enterados a través de los pastores, de su presencia en la sierra se disponían a prestarle ayuda.

Eran dos hermanos, Manoel y Anibal Loureiro, uno boticario y el otro funcionario municipal en el vecino Arcos de Valdeves.

Ya entrado el mes de septiembre, una noche los pastores le sacaron de la cueva (73) para llevarle hasta Arcos de Valdeves.

(72) «Amore Arte e Misticismo» por Antón Alonso Ríos, Buenos Aires, 1956, págs. 89-90.

(73) Luego Antón Alonso Ríos supo que su penosa existencia en la cueva durante tantas semanas no hubiera sido necesaria. Posiblemente se trataba de una añagaza de Manoel Javier deseoso de extraerle de la asistencia aportada por los primeros pastores a fin de ser él quien cobrara el dinero ofrecido.

Todo el día siguiente lo pasó escondido en una casa pobre de las afueras en donde comió unas sardinas preparadas por una mujer que andaba descalza.

Alonso Ríos se acuerda de este detalle —los pies desnudos— y de lo bien que le supieron aquellas sardinas.

A medianoche se encontró con su protector, el señor Anibal Loureiro, que llegó acompañado por un perro policía. Se fueron los pastores y Alonso Ríos quedó confiado al boticario que le recibió como puede recibirse a un hermano muy querido. Le llevó a la casa de su madre, curándole de sus miserias, facilitándole ropa, alimento, descanso.

—Istos portugueses —dice siempre emocionado Antón— por dar, dan a alma.

Manoel y Anibal Loureiro le presentaron a varias personas del pueblo diciendo que era su primo Tomás, un sabio historiador gallego.

El amor, ya antiguo, de Alonso Ríos por Portugal creció después de este recibimiento. Años más tarde se mostraría convencido de que el papel natural de Galicia debería ser el de intermediaria a fin de facilitar un mejor entendimiento y conocimiento entre Portugal y Castilla (74).

Acompañado por Anibal Loureiro, Antón Alonso Ríos llegó hasta Oporto en donde, por casualidad, se encontró con Ramiro Isla Couto que le acompañó hasta el consulado del Uruguay.

El cónsul del Uruguay —que recientemente había sido expulsado de Villagarcía— no pudo ayudarle y el de la Argentina pudo pero no quiso. Era políticamente contrario a las ideas que representaba Alonso Ríos e incluso, con ánimo de perjudicarlo, había devuelto el giro que le mandaron desde la Argentina.

Por fortuna, sus nuevos amigos portugueses no le abandonaron. Anibal Loureiro se ocupó de adelantarle dinero

(74) En los numerosos artículos publicados con posterioridad, así como en sus actuaciones en el Consello de Galiza, Alonso Ríos demostraría su identidad con el país hermano.

y le buscó alojamiento en la casa de otro republicano portugués, Manoel de Souza, más conocido por "Souzinha".

Alonso Ríos estuvo como mes y medio en su casa y luego le mandaron a Villa Real, capital de Tras-os-Montes en donde le recibió un tal Alvino que tenía bodega en la Bussaqueira.

Se marchó el cónsul de la Argentina en Oporto y Antón Alonso Ríos inició nuevas gestiones con su sucesor, que puso dificultades a cuenta de que no tenía en regla la cartilla militar y le dijo también que su caso personal sólo podía ser resuelto en el consulado de la Argentina en Lisboa.

Alonso Ríos se trasladó a Lisboa, alojándose en la casa de un vecino de Tomiño, propietario de un café. No consiguió nada en el consulado argentino pero sí obtuvo una recomendación para el Cónsul de Francia que le dio un permiso para trasladarse a Casablanca.

Desde Casablanca, Alonso Ríos se trasladó a Rabat y fue en la capital marroquí donde, tras largas y penosas gestiones con un cónsul de espíritu intransigente y tal vez reaccionario, que al fin consiguió un pasaporte como ciudadano argentino y pudo embarcarse en un barco francés, el «Lipari», que el día 30 de junio de 1939 atracaba en el puerto de Buenos Aires.

Aquella larga e increíble aventura, iniciada exactamente tres años antes el día 26 de julio de 1936, cuando Antón Alonso Ríos se internó en el Aloya, se acababa entre abrazos de bienvenida y lágrimas de felicidad.

A los cincuenta y tantos años, con tan pesada carga de sufrimiento a la espalda, Antón Alonso Ríos se dispuso a trabajar nuevamente como si fuera un mozo emigrante. Ya con sesenta, ya con setenta, y ya con ochenta años todavía recorría las calles de Buenos Aires, caminando siempre derecho y erguido, ejerciendo el oficio de comisionista de comercio con la misma alegría con que sus antepasados ejercieron el de caldereros por las aldeas de Galicia.

Si la necesidad de mantener dignamente a su familia le ocupaba una gran parte del día, Alonso Ríos robaba horas al descanso para ocuparse de su otro gran amor.

El amor a Galicia se refleja tanto en su conversación como en los libros que publicó a partir de 1939.

Antón Alonso Ríos ha escrito una novela-relato "Amore, Arte e Misticismo" de la cual sería exagerado decir que es perfecta pero que, para mí, es una de las más interesantes entre las que se han escrito nunca en idioma gallego.

A su especial interés coopera el hecho de ser la única novela priscilianista gallega, se trata de un libro de carácter religioso-heterodoxo.

Alonso Ríos se describe a sí mismo a través de tres personajes: el bondadoso, espiritual y priscilianista don Fiz, abad de Quintás; el puro seminarista Antón de Loureiro, y la joven labradora en comunión con la naturaleza, Sabela.

En algunos personajes se reflejan las pasadas aventuras de Alonso Ríos. El mal cura acusado en la novela es un claro retrato del de Moreiras. Relata el episodio del maestro y otro, si cabe más cruel, acaecido cerca de Viana do Bolo.

"Amore, Arte e Misticismo" revela la preocupación religiosa filosófica de Antón Alonso Ríos, centrada especialmente en torno a la doctrina del celibato eclesiástico que, para el abad don Fiz, es el origen de muchos males.

Don Fiz no sólo se muestra partidario de la ordenación de los hombres casados sino que también aprueba la de las mujeres sacerdotisas (75).

La imposición del celibato determina la ruptura de aquel tierno amor entre Sabela y el seminarista. En aras de la vocación del joven, Sabela prefiere sacrificarse y se deja morir. Algunas escenas de su idilio son, por su delicadeza y por su idealismo, comparables al Werther de Goethe.

(75) La novela de Antón Alonso Ríos escrita en los años *cuarenta* y editada en 1956, anticipa la doctrina expuesta en el Sínodo de 1971 por el Cardenal Sucens, partidario éste de ordenar a los hombres casados e incluso a las mujeres «siempre que cubran las necesidades del pueblo de Dios porque «rechazar el sacerdocio a bautizados capaces de asumir esta responsabilidad es inconcebible y escandaloso. El celibato es una ley eclesiástica no es un dogma de la Iglesia... Jesucristo ha fundado su Iglesia sobre un hombre casado llamado Pedro». Según la información de Europa Press que recogió «La Voz de Galicia» del 12 de octubre de 1971.

Como en todos sus escritos, a partir de aquella profunda transformación espiritual en la sierra portuguesa, Antón Alonso Ríos parte del misterio como esencia religiosa que está en la base de todos los credos.

Asegura la existencia de una "Galiza american" como ejemplo luminoso de dignidad colectiva. Esta Galicia americana que lleva más de veinte años afrontando y superando la degradación peninsular hace lo que jamás hizo ninguna otra comunidad de exiliados. Esta "Galiza american" es parte de la Galicia eterna. Por ella se salva la nacionalidad galaica, por ella la voluntad nacional amordazada condenada al silencio pero jamás desvanecida. Así, la conciencia se afirma en América, afirmándose en los sentimientos de autodeterminación y de república. Y como república significa libertad y como galleguidad y libertad van juntas, ambos conceptos, en opinión de Alonso Ríos, se confunden.

Propone Alonso Ríos la creación de un Patronato americano de Cultura Gallega a fin de que no se pierda nuestra cultura en el nuevo mundo (felizmente hoy existe en el Instituto Argentino de Cultura Gallega) y asimismo el de un Banco de la Galicia Americana.

Entre la tabla de postulados fundamentales enumera los siguientes: 1. Autodeterminación; 2. entendimiento con Portugal; 3. creación de unas comunidades peninsulares que articulen una política económica.

Considera Alonso Ríos que el Estatuto del 36 no es en sí mismo un fin sino un precedente. Hay en este libro, como en la mayoría de sus trabajos, un gran componente utópico.

Considera la misión de Galicia como providencial, capaz de conjurar las fuerzas espirituales en un Estado Español en decadencia. Galicia capaz de alumbrar la fe, la esperanza y las energías que abren el futuro.

En esta misión redentora Galicia tiene por supuesto que contar con la ayuda portuguesa, porque portugueses y gallegos se asemejan, en realidad son casi iguales, un gallego es más extranjero en Castilla que en Portugal, se

comparte la lengua y la cultura y la "saudades" es tanto de ellos como nuestra.

Habíamos pasado muchas horas juntos. El evocando sus increíbles recuerdos. Yo con mis cuartillas y mi pluma en la mano. Ahora la relación entre nosotros había cobrado una singular intensidad.

Alonso Ríos al despedirse de mí me hizo entrega de la posesión que posiblemente más estimaba. Su novela "Nidia", la historia de la "freira" o monja gallega extrañamente mezclada con sus teorías filosófica, morales y refutaciones matemáticas a las teorías de Einstein.

Son estas cuartillas en papel muy fino que, como mariposas, se esparcen ahora por mi mesa de trabajo llenándome de melancolía o saudade.

II PARTE

EL INSTITUTO ARGENTINO DE CULTURA GALLEGA

Tras depositar unas flores ante la estatua del *Emigrante*, nos metimos en el coche del presidente del Centro Gallego que nos condujo hasta el Club "Gimnasia y Esgrima", donde, patrocinado por el propio Centro Gallego, se celebraría el banquete de homenaje a la Prensa y a la Radiotelevisión.

Sánchez Millares nos dijo que el acto tendría el carácter de "unha pequena xuntanza" lo que me tranquilizó. Como era mi debut oratorio prefería que hubiera poca gente.

El "Gimnasia y Esgrima" está en la calle Bartolomé Mitre 1165 y tiene también un impresionante campo de deportes en las afueras de Buenos Aires.

Recorrimos varias salas viendo, al pasar, fotografías de atletas, copas, trofeos, floretes, caretas, guantes de boxeo... En el piso octavo estaban preparadas las mesas para la "cativa xuntanza" que a mí se me antojó una reunión superlativa. Yo pensé que había allí unas mil personas, luego me dijeron que los comensales eran unos 450.

Entre ellos figuraban muchos periodistas bonaerenses así como representantes ilustres de otras colectividades ibéricas, la de los vascos, la de los catalanes, la de los asturianos...

Después del "xantar" se prodigaron los discursos y, por primera vez, pude familiarizarme con el estilo que priva entre nuestros hermanos de América.

Todo es muy diferente de lo imperante hoy en España.

En España —según mi experiencia— es muy difícil emocionar al auditorio. Poniendo mucho empeño aún consigue uno hacerle reír pero la emoción es como una fuente soterrada que rara vez se encuentra. Acaso tras haber apelado hasta la saciedad a los puros sentimientos que pueden anu-

dar en el corazón humano, tal y como el amor a la patria, a la libertad y a la justicia, nos hemos quedado totalmente exhaustos sin que estas palabras vinieran a representar otra cosa que conceptos puramente abstractos, desasidos de nuestra propia vida...

En cambio, dentro de nuestra colectividad americana, se vive como en otra dimensión, en muy distinto momento histórico. Allí, cuando se menciona a la patria lejana, las lágrimas asoman a los ojos de quienes de ella tan poco recibieron, los conceptos abstractos se convierten en aspiraciones vivas, y entre el orador que habla y sus oyentes se establece de inmediato una viva corriente de afecto.

No es pues necesario, para alcanzar esa feliz simbiosis entre orador y audiencia, estar asistido por dones especiales. No, no es necesario ser Solón, basta con ser sincero y honesto...

Cada vez que uno menciona alguno de los nombres carismáticos, es costumbre prorrumpir en aplausos. También tienen la generosidad de aplaudir cuando hay una frase que les gusta de un modo especial.

Yo percibí en mis oyentes un afán intenso de asirse al eterno espíritu de la raza, seguramente porque el miedo a perderse, a disolverse en el vacío —ahora que la emigración procedente de Galicia ha prácticamente cesado— es muy grande.

Quizá es a este mismo terror al vacío final, a lo que responde la creación del Instituto Argentino de Cultura Gallega.

A mi vez, advirtiendo esta angustiosa necesidad de supervivencia, me propuse recoger algunas facetas entre las menos conocidas de la historia de la Galicia emigrante.

Aprobado por la junta directiva del Centro Gallego en 1957, ha sido en este año jacobeo de 1971 cuando el Instituto Argentino de Cultura Gallega inició oficialmente sus tareas encargándose de la preparación y celebración de las "xornadas patrióticas" de julio.

El Instituto puede definirse como la proyección espiritual y cultural de la gran organización benéfico-mutualista que es el Centro Gallego de Buenos Aires.

Aunque jurídicamente es una entidad independiente, el Instituto Argentino de Cultura Gallega depende muy estrechamente del Centro Gallego. Recibe del mismo un dos por ciento de sus cuotas que equivalen a unos ocho o diez millones de pesetas anuales.

La junta directiva del Instituto está formada por 15 miembros que se reúnen dos veces al mes. Asisten también a estas reuniones dos representantes de la directiva del Centro Gallego (1).

Según el reglamento el cargo de presidente del Instituto será ejercido, por derecho estatutario, por el vicepresidente.

(1) Según el artículo 8 del Reglamento, el Instituto Argentino de Cultura Gallega procederá a constituir las comisiones que sean necesarias. Entre las que se enumeran: *Comisión de Actos Culturales y Patrióticos gallego-argentinos* la cual, de acuerdo con la junta directiva del Centro Gallego, se ocupará de todo lo relativo a las jornadas del «Día de Galicia», de la conservación del salón-teatro Castelao del Centro Gallego y de su utilización para actos culturales. *Comisión de Biblioteca*, se encargará de la supervisión de la Biblioteca Social y de la automática adquisición de todo libro que se edite en idioma gallego. *Comisión de Relaciones*, se ocupará de los contactos con personas y entidades gallegas, especialmente con aquellas que tengan finalidades culturales así como con personas y entidades argentinas que, por razones históricas, folklóricas, de tradición y de aspiración, sean de algún modo afines al pueblo gallego. En concordancia con el artículo 9 del Estatuto del Centro Gallego, las relaciones epistolares del Instituto con entidades gallegas se mantendrán en idioma gallego. Se ocupará igualmente de organizar un fichero con los datos correspondientes —nombre, apellido, dirección, biografías, de las figuras gallegas que tengan significación cultural y de organizar igual fichero para argentinos, bien de ascendencia gallega o que por su actuación hayan honrado la cultura gallega, y que tengan significación en los campos de la cultura, ciencias, letras arte o política. *Comisión de Asuntos Económicos* tendrá a su cargo todo lo relacionado con el movimiento económico y financiero del Instituto. *Comisión de Ediciones*, tendrá a su cargo la edición y grabación de las obras y discos que la junta directiva del Instituto resuelva realizar. Procurar para cada edición o grabación presupuesto de cuanto menos tres imprentas o empresas grabadoras de discos. *Comisión de Promoción y Comercialización*, proponer los precios de venta de los libros y discos que sean editados por el Centro Gallego. Formular un plan de promoción de ventas. *Comisión Museo Gallego*, se encargará de vigilar la conservación de las obras artísticas del Centro Gallego y de proponer nuevas adquisiciones. Según el artículo 10 cada una de las comisiones designará a uno de sus miembros para el cargo de secretario teniendo éste a su cuidado la redacción de los despachos a elevar a la junta directiva del Instituto.

sidente segundo del Centro Gallego; los demás cargos son de elección.

Presidente y vicepresidente del Instituto Argentino de Cultura Gallega en su primera etapa son Manuel Martínez Lamela y Segundo Pampillón.

Martínez Lamela nació en San Vicente de Castellón, ayuntamiento de Pantón, Lugo, el 14 de octubre de 1912. Llegó a la Argentina el 10 de octubre de 1929, y desde el primer momento se distinguió por sus actividades dentro de la colectividad galaica. Figura entre los fundadores del Centro Lucense.

Martínez Lamela, que se dedica al comercio, en verdad debía haber sido diplomático. Es uno de esos gallegos suaves, flexibles, tolerantes, inteligentes que parecen haberse educado en la escuela del Conde de Gondomar. Después de haber asistido a varias "xuntanzas" del Instituto, a mí me divertía observar como su presidente comenzaba aprobando los puntos de vista del interlocutor para finalmente llevarlo con toda suavidad hacia el terreno de las propias convicciones.

Segundo Pampillón es tan conciliador y afable como el presidente, y como él se dedica al comercio.

Pampillón nació en la parroquia de Tamega, ayuntamiento de Mos, Pontevedra, el día 24 de marzo de 1907. Llegó a la Argentina el 10 de junio de 1937. Cuenta con una cierta experiencia en la gestión pública ya que fue alcalde de Mos.

Me dice que su apellido, tan raro, "Pampillón" se deriva de "pampileo" y que "pampileo" es:

—Isa pranta que ten unha fror amarela.

Martínez Lamela está casado con una señora de origen alemán y tiene una sola hija, María Rita; Pampillón, casado con una española, tiene un solo hijo. Enrique, y una nieta Claudia Haidee.

Ya en la sobremesa, después de la paella y de los "bifes" del "Gimnasia y Esgrima", Manuel Martínez Lamela fue el primer orador que se aproximó al micrófono. Es un

hombre alto, moreno, con gafas, con un aire muy intelectual de profesor.

Se dirigió a nosotros en nombre del *Instituto Argentino de Cultura Gallega* cuyo fin —dijo— es la exaltación de todo aquello que concierne a Galicia en su condición de país diferenciado.

Explicó también que el Instituto se interesaba por el desarrollo cultural argentino y que era su principal propósito servir a modo de nexo entre ambas culturas.

Añadió Martínez Lamela que, al iniciar de un modo oficial sus tareas, el Instituto se enorgullecía de haber conseguido la colaboración de toda la colectividad para la celebración de las "xornadas patrióticas".

Martínez Lamela hacía veladamente alusión a una costumbre ya vieja entre los gallegos de la Argentina, siempre inclinados hacia el minifundio espiritual que tanto repugnaba a Castelao.

Cada una de las entidades y sociedades galaicas celebraba las "xornadas patrióticas" a su modo.

Es decir, todos hacían más o menos lo mismo pero sin ninguna clase de correlación o colaboración hasta el punto de que en muchas ocasiones varias agrupaciones galaicas se encontraban, por pura casualidad, con las mismas flores y con las mismas gaitas ante un mismo monumento.

Debido a las gestiones diplomáticas del *Instituto Argentino de Cultura Gallega*, por primera vez en la historia de la emigración, en este año 1971 los cuatro centros regionales, la Federación y la Casa de Galicia —olvidándose de sus diferencias de carácter ideológico o meramente social— se unieron con el Centro Gallego para conjuntamente programar una serie de actos culturales.

"Se ha dado un paso —precisó Martínez Lamela— que muchos creyeron imposible y que, sin embargo, logró combinarse sin mayores complicaciones".

JOSE FONTENLA Y EL HIMNO GALLEGO

El día 24 de julio por la noche tuvo lugar "la función extraordinaria, organizada por el Instituto Argentino de Cultura Gallega" para conmemorar el "día de Galicia" en el Teatro Colón de Buenos Aires.

El Colón es uno de los mejores teatros del Mundo. Había oído hablar mucho de él y aún me pareció más impresionante de lo que esperaba. Grande como una catedral, está decorado en un estilo muy "belle époque". Según me explicó Sánchez Millares, pertenece al Municipio quien, como concesión extraordinaria a la colectividad gallega (la única con la francesa que goza de tal privilegio) se lo cede anualmente para la celebración de la velada del "día de Galicia".

Con el presidente y los miembros de la junta directiva del Centro Gallego nos instalamos en el palco principal.

La gente que iba entrando en los palcos, plateas y en el patio de butacas, en nada desmerecía del marco suntuoso. Los hombres vestidos por lo regular de oscuro. Las mujeres con traje largo o *midi*, y pieles o chales cubriéndoles los hombros.

Apareció la Filarmónica de Buenos Aires y nos pusimos en pie para oír el Himno nacional argentino que entonaron todos los asistentes excepto aquellos que, como yo, no lo conocían.

Finalizado el himno nacional argentino, la orquesta Filarmónica entonó los primeros compases del himno gallego que, tanto los del palco presidencial como los de los palcos siguientes y la gente que llenaba el teatro coreamos:

Que din os rumorosos
na costa verdescente?...

Yo estaba muy emocionada. Escuchar el himno de Galicia en aquel teatro creaba en mí un especial estado anímico. Pensaba que la Galicia emigrante —la que llena el Colón— estaba más cerca de la Galicia *ideal* (de esa Galicia que pudo haber sido y nunca fue y quizá no se realiza-

rá nunca en el futuro lo que no impide que exista y que se desarrolle en ese terreno abstracto de los sentimientos y de las ideas) de lo que nunca hemos estado o estaremos nosotros mismos.

También me acordaba del consejo de don Eladio Rodríguez González: "Hermanos... cuando oigáis llenos de unción el Himno gallego, pensad en José Fontenla Leal a quien se debe y rezad por él" (2).

José Fontenla Leal nació en 1865 en El Ferrol. Cuando tenía 12 años emigró con sus padres a Cuba (3) en donde vivió toda su vida tan obsesionado por Galicia que sus amigos acabaron llamándole "Breogán".

A fuerza de grandes sacrificios, porque era obrero litógrafo y ganaba muy poco, Fontenla logró reunir una biblioteca gallega y convirtió su casa, en la calle de la Gloria, en un pequeño museo regional. Su amor a Galicia encontró asimismo expresión en las actividades en diversas sociedades gallegas.

Cuando, en 1894, Manuel Curros Enríquez emigró a Cuba, se hizo amigo de Fontenla a quien también distinguía con su amistad el maestro Chané. Curros Enríquez, un genio de carácter explosivo, no tuvo relaciones fáciles ni con la junta directiva del Centro Gallego ni con una gran parte de la colonia. Con "Breogán" siempre se llevó muy bien.

A las gestiones y desvelos de aquel modesto obrero se debe, en parte, la creación de la Real Academia Gallega.

Fontenla, —un hombre extraordinario cuya tenacidad, voluntad y energía se le reflejaban en el rostro— conoce-

(2) Juan Naya Pérez: «El himno Gallego, notas para su historia», artículo, en el programa de la función extraordinaria celebrada en el Teatro Colón de Buenos Aires el «día de Galicia» de 1971.

(3) Según la versión dada por Emilio Chané, Fontenla habría llegado a Cuba a los 4 años pero, según la nota necrológica publicada por «El Diario de la Marina» el día 7 de diciembre de 1919, llegó a los 12 años. Dada la identificación de Fontenla con su tierra natal, la última versión se me antoja la más verosímil.

dor de que don Manuel Murguía trataba de fundar una Academia de la Lengua Gallega sin encontrar ayudas, se propuso crear en La Habana una "Sociedad Iniciadora y Protectora" de la futura Academia.

Curros Enríquez respaldó con su magia personal el proyecto de Fontenla, quien comenzó a mover a la colonia gallega forzándola a interesarse por algo que el fondo apenas si les interesaba: la pureza de la lengua gallega. Fontenla tuvo mucho éxito y las aportaciones de los humildes gallegos emigrantes fueron el primer apoyo de la naciente institución.

También Galicia debe al obrero ferrolano su himno.

José Fontenla Leal había llegado a la conclusión de que, como toda región diferenciada, estábamos moralmente obligados a tener un himno. ¿Y quiénes mejor que Curros Enríquez y el maestro Chané, ambos residentes en La Habana, para encargarse respectivamente de la letra y de la música? (4).

Manuel Curros Enríquez aceptó el encargo pero, en vista de que iban pasando los años y no lo cumplía, Fontenla dio en recopilar cuanta poesía gallega se le antojaba idónea como posible letra, al mismo tiempo que, para la cuestión de la música, seguía presionando a Chané.

—Mire Fontenla —le dijo finalmente el compositor— considero preferible aguardar a que se produzca algún suceso importante que justifique la creación de un himno.

¿Cuál sería el "suceso importante" a que hacía referencia el maestro Chané? Sin mostrarse animado a aguardar por dicho acontecimiento, Fontenla decidió prescindir de su amigo Chané y mandó las poesías seleccionadas al maestro Pascual Veiga.

El autor de la "Alborada" acogió la solicitud del emigrante con interés. Su correspondencia acerca del himno se conserva en la Real Academia Gallega.

(4) No era el primer intento. Anteriormente Alfredo Brañas y Taibo, Galo Salinas y Varela Silvari habían unido sus esfuerzos creando dos himnos de Galicia que, pese al talento de los respectivos autores, no alcanzaron popularidad. Juan Ramón Díaz, «El Himno Gallego y sus autores» en «La Voz de Galicia» del viernes 10 de septiembre de 1971.

Entre las poesías seleccionadas, Veiga eligió una de Pondal titulada "Os pinos". Las cuatro primeras estrofas le inspiraron la música.

Pascual Veiga falleció en 1906. En 1907 el Centro Gallego de La Habana decidió honrar su memoria con una velada patriótica en la que, por primera vez se toca el futuro himno de Galicia. El día 13 de diciembre de 1908 la junta directiva del mismo Centro aprobó una moción de José Fontenla Leal declarando oficial el himno para cuanta fiesta se celebrara en el futuro.

En 1917 falleció en La Habana el maestro Chané y —lo mismo que nueve años antes cuando murió Curros Enríquez— el Centro Gallego se hizo cargo del traslado de sus restos a La Coruña. Para acompañarlos fueron designadas algunas personas, entre ellas Emilio, el hijo del compositor, y José Fontenla Leal.

Fontenla, que ya tenía 52 años, no había vuelto a Galicia desde que, con 12, salió de El Ferrol.

Se embarcaron en el "Reina María Cristina".

"Al llegar cerca del cabo Finisterre —contó más tarde Emilio Chané— le mostré a Fontenla la pequeña nube blanca que señalaba la presencia de tierra. No lo creía. Se arrimó a la baranda. Puso sus manos temblorosas en la borda... la tierra iba dibujándose, ya se veía el faro. Fontenla estaba intensamente pálido, lloraba...".

De regreso, cuando desapareció la costa gallega, Fontenla tuvo un fúnebre presentimiento. "No la volveré a ver más" dijo. Bajó a su camarote, se echó sobre la litera y Chané le sintió sollozar (5).

Mientras estuvo en La Coruña, José Fontenla Leal "Breogán" se dio cuenta de que "su himno" era ya popular. Se había tocado, por primera vez en Galicia, un año antes (1916) en una reunión celebrada en el Círculo de

(5) Según el artículo escrito por el periodista Emilio Chané para «El Diario Español» de La Habana después de la muerte de José Fontenla Leal, en el que también dice: «Amor patriótico como el de Fontenla no recuerdo ninguno».

Artesanos de La Coruña (6). Fontenla pasó también largas horas en la Real Academia Gallega la cual, en premio de sus desvelos, había decidido nombrarle "académico correspondiente".

Ya en La Habana, el último acto público en el que tomó parte Fontenla fue en la velada organizada por la "Asociación Iniciadora y Protectora de la Real Academia Gallega" el día 27 de abril de 1919 (7). Posiblemente, y aunque no se lo dijo a nadie, ya entonces Fontenla estaba enfermo. Unos meses más tarde ingresó en el Hospital Calixto García en donde falleció el día 5 de diciembre de 1919. Hacía dos años que había regresado de Galicia.

Sus amigos se enteraron de que había muerto por dos notas que publicó el día 6 de diciembre el "Diario Español". Una venía en la sección de "Enterramientos" y decía así:

"José Fontenla Leal, de España, de 54 años, Hospital Calixto García. Flemón difuso. S. E. 8 Campo común, hileras 2, fosa 1. Vence el derecho de sepultura el día 5 de diciembre de 1924".

(6) Se dice que a la citada reunión concurrieron unas 10.000 personas. Desconfío de la exactitud de esta cifra. ¿Caben 10.000 personas en la sala de «Artesanos»?

(7) Asistió el poeta Francisco Villaespesa que recitó su «canto a Galicia» extraído del «canto a los Conquistadores». La banda municipal, cedida por el alcalde de La Habana, Manuel Varona Suárez, y dirigida por el académico Maestro Tomás, interpretó la «Obertura Solemne» de Brahms y la «Alborada» de Veiga. El discurso principal corrió a cargo de Ramón Armada Teijeiro, único académico numerario de la Real Academia Gallega en América. Era entonces presidente de la asociación fundada por Curros Enríquez y Fontenla el reverendo Juan José Roberes. Se cerró el acto con el Himno de Galicia que en pie, con religioso silencio, oyeron los asistentes. Tanto les gustó el Himno que lo tuvieron que repetir. La «Asociación Iniciadora y Protectora» había encargado ramos de flores para las señoras y señoritas, pero la casa Langwith, interpretando mal la fecha, no los mandó. Se los hicieron llegar a los respectivos domicilios. «Hacemos esta aclaración —precisó un cronista— en honor a la galantería gallega». Véase «Boletín Extraordinario de la Real Academia Gallega, Memoria Anual de la Asociación Iniciadora y Protectora establecida en La Habana. La Coruña, 1920.

La segunda nota precisaba algunos detalles personales y acababa con una lamentación "¡Fontenla ha muerto pobre, ha muerto abandonado, ha muerto en un hospital!".

Esto último fue lo que más impresionó a todo el mundo porque entonces se creía que morir en un hospital era la cosa peor que le podía ocurrir a un cristiano, de tal forma que el lugar en que había muerto se marca insistentemente en cuantas necrologías le tributaron. En todas se marca también su abandono (8).

La junta directiva de la "Asociación Iniciadora y Protectora de la Real Academia Gallega", fundada y en un tiempo dirigida por Fontenla, se sintió finalmente aludida y el vicepresidente explicó por escrito que José Fontenla Leal nunca había requerido auxilio de nadie y que ahora la junta había decidido ocuparse de su sepultura.

En este terreno Fontenla había dejado instrucciones muy claras a su único hijo: legaba sus libros y papeles a la Real Academia Gallega y, caso de ser posible, deseaba ser enterrado en La Coruña.

El primer deseo fue cumplido (9). Respecto al segundo, los directivos vacilaron entre trasladar los restos a mejor sepultura o dejarlos en donde estaba aguardando a que se cumpliera el tiempo reglamentario para llevarlos a Galicia.

José Fontenla Leal murió el 5 de diciembre, el 17 se celebraba una función gallega en el Teatro Nacional de La Habana.

Esta función, patrocinada por la "Sociedad Iniciadora y Protectora", se dedicaba a la memoria de Eduardo Pon-

(8) «Fontenla murió pobre, en un Hospital... Gallegos, ha desaparecido el más abnegado de los nuestros», «El Diario de la Marina», 7 diciembre de 1919. «En el más cruento abandono expiró el apóstol de la cultura gallega, José Fontenla Leal...». «El Imparcial», 9 diciembre de 1919.

(9) La biblioteca legada por José Fontenla Leal a la Real Academia Gallega consta de 557 volúmenes, 103 folletos y revistas, amén de su archivo y correspondencia personal. En su mayoría los libros son gallegos o se refieren a Galicia, pero también se encuentran algunos de autores como Chateaubriand, Flaubert, Camoens, Heine, Madame de Staël. Fontenla era hombre de gran finura espiritual y se dice que fue un buen dibujante.

dal y tenía como principal objetivo económico recaudar fondos a fin de que la Real Academia Gallega pudiera amueblar las salas que, en el palacio de María Pita, acababa de cederle el Ayuntamiento de La Coruña (10).

Como era de preveer que muchas entidades galaicas enviarían flores para colocarlas debajo del gran retrato de Pondal, la junta directiva de la "Sociedad Iniciadora y Protectora" decidió que esas mismas flores serían el postrer y único homenaje dedicado a honrar la memoria de José Fontenla Leal.

Y así, al día siguiente de celebrarse la función, el 18 de diciembre de 1919, la tumba del obrero ferrolano se cubrió de ramos y de coronas. Luego, la misma junta, se encargó de ponerle una lápida a la sepultura. Aún seguía hablándose de cumplir el postrer deseo de Fontenla. Pero pasó el tiempo y vino el olvido.

¿Quién se acordaba ya de José Fontenla Leal?

Sus restos acabaron perdiéndose.

EL BALLET DE BUENOS AIRES

Tenía en mis manos el programa y estuve mirando la roja cruz respunteada de su portada (dibujo de Cordeiro), quebrada en el centro por una vieira que sostiene entre sus alvéolos el escudo gallego del Santo Grial.

Luego leí lo escrito en letras azules:

"Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires. Teatro Colón. Centro Gallego de Buenos Aires. Día de Galicia, 1971".

En la primera parte, nos ofrecían el ballet "Romeo y Julieta", con música de Sergei Prokofief, coreografía y "re-

(10) Lo más sobresaliente de aquella velada fue el recital de piano a cargo de la gran artista María Muñoz de Quevedo, nacida en La Coruña en 1896, premio extraordinario del Real Conservatorio de Madrid, discípula de Falla.

gie" de George Skibine, escenografía y vestuario de Peter Hall. Los primeros bailarines eran Nancy López, como "Julieta" y José Neglia, como "Romeo".

Antes de comenzar la función, Martínez Lamela hizo grandes elogios del ballet de Buenos Aires y me habló largamente de su primera bailarina, Norma Fontenla.

Me enteré entonces de que la gran Norma Fontenla, de fama internacional, era hija de gallegos y que ella misma se sentía muy unida a la tierra de sus padres.

Me fascinó el hecho de que su apellido, Fontenla, fuera el mismo que el del patriótico obrero del que me había acordado unos minutos antes mientras la Orquesta Filarmonica interpretaba el Himno de Galicia.

Le dije entonces a Lamela lo mucho que me hubiera gustado conocer a la Fontenla:

—Me da pena irme de Buenos Aires sin haberla visto —confesé.

Callamos porque ya se iniciaba el ballet "Romeo y Julieta" bajo el aliento de las inmortales palabras de Shakespeare:

"En la hermosa Verona donde acaecieron estos amores, dos familias rivales, igualmente nobles, habían derramado por sus odios mutuos, mucha inculpada sangre. Sus inocentes hijos pagaron la pena de estos rencores que trajeron su muerte y el fin de su triste amor...".

Nunca había visto un "Romeo y Julieta" tan impresionante como el que presentó el Teatro Colón.

Admirados por tanta belleza fuimos siguiendo las luchas tribales entre Capuletos y Montescos, la presentación de la gentil Nancy López "Julieta", la escena del "flechazo" amoroso en el baile, el idilio, la boda y, por último, el ya esperado desenlace cuando Romeo creyendo muerta a Julieta, al ver a Romeo moribundo, se da muerte con el puñal de Romeo.

Aunque tengo el corazón más bien sensible, no soy de esas personas que se emocionan en los cines y en los teatros ¿y verdad qué llorar a cuenta de Romeo y Julieta parece tan inocente como llorar a cuenta de "Love story"?

Sin embargo, en aquel "día de Galicia" y tanto el ballet como su trágico final lograron conmoverme. Tuve como una sensación de fatalidad y hubo un momento, mientras el joven bailarín José Neglia yacía extendido en el suelo, en que su muerte se me antojó un suceso real. Pensé que estaba de verdad muerto.

La sensación fatal se desvaneció cuando los bailarines se levantaron y, sonrientes, se inclinaron para corresponder a nuestros aplausos.

No fui yo la única persona que experimentó aquella súbita tristeza, aquella enervante sensación de fatalidad y de eminente tragedia. En el entreacto Adela —la mujer de Sánchez Millares— y Elvira —la de Corbacho Monteagudo— confesaron que se habían sentido acongojadas por el realismo de la escena final.

"Mismamente parecía como si estuvieran muertos", comentó Adela.

La segunda parte, aunque bastante menos artística pues corría a cargo de meritorios aficionados, resultó mucho más alegre. Se abrió la "Estampa Gallega" con el "alalá" de Morazón, con letra de Suárez Picallo y música de Paz Hiermo. Luego, entre gaitas, *alalás*, *foliadas*, *pandeiradas*, *pasacorridas* y *muiñeiras*, la Galicia *meiga* y campesina hizo acto de presencia en el gran escenario del Colón (11).

El día 12 de octubre de 1971, alrededor de las cuatro de la tarde, salimos de nuestra casa de Xanceda en dirección a Madrid.

Recorridos apenas unos kilómetros, nuestro coche comenzó a descomponerse mediante una serie de ruidos y tirones que tan misteriosos resultan siempre para las personas que no entendemos de mecánica.

Me dirigí entonces a Curtis con la esperanza puesta en la pericia del mecánico "Suro" pero, como era día festivo,

(11) Entre los coros y conjuntos de danza que participaron en la velada del Colón figuran los siguientes: «Rosalia Castro», «Residentes de Vigo», «Os Rumorosos», «Brétemas e Raiolas», «Danzas Novas» y «Casa de Galicia».

"Suro" se había ido a cazar y no hubo otro remedio sino aplazar el viaje y aguardar su regreso.

Instalada en "El Exprés" pasé un largo rato charlando con nuestros buenos amigos los propietarios y cambié algunas palabras acerca del tiempo con un vecino de Curtis que se quejaba de su bronquitis crónica. Después de todo esto cogí "La Voz de Galicia" que estaba sobre una mesa del café y por ella me enteré de una noticia que me llenó de estupor y de pena. Ocho de las estrellas del Ballet de Buenos Aires habían perecido en un accidente de aviación el día antes. El avión en el que viajaban, y que se dirigía a Comodoro Rivadavia, se estrelló en el Río de la Plata unos minutos después de haber despegado. Entre los muertos figuraba la gran bailarina Norma Fontenla y figuraba también José Neglia, el "Romeo" del Colón.

De nuevo aquella tarde en Curtis recordé aquella sensación de fatalidad, aquel presentimiento de eminente tragedia que se había adueñado de mí aquel día de julio de 1971 mientras los amantes de Verona caían falsamente muertos en el escenario del Teatro Colón de Buenos Aires.

UN PANTEON EN LA CHACARITA

Se leía en el programa de las "Xornadas Patrióticas": Sábado 24 de julio, 10 horas. Misa cantada en gallego en el Panteón Social de La Chacarita, oficiada por el Rev. P. Luis Villamarín Saavedra. Oración de homenaje a cargo de Victoria Armesto".

¡Pobre Victoria Armesto! Como le temblaban ese día las manos, como le temblaban las piernas ¿y su corazón? Su corazón era un "paxariño tolo". Es cierto que había escrito su "Oración" la noche antes, pero... ¿podría recitarla?

Entretanto el automóvil corría por una calle interminable, kilométrica, entre panteones y tumbas y tumbas y panteones. Estábamos en la gran ciudad de los muertos

bonaerenses, en La Chacarita. Cuando al fin el coche se detuvo delante de nuestro Panteón, grité acongojada:

—¡Ai! Esquecime das frores no hotel...

En el lavabo, metido en agua, había quedado el bonito ramo del lazo azul. Sentí rabia por mi descuido, por mi mala cabeza. Siempre me tenía que estar olvidando de cuanto se me encomendaba... el presidente del Centro Gallego me tranquilizó y, en voz baja comisionó a una persona, que partió para comprar un nuevo ramo.

Mirando hacia el Panteón Social recordé su historia.

Hacia el año 1925, cuando era presidente interino del Centro Gallego don Ramón Cabezas, comenzó a hablarse de la posibilidad de adquirir un solar para la futura necrópolis gallega en el cementerio de La Chacarita.

Se habló también entonces de que, aunque nuestros muertos serían enterrados lejos de su patria, querrían al menos tener el postrer consuelo de reposar sobre tierra gallega. Había que traerla. El señor Cabezas, comerciante adinerado y hombre patriótico, abrió con mil pesos una suscripción para su transporte.

El día 25 de julio de 1929 se colocó la primera piedra del Panteón Social (12). Un obispo muy aficionado a las cosas de Galicia —el de Temnos— lo bendijo así como las cuatro urnas que contenían tierra gallega.

Dicha tierra había venido a la Argentina en unos cofres, donados por el Banco Pastor. Era tierra recogida en la huerta de Rosalía de Castro, en Padrón, al pie de las murallas de Lugo, en Celanova, villa natal de Curros Enríquez y en Ponte Sampayo.

(12) Las gestiones formales con el municipio bonaerense se iniciaron en tiempos del activo presidente Francisco García Olano —1923-26—. Un concejal, J. M. Roberto Lavín, facilitó la concesión por lo que, en la asamblea plenaria de 1926, el Centro Gallego le nombró «socio honorario». El Panteón Social se hizo por concurso y, entre los 16 proyectos presentados, resultó elegido el del ingeniero civil Alejandro V. Verangot, representativo de la clásica arquitectura gallega románica con elementos compositivos y un deje mudéjar en los claustros. Su capacidad inicial era de 1.826 nichos y 300 urnas. Costó tres millones quinientos mil pesos. Rogelio Díaz, op. cit., pág. 94.

Los cofres iban provistos de los correspondientes certificados extendidos por jueces y notarios de los diferentes distritos porque nuestros emigrantes en Buenos Aires temían —y no sin razón— que si las legalísticas personalidades no lo vigilan, y no lo vigilan también don Eladio Rodríguez González y don Ricardo Pastor, los de La Coruña encargados de recoger la tierra eran bien capaces de simplificar la operación, rellenoando los cofres con arena de Riazor y diciendo: “Bah, tanto dará unha terra coma outra”.

Contemplé los claustros del Panteón Social, que son una reproducción de la Colegiata del Sar, miré a las columnas, semejantes a las del Pórtico de la Gloria, miré al *cruceiro* del remate y me acordé de una frase de Castelao:

“Na concencia do noso pobo... perduran as creencias ancestraes que o cristianismo foi demudando e conservando moi a paso. A morte sigue sendo a dona dos camiños aldeans e as cruces de pedra —todas elas cos brazos abertos— son imploracións que lle fazemos ao deus invencibel que nos vai levando”.

Entramos en la Iglesia donde, cara al Cristo de Asorey, el Padre Villamarín ofició la misa y luego predicó en gallego. La Iglesia se llenó de gente, algunas personas indicaban por su atuendo y por su melancólica disposición un luto reciente. Al iniciarse la ceremonia religiosa aparecieron los de la Televisión con sus cámaras, pero no molestaron, hicieron su trabajo y se fueron.

Penetrada de un intenso sentimiento religioso, nuevamente me acordé de unas palabras de Castelao:

“Porque nós, os celtas, amamos de tal maneira o espritoal que se non eisistiese a ialma, seríamos capaces de creala a forza de anceios, e se non eisistiese o Ceo, seríamos capaces de inventalo pra os nosos mortos”.

Acabada ya la misa, y teniendo apretado en mis manos el ramo de flores, bajamos por las escaleras del panteón y, andando por unos subterráneos cuyas paredes estaban cubiertas de nichos y urnas, pasamos delante de unas losas en donde estaban labrados los apellidos característi-

cos de nuestra región, al fin nos detuvimos delante de aquel que ostenta simplemente el nombre carismático:

“Castelao”.

Permanecimos al pie de su tumba durante un largo momento, en silencio.

Yo me acordaba del verso de Avelino Díaz (13):

¡Ouh mestre ben amado,
tí non te fuche, non estás ausente,
que por nós ben lembrado,
decote estás presente
no noso corazón i-a nosa mente!

Pensé también —¿cómo no iba a pensarlo?— en el futuro traslado de aquellos restos venerados, en cuando llegue el día que definió poéticamente Valentín Paz Andrade:

Na matricial Galiza, sempre tua,
que dend-a Torre d'Hercules ao Miño
un facho ascenderá por cada illa,
cando ti volvas pol-o mare... (14).

Sánchez Millares me hizo una seña a fin de que me adelantase y, mientras prendía las flores en la anilla del

(13) Avelino Díaz nació en Meira, Lugo, en 1897. A los trece años emigró a la Argentina donde vivió algún tiempo hasta que, abrumado por la saudade tornó a Galicia. Nuevamente emigra y recorre varios países ejerciendo diversos oficios, Cuba, Panamá, Venezuela, Perú, Chile. Definitivamente establecido en Buenos Aires desplegó una gran actividad de tipo periodístico y cultural en el seno de la primitiva Federación y de la «Irmandade Galega». Fue director de «Galicia» y de «Opinión Gallega», órgano de los centros pontevedrés y orensano, colaborador de «Celtiga». Su obra poética está recogida en dos libros «Debezos» y «Flor de Retama». Fino intelectual, hombre de mucha valía, Avelino Díaz se hacía querer de todos por su timidez y gentileza. Falleció en el sanatorio social del Centro Gallego el día 29 de marzo de 1971. Era académico correspondiente y, en la sesión de 8 de noviembre de 1971, en la Real Academia se dio cuenta oficial de su fallecimiento ocurrido casi al mismo tiempo que el de otro antiguo emigrante intelectual, Xulio Davila «A Nosa Terra», Buenos Aires, xunio de 1971.

(14) «Castelao na voz dos poetas», La Coruña, 1970.

nicho, me acordé de una carta anónima recibida antes de salir de Madrid, carta que sólo contenía un ruego: “Cando chegue a Buenos Aires poña un ramo de frores brancas e azues na tumba do noso Castelao”.

Desde su tumba pasamos a la de Ramón Suárez Picallo, que está casi enfrente, en donde nos recogimos nuevamente en silenciosa oración.

A la salida, ya en el Pórtico creado a imagen y semejanza de la Colegiata del Sar, vi que allí habían colocado una especie de atril al que me subí con sentimientos difíciles de explicar.

La gente hizo un coro a mi alrededor y luego apareció el Padre Villamarín, que es un hombre todavía joven, moreno, de rostro grave.

Pienso ahora que mi aspecto debía ser un poco raro.

Había dudado en si vestirme de negro, pero luego pensé que La Chacarita era fúnebre de más sin necesidad de enlutarme así que, como la mañana estaba nublada, me planté una gabardina de tipo militar. Debajo de un sombrero negro de alas anchas, de esos que se estilaban en Londres hace un par de temporadas, mi rostro sin afeites estaba lívido.

Desechando el texto que llevaba escrito, dije entonces mi oración a nuestros muertos.

Mi primer pensamiento fue dirigido a Castelao, lo cual era lógico y cualquier gallego puesto en mi lugar hubiera hecho lo mismo, pero también era natural acordarse de Ramón Suárez Picallo, diputado por mi ciudad, símbolo del emigrante que conoció, en igual medida, el éxito y la desgracia. Quizá ya no era tan lógico acordarse, cómo yo hice, de Manuel Cordero pues ¿quién se acuerda hoy de él como no sea para referirse a aquello de los “enchufes”?

Mi recuerdo tiene una explicación. Antes de realizar el viaje a la Argentina y mientras estudiaba los libros preparatorios, conocí su vida y su pureza moral unida a tanta desgracia me impresionó. Entonces, todavía en Madrid, prometí dedicarle un recuerdo que sirviera a modo de desagravio póstumo.

En estos tres gallegos, muertos lejos de su tierra, yo quería simbolizar por un lado el dolor de la diáspora y por el otro el peso de una tragedia histórica que todavía gravita sobre todos nosotros.

Pero al mismo tiempo yo me acordaba también de la muchedumbre de los gallegos pobres, desconocidos, humildes, aquellos que salían de Galicia en las sucesivas oleadas migratorias, aquéllos que se embarcaban en los barcos negreros, aquéllos a quienes metían en el siniestro "Hotel de Emigrantes", aquéllos que recorrían Buenos Aires con un baúl o con un saco al hombro, sirviendo a modo de "coolis" europeos; yo me acordaba de los cargadores, de los marineros, de los mineros, de los trabajadores del campo, de los sirvientes, de los barrenderos... me acordaba de aquéllos que no tuvieron suerte, de aquéllos que enfermaron y escupían sangre, me acordaba de los muertos sin nombre y, tan unida a ellos me sentía, que tenía ganas de gritarles: "Vos sodes nos e nos somos vos".

Nunca he sentido tan claramente como aquel 24 de julio de 1971, en el Panteón Social del Centro Gallego, que los muertos y los vivos somos una misma cosa.

LA MUERTE DE CASTELAO

Castelao comenzó a sentirse mal en el año 1947 hallándose en París pero, a fin de no inquietar a Virginia, nada le dijo.

Un día, saliendo de una sesión política, Castelao tuvo un desfallecimiento y, semi desvanecido, se refugió en un portal. Estaba solo, por fortuna fue reconocido por alguien que avisó a los participantes vascos con los que Castelao sostenía una relación muy íntima y a los que quería mucho.

Salieron pues los vascos en su busca, le metieron en un taxi y le acompañaron hasta la modesta pensión donde se alojaba.

Virginia se alarmó y fue ella quien más insistió a fin de que regresaran cuanto antes a Buenos Aires en donde

tenían su casa en la calle Belgrano 2.605, donde estaban sus amigos y, si eran necesarios, los servicios médicos del Centro Gallego.

Fue también ese mismo año cuando Castelao —a quien había gustado mucho el tabaco— dejó, acaso por prescripción facultativa, casi por completo de fumar. A partir de entonces sólo fumaba algún pitillo ocasional, siempre a espaldas de Virginia.

Entretanto, en aquel mismo verano de 1947 (verano nuestro, invierno de ellos) don Ramón Otero Pedrayo era invitado de honor del Centro Gallego. Tras participar en las "Xornadas Patrióticas", tras impresionar con su barroca elocuencia a nuestros paisanos, se subió a un avión para trasladarse a Mendoza en donde le reclamaban los del Centro Gallego.

Era, según creo, el primer viaje aéreo de don Ramón quien, en su juventud, aún conoció la vieja carrilana santiaguesa.

En el avión don Ramón iba pensando en Castelao y se dolía de no haberle encontrado en Buenos Aires. Ya en Mendoza le llegaron las noticias de su regreso y la alegría de Otero Pedrayo fue muy intensa. No obstante, cuando don Ramón se encontró con Castelao en Buenos Aires, se dio cuenta de que Castelao no estaba bien de salud y por ello su primera entrevista estuvo presidida por aquel fuerte sentimiento de angustia.

Otero Pedrayo y Castelao no se habían vuelto a ver desde el año 1936. Su última entrevista tuvo por escenario la estación del Norte, unos pocos días antes de los acontecimientos de julio. Don Ramón, apartado de la política, había ido a Madrid por asuntos profesionales. Unos minutos antes de que saliera el exprés, Castelao tuvo el presentimiento de lo que iba a ocurrir y de que él no podría ya nunca volver a Galicia. Así se lo dijo a don Ramón quien, con su habitual optimismo, trató de animarle. Sin embargo, también don Ramón se conmovió y recuerda que, cuando arrancó el tren y allí quedaba Castelao sólo en el andén, las lágrimas le corrían por la cara. Nuevamente lloraron al encontrarse, once años más tarde, en Buenos Aires:

—Choramos polos mortifios —diría máis tarde don Ramón— sin negar as bagoas ós arredados e fuxidos de entre nos (15).

En el curso de una de aquellas largas conversaciones, y hallándose presente Rodolfo Prada, Castelao habló de Vicente Risco en estos términos:

—Cando volva a Galiza e atope a Risco, doulle unha rabacada e cae ao chao, e cúspolle nun ollo... pero dispois —añadía sonriendo— recolloo cos brazos, érgoo e doulle un abrazo, e póñome a chorar con il porque ¡debésmolle tanto!

“Cando volva a Galiza”, con frecuencia estas palabras asonaban a sus labios. Una vez, una de esas personas de poco tacto que por desgracia tanto abundan en el mundo, le dijo que tenía que ir a Galicia para morir:

—Non —le respondió enfadado Castelao— a Galiza quero ir a vivir, non a morrer.

Paulatinamente se acrecentaba su morriña, la angustia por el regreso. Por aquel tiempo fue a despedirse de él un amigo que se iba para La Coruña y Castelao le dio este encargo:

—Chegando, percuras un piñeiro e daslle por min unha aberta e un bico.

Cuando al fin le llegó al propio Otero Pedrayo la hora de embarcarse, Castelao no tuvo valor para acompañarle hasta el barco. Se despidieron en una esquina de la calle Belgrano, cerca del Centro Gallego.

Los dos amigos lloraron de nuevo amargamente. Don Ramón comprendió que esta vez era su despedida, que nunca más volverían a verse, que Castelao no volvería nunca —cumpliéndose su triste vaticinio de la estación del Norte— a Galicia...

—O día 5 de setembro —recuerda don Ramón— apreitei contra o meu peito por derradeira vez o corpo xa levián de Castelao, e coido decir verdade si escribo como todos

(15) Ramón Otero Pedrayo, «Por os vieiros da saudade», Vigo, pág. 197.

nos nas conversas na casa de Castelao tiñamos a seguridade de que Castelao non había de voltar vivente a rubir a escaleira onde agardaban por il os mitolóxicos mariñeiros, cada día Castelao faziase máis transparente, máis esprito (16).

Castelao, aparte de sus otros padecimientos, sufría de la tortura de estar casi ciego. De un ojo ya no veía nada y del otro: “Vexo —aplicaba— como por un buratiño”. Este “buratiño” era su único rayo de luz, la sonda luminosa que aún le separaba del mundo de la perpetua sombra y, siendo tan leve, era suficiente como para permitirle continuar su trabajo. Hora tras hora, día tras día, semana tras semana con paciencia de beneditino seguía dibujando. Entre sus últimas obras figura ese hermoso cuadro del gaitero que hoy está en el Centro Orensano de Buenos Aires y la “Romería” en tonos ocres que fue el regalo de boda de Castelao al hijo de su amigo Rodolfo Prada.

En el curso del verano 47-48 (nuestro invierno) Castelao, a quien trataba clínicamente el doctor Sánchez Guisande, experimentó una mejoría. Ya en el invierno tuvo suficientes energías como para servir de mantenedor de las *Xornadas Patrióticas* de 1948.

Fue entonces cuando, el día 25 de julio, en la tribuna del Centro Gallego, Castelao pronunció su famoso discurso “Alba de Groria” (17).

El discurso, que muy pocos gallegos podrán leer sin que se les humedezcan los ojos, comienza con estas palabras:

“Si no abrante d-este día poidéramos voar sobor da nosa terra e percorrela en todas direicións, asistiríamos a maravilla d-unha mañán única... unha alborada de groria”.

Castelao expresa en primer término “a saudade dos emigrados pol-a terra lonxana e endexamáis esquecida”, así como la belleza de esta misma tierra. Una belleza que hierre al emigrante el cual, mientras está evocando una jorna-

(16) Ramón Otero Pedrayo, «O libro dos amigos».

(17) Alfonso R. Castelao. «Alba de Groria», edición homenaje del Centro Gallego de Buenos Aires, Buenos Aires, 1951.

da alegre, siente que su corazón está lleno de angustia porque —dice Castelao— “¡cómo se tornan tristes as alegrías evocadas lonxe da patria!”.

De esta tierra lejana, jamás olvidada, surge en esta alborada de gloria la prodigiosa Santa Compañía o procesión de los muertos ilustres de Galicia a cuya cabeza marcha Prisciliano.

Castelao va evocando a obispos, arzobispos y condes “montados en bestas negras, señores feudales que non podían vivir en paz nin consigo mesmo”, detrás de los feudales van los irmandiños, y detrás de los irmandiños, monjes, sabios, exploradores, guerreros, literatos... Castelao no se olvida de nadie. Se acuerda hasta de doña Emilia Pardo Bazán que es la penúltima de la procesión gloriosa, el último —todavía no descarnado— es don Ramón del Valle Inclán.

¿Adivinaría Castelao qué él mismo estaba destinado a formar parte de la inmortal cadena? Posiblemente no pensaba en ello.

“Levaba a groria —dice don Ramón Otero Pedrayo— sin se decatarse”.

Finalizadas las “Xornadas Patrióticas”, Castelao decayó de un modo visible pero al mal que le aquejaba no se le puso un nombre hasta iniciado el mes de marzo.

Fue en marzo de 1949 cuando el doctor Miguel F. Pastor, que volvía de sus vacaciones estivales para hacerse cargo de su sección médica —en el servicio de Vías Respiratorias— del sanatorio social del Centro Gallego, recibió la visita de su amigo y colega el profesor Gumersindo Sánchez Guisande quien, de paso que le entregaba una radiografía de tórax, le pidió su opinión diagnóstica acerca de la misma (18).

El doctor Pastor examinó la radiografía y, como el rostro de Sánchez Guisande revelaba una gran preocupa-

ción, no se atrevió a decirle la verdad sin saber previamente si la radiografía era suya.

—No —respondió Sánchez Guisande— no es mía...

Entonces el doctor Pastor le dijo que se trataba de un cáncer de pulmón (pancoast) del más grave y desgraciado que se podía padecer.

—¡Es de Castelao! —confesó entonces desolado el doctor Sánchez Guisande— es de nuestro amigo...

Los dos médicos se quedaron mudos y el doctor Pastor pensó “en el destino injusto y cruel, en el vía crucis que le aguardaba a Castelao”.

Luego el doctor Pastor le explicó al Doctor Sánchez Guisande “el largo peregrinaje doloroso y fatal por el que, desde aquel momento, iba a transitar el gran gallego de nuestra época, el hombre perfecto en sus ideas y cabal en su conducta...”.

El diagnóstico fue comunicado a los íntimos amigos de Castelao, a Rodolfo Prada, a Manuel Puente, a Manolo Silva... ninguno de ellos podía creerlo ni atinaba a reaccionar. A Virginia siempre se le ocultó la verdad. Nunca conoció el terrible diagnóstico y su inevitable desenlace.

“Fue el profesor Sánchez Guisande —continúa Pastor— el encargado de llevar, con sabiduría y dolor, ía difícil situación de efectuar el tratamiento que planificamos los dos.

A Castelao se le dijo que sufría de un proceso infeccioso en el pulmón izquierdo que precisaba largo y variado tratamiento y que se contaba con su capacidad para sufrir y con su fe”.

“Es menester precisar —añade Pastor— que este tipo de cáncer de pulmón no sólo es incurable desde su inicio, sino que es tremendamente doloroso y que la terapéutica con calmantes es de escasa eficacia”.

Castelao se reveló como un enfermo obediente y estoico. Desde el principio de su enfermedad llevaba cuenta de los diversos tratamientos a los que se sometía. He tenido en mis manos la plantilla de inyecciones en la que, de su puño y letra, escribió lo siguiente: “Conta detallada do tra-

(18) «Pasión y muerte de Castelao», relato inédito escrito por el Dr. Miguel F. Pastor, con motivo de la inauguración del busto de Castelao en el Centro Gallego de Buenos Aires, en el curso de las «Xornadas Patrióticas» del mes de julio de 1971.

tamento de penicilina imposta polo Dr. Gumersindo Sánchez Guisande a favor do licenciado Alifonso (repito, *Alifonso*) Rodríguez Castelao, ano 1948”.

Por aqueles mesmos días en que el doctor Pastor le puxo un nombre a su dolencia, Castelao —como si le rozara el ángel de la muerte— le dijo a su amigo Rodolfo Prada que deseaba legar su obra al Museo de Pontevedra.

Pontevedra era, entre las ciudades gallegas, la que estaba más cerca de su corazón. Más cerca incluso que su villa natal Rianxo.

Quizá porque en Pontevedra había vivido los años decisivos de su vida, porque allí había muerto, a los 13 años, su único hijo, porque allí había sido diputado, porque en Pontevedra estaban unos vivos y otros (¡ay!) muertos, sus amigos más queridos... Por todo ello, “e aínda qué...” precisaba Castelao, era su deseo que el Museo, en cuya fundación él mismo había colaborado, heredara el único bien que poseía en el mundo: su arte.

No obstante expresar estas disposiciones melancólicas, aún Castelao se sentía capaz de vencer su dolencia:

—Eu non podo morrer agora —decía— porque aínda teño moito que fazer, a miña vontade de vivir val tanto ou mais que as medicinas dos médicos.

“Sánchez Guisande —prosigue su relato el Dr. Miguel F. Pastor— planeó con una constante asiduidad y con devoción amistosa, largos tratamientos que sabíamos inútiles pero que eran necesarios para llenar el tiempo y calmar el estado de angustia del enfermo y la ansiedad de su esposa...”.

“La radioterapia, que sus buenos amigos ayudaron a proporcionar, no fue de utilidad, como era de esperar”.

Pronto Castelao fue víctima de terribles dolores. Describía su situación diciendo que tenía un cuervo posado en el hombro y que este cuervo le picaba incesantemente en el pecho.

Cuando los dolores se presentaban decía:

—Xa está eiquí o corvo...

Cuando se acentuaban suspiraba:

—Xa está o corvo peteirando...

Este “cuervo” royéndole las entrañas atormentaba igualmente a Virginia que, desde el principio de la enfermedad de Castelao, no se apartaba de su lecho. Advirtiendo en que no reposaba y que ella misma podía caer enferma, el presidente del Centro Gallego quiso enviarle una enfermera para que velara al enfermo de noche. Virginia rehusó.

Siempre ignorante del carácter fatal de la dolencia de Castelao, Virginia confiaba en su restablecimiento.

Los doctores Miguel F. Pastor y Manolo Silva acostumbraban a visitar a Castelao dos veces por semana, todos los martes y los jueves. Llegaban por lo regular a su piso alrededor de las cinco de la tarde y, después de examinarle, se quedaban de tertulia hasta las nueve de la noche.

Con Manolo Silva, Castelao siempre hablaba de Pontevedra. A veces tenía que interrumpir la conversación y, aquejado por aquellos dolores inhumanos, dejaba escapar un débil lamento. Al despedirse le decía a Pastor: “No se olvide que confío en usted”, y el médico del Centro Gallego se desesperaba impotente oyendo estas palabras.

Un día, cuando Castelao tenía el brazo derecho inmovilizado para evitar la exacerbación del dolor, hablaron de religión.

Castelao le dijo al Dr. Pastor que él rezaba una sola oración, la única que creía verdadera: el Padrenuestro, que había sido dicha por Jesucristo en el Gólgota poco antes de su muerte, durante el tremendo dolor de la crucifixión.

A su amigo Rodolfo Prada, Castelao le habló también otro día de la pasión de Cristo.

El cáncer fue avanzado y, al tomar los ganglios del mediastino, provocó un trastorno en la circulación venosa de la cabeza.

A Castelao se le hinchó la cabeza en tal forma que no se le reconocía. Entonces le dijo al médico:

—Querido amigo Pastor, ya perdí la vista y ahora pierdo la imagen conocida de mi persona ¡qué desolador! (19).

“Le contesté —recuerda Pastor— que le devolveríamos sus rasgos físicos, que volveríamos a tener la imagen del Castelaio que todos conocíamos. Hablé con el Dr. P. Fernández, radioterapeuta, y le pedí que le hiciera aplicaciones de radioterapia en el mediastino para disminuir el volumen ganglionar y permitir, de nuevo, una circulación normal de la cara. El amigo Rodolfo Prada y otros se encargaron de llevarle diariamente a la clínica y se consiguió un resultado muy eficaz. Castelaio volvió a recuperar sus rasgos y siguió siendo el mismo en su presencia facial...”

Un día, cuando aún estaba relativamente libre de tormentos, Castelaio recibió la visita de su amigo Manuel Puente (20), que era uno de los hombres más adinerados de la colectividad gallega de la Argentina, y en el curso de la conversación le dijo:

—Vostede don Manoel non sabe unha cousa, eu son o home mais rico que hai no mundo...

Puente le miró con asombro preguntándose que quería decir y sonriendo, Castelaio continuó:

—Vostede pensa que estou delirando... voulle a decir por qué son rico: adoeceín, estanme tratando os millores médicos, trouxeron de Londres un remedio, cando dicían que o millor pra min fora a asistencia da Clínica Mayo, don Claudio Fernández (21) ofrecéuse a fretar un avión, teño un “colchón pluma”... —Castelaio entonces cogió la mano de Puente y le preguntó amistosamente: “¿e sabe por qué todo isto don Manoel? Eu fun diputado pero non fun ministro, nin lle puden fazer favores a ninguén, de

(19) Dr. Miguel F. Pastor, relato inédito.

(20) Don Manuel Puente era natural de la parroquia de Oleiros, en Salvatierra de Miño, hizo su gran fortuna como joyero, cuando le conoció Castelaio ya estaba retirado de los negocios.

(21) Don Claudio Fernández había comenzado su vida profesional como chófer llegando a tener grandes intereses en la rama del automóvil. Era hombre sencillo y franco, de admirables sentimientos.

maneira que soio encontro unha explicación destes agasallos da fortuna: a de sere un patriota galego”.

Ya el fatídico “cuervo” nunca se despegababa de su pecho y el malherido Castelaio le dijo a Pastor que en las noches de insomnio había contado tantas ovejas y otros animales que creía haber terminado con todas las especies zoológicas.

“Agotada toda la terapéutica antidolorosa, el Dr. Gumerindo Sánchez Guisande, el Dr. Pastor y los otros médicos que atendían a Castelaio se reunieron en consulta.

“Agobiados por el sufrimiento de Castelaio y por la angustia de doña Virginia —explica el Dr. Pastor— decidimos como último recurso para quitarle el dolor que se le practicara una operación quirúrgica a la que se recurría mucho entonces, la *lobotomía*. Consiste en la sección del lóbulo frontal del cerebro para evitar la conciencia del dolor”.

Castelaio tenía que trasladarse al sanatorio social del Centro Gallego donde sería operado.

Se había entrado ya en el mes de enero de 1950.

Rodolfo Prada, conduciendo su automóvil, fue a recoger a Castelaio a su casa de la calle Belgrano 2.605. Mientras Manolita subía en el ascensor para prevenir y recoger al enfermo, Rodolfo Prada —que no había podido estacionar delante de la casa— aguardaba en el coche.

Nunca, desde el día en que falleció su madre, había estado Rodolfo Prada tan triste, tan agustiado.

Al cabo de un período de tiempo que al amigo se le antojó eterno, Castelaio apareció en el portal de su casa. Delgado, macilento, extenuado por los largos meses de dolor, seguía siendo el mismo Castelaio de siempre. Virginia y Manolita —la mujer de Prada— le sostenían cada una por un brazo y fue entonces cuando Castelaio al ver a Prada comenzó a tatarrear el famoso estribillo de “La Verbena de la Paloma” al paso que, fingiéndose don Hilarión, trataba de imprimir a su paso vacilante un aire chulesco:

Una morena y una rubia
hijas del pueblo de Madrid...

Desconcertado por este recibimiento, Rodolfo Prada no pudo —a pesar de su pena— resistir la risa.

—Sempre o mesmo Daniel, sempre o mesmo —murmuró Rodolfo mientras le acomodaba en su coche.

Ya instalado en una habitación del sanatorio del Centro Gallego, Castelao, al verse rodeado de todos los médicos, les dijo suavemente:

—Para ustedes sin duda esto de la operación es cosa sin importancia, es rutina.

Luego, volviéndose hacia Prada, añadió con marcado acento irónico:

—A min os médicos non me queren. Eu son como un crego renegado.

Era ya costumbre vieja en Castelao burlarse de la profesión que él había elegido y que sin duda había amado mucho. En "O Retrato", aquel delicioso cuento escrito en el año 1922, Castelao dice: "Por amainala concencia guindei o meu tíduo de médico no fondo dunha gaveta, e busquei outra maneira de me valer. As xentes xa non sabían que eu era dono de tan tremenda licencia oficial".

Años más tarde le preguntó un periodista: "¿Qué sintió o día en que se fixo médico?" y Castelao responde: "O mesmo que cando me deron a licencia de caza". En otra ocasión le dijeron: "Sabes que morreu Fulano, inda que o asistían cinco médicos..." "Home —dijo riendo Castelao— ¿qué queredes? ¡si eran cinco contra un!" (22).

Castelao vio llegar la hora de la operación sin perder aquel estoicismo que le acercaba a las grandes figuras de

(22) No obstante haber sacrificado su profesión en aras del arte y de la política, algunas personas bien informadas creen que Castelao hubiera podido llegar a ser un gran médico. En el curso de la epidemia gripal del año 1918 Castelao, que aún ejercía, desarrolló una labor tan meritoria que se quiso pedir para él la Cruz de la Beneficencia, a lo que Castelao se opuso. Ver Ramón Fernández Mato: «Castelao o la lealtad recompensada» en «El Correo de Galicia», número especial dedicado a Castelao, Buenos Aires, 15 de julio de 1971.

la antigüedad clásica. Serenamente se despidió de la atribulada Virginia, a la que el siempre llamaba "Choliña", y se despidió también de sus amigos íntimos que hacían esfuerzos sobrehumanos para contener las lágrimas.

Mientras le trasladaban en una camilla e iba rodando hacia el quirófano, Castelao aún tuvo aliento para contarle un último cuento a una de las enfermeras que le acompañaban: en una inundación acaecida en Padrón, Galicia, fallece un individuo. El muerto va al cielo y San Pedro le conduce hasta una estancia en donde se encuentran otros bienaventurados a los que el de Padrón trata de impresionar describiéndoles aquella violenta tempestad en el curso de la cual él mismo había perecido. Todos los presentes parecen compadecerse y espantarse con su relato excepto uno que no cesa de reír. "¿Y de qué se ríe?" inquiriere finalmente el ahogado. "Yo soy Noé" le respondió el otro.

¿Por qué razón se acordaba Castelao del cuento de Noé y el de Padrón en la hora en que iba camino del quirófano?

Yo no lo sé, lo que si sé es que el propio Castelao había asociado este mismo relato con el advenimiento de una tragedia nacional. El mismo nos lo cuenta con estas palabras:

"Eiqué en Gante, admirando "la Adoración del Año Místico", colleume a nova do Desastre do Anual, cecais amargurado lembreime daquil probe home do Padrón que morréu afogado nunha chea do río e logo no ceo intentou asombrar a Noé" (23).

El Dr. Oribe, neurocirujano del Centro Gallego, se encargó de practicar la lobotomía. Castelao sobrevivió la operación pero ya no recobró el conocimiento. En muy grave estado aún vivió unos cuatro días y cuando falleció, en la madrugada del 6 de enero de 1950, con él estaban Virginia, los doctores Sánchez Guisande y Pastor y unos pocos amigos.

(23) Castelao, «Escolma Posible», prólogo y selección de Marino Dónega. Editorial Galaxia, Vigo.

Castelao tenía al morir 64 años. Había nacido también en un mes de enero en Rianxo, La Coruña, un 30 de enero del año 1886, hijo del patrón de pesca Mariano Rodríguez y de su esposa Joaquina Castelao. Los padres querían que se llamara Daniel pero el licenciado Xosé Magariños, cura párroco de la Iglesia de Santa Coloma donde fue bautizado decidió, por su cuenta y riesgo, imponerle el nombre de Alfonso.

Parece ser que don Xosé Magariños era hombre de muy intenso sentimiento monárquico y por ello quiso darle el nombre del futuro rey de España, aún no nacido pero del que ya se sabía que caso de ser varón iba a ser llamado Alfonso XIII.

Menos monárquicos que el cura, a los padres de Castelao les disgustó el cambio y en familia siempre le llamaron Daniel.

Sólo a la hora de su muerte en Buenos Aires se supo que en la elección del licenciado Magariños intervino un sentimiento profético.

Aquel niño de Rianxo, llamado Alfonso como un posible rey de España, estaba marcado por el carisma de los elegidos y él mismo sería para su pueblo como un príncipe de la inteligencia, del arte y de la virtud.

El cuerpo de Castelao fue embalsamado en el mismo Centro Gallego por el Dr. Gumersindo Sánchez Guisande al que servía como ayudante su hijo, el Dr. Wenceslao Sánchez de la Vega, ambos médicos, de la ilustre familia gallega, representaban en la emigración a la Escuela de Medicina compostelana de origen medieval.

Domingo Maza, el gran escultor ya fallecido, se encargó de sacar la mascarilla de Castelao que, envuelto en la bandera de Galicia, yacía en el gran hall del Centro Gallego. Su velatorio tuvo un carácter de pesar multitudinario; no se tiene memoria de nada semejante en los anales de la emigración gallega.

De la noche a la mañana el medio millón de gallegos de Buenos Aires sufrieron aquella experiencia dolorosa que —años más tarde— sería descrita por Eduardo Blanco Amor:

“Al sentimiento inmediato de su desaparición se unía la certeza de la pronta orfandad en que había de dejarnos su presencia sentida en irremplazable hueco, dejándonos día a día por los caminos de la ya irremediable saudade, desvaneciéndose de su historia para ir al encuentro de su leyenda: transfiguración y lejanía presente en que se nos trueca a los gallegos todo lo que ha sido substancial en nuestra vida de personas o de pueblo (24).

El entierro de Castelao reveló la extensión y la profundidad del dolor colectivo de los gallegos. El magno cortejo, con vehículos que cubrían más de medio kilómetro, hacía pensar a los espectadores ignorantes de la identidad del muerto, que se trataba del sepelio de un gran estadista extranjero, acaso del de un antiguo presidente de una República...

Según Blanco Amor, el coche fúnebre era seguido por veinte carrozas cargadas de ramos y de coronas. Don Daniel elevaba el número de carrozas floridas a cuarenta.

Algunos, entre los asistentes, creen haber visto a un negro en el entierro de Castelao. Su presencia les extrañó porque no abundan los negros en la Argentina. No falta quien atribuye un cierto misterioso significado a la aparición del negro que por lo visto iba llorando. ¿Se trataba de una persona *real*, o era el espíritu o el símbolo de una raza marginada a la que Castelao había querido entrañablemente y por cuyo arte se había sentido siempre tan singularmente atraído?

Castelao recibió sepultura provisional en un nicho del Panteón Social del Centro Gallego en el cementerio de La Chacarita de Buenos Aires. El presidente don José Villarín halló las palabras que mitigaron la angustia de aquel sepelio:

“Donde él esté, estará también Galicia” (25).

(24) Eduardo Blanco Amor, «Evocación de Castelao», en «La Vanguardia» de Barcelona, 15 de enero de 1970.

(25) «A Nosa Terra», número especial dedicado a Castelao, núm. 474, año XXXII, Buenos Aires, 1950.

Eduardo Blanco Amor, uno de los más finos intelectuales con que contaban los gallegos de la Argentina en el año 1950, se encargó de la oración fúnebre y en ella dijo:

“Nadie en Galiza, nin home histórico nin persoa vivente, acadou coma Castelao semellante suma de amor. Amábano, si ben en voce baixa, aínda os seus adeversarios políticos, que nemigos nunca tivo; aquiles que, quizavés, mitigaban con ise amor sagrado i espiatorio o remordimento de non teren cumprido o seu deber”.

RODOLFO PRADA

Rodolfo Prada fue el íntimo amigo de Castelao y estuvo a su lado desde que el maestro desembarcó en Buenos Aires hasta el triste día en que falleció en el Sanatorio del Centro Gallego.

Rodolfo Prada nació en Los Peares en la vieja estación del ferrocarril que su padre había alquilado a la Compañía Ferroviaria y donde había montado una tienda.

La madre de Rodolfo, Felisa Chamocín, era una mujer muy interesante, de fuerte personalidad y con tantas condiciones para el mando que, según su hijo, de ser hombre hubiera llegado a general. Mucho de su carácter enérgico le venía, seguramente, por herencia paterna, el padre de doña Felisa era el director de la banda municipal de Orense y se llamaba Manuel Chamocín.

Era este Manuel Chamocín nacido en Simancas (en donde tanto penó Rosalía) y, según Rodolfo, llegó a Orense como músico del Regimiento de Murcia.

Estoy hablando, naturalmente, del siglo pasado. Manuel Chamocín dejó el ejército y se enamoró de una gallega de Barra de Miño.

Chamocín fue nombrado director de la Orquesta Municipal de Orense y dirigía los famosos conciertos de la Alameda.

En torno a su orquesta se formaban tres *paseos*. Por el centro se imponían las autoridades y personas importantes,

por los laterales se codeaban los soldados con el pueblo. Las clases nunca se mezclaban y, si algún rillote era lo bastante audaz como para introducirse en el espacio celosamente reservado al *señorío*, bien pronto aparecía un *municipal* que, agarrándolo por el pescuezo, le ponía en el sitio donde debía estar.

Aquel paseo de las *clases* no era exclusivo de Orense; se producía también en las restantes provincias gallegas.

Entonces los directores de banda no dirigían con batuta sino con un cornetín.

Manuel Chamocín, muy inteligente en su profesión, adolecía de un carácter exaltado y fogoso.

En uno de aquellos respetabilísimos conciertos, a uno de los músicos que por algún motivo le desafió, Chamocín le tiró el cornetín a la cabeza. Al día siguiente fue destituido y el ex-director de la banda Municipal tuvo que hacer lo mismo que tantos otros gallegos: emprender el camino del exilio.

Marchó a La Habana y le fue muy bien. En pocos años volvió, cargado su cinto de “centenes” de oro. Se reunió con su esposa e hijos en Barreira de Miño y allí lo primero que hizo fue comprarse un caballo con el que, un día sí y otro no, iba a Orense donde tuvo la desgracia de aficionarse al juego, perdiendo pronto en el Liceo todo el dinero que había ganado en las Américas.

Nuevamente tuvo que emigrar para reponerse. Rehizo su fortuna en Cuba y tornó a Orense colocándose como profesor de música en el colegio de los Milagros.

Como Chamocín era un hombre un tanto libre en su manera de hablar y entonces eran tiempos más recatados, siempre se colocaba un fraile a su lado mientras él daba las clases para vigilarle, pues los piadosos monjes temían que se le escapara alguna palabra fuerte.

Un día, en efecto, Chamocín dijo algo inconveniente, el fraile le reprendió y ambos se enzarzaron en una discusión muy violenta que acabó con la expulsión de Chamocín.

Entonces el abuelo de Rodolfo Prada, siempre enamorado de la música, organizó una banda con los niños del

Asilo, banda que llamó poderosamente la atención y obtuvo tantos éxitos que, finalmente, el Ayuntamiento de Orense decidió reponerle como director de la Banda Municipal.

Manuel Chamocín tuvo posiblemente la muerte que deseaba: murió dirigiendo su orquesta un domingo en la Alameda. De sus manos yertas le sacaron el cornetín.

El padre de Rodolfo Prada también fue un hombre de gran personalidad y sentido comercial. Perfecto Prada, que era natural de Velle, hizo un buen negocio cuando le alquiló a la Compañía Ferroviaria la vieja estación de madera y montó una tienda pues, con la construcción del ferrocarril y de los caminos de enlace, Peares se había convertido en un centro de mucho tráfico en donde trabajaban unos 400 obreros.

Perfecto Prada y Felisa Chamocín tuvieron once hijos; salvo seis, los demás fallecieron a poco de nacer.

Un día la familia Prada tuvo la desgracia de perder su tienda en un incendio y descubrir que no sólo no estaba asegurada, cosa que evidentemente conocían, sino que la Compañía del Ferrocarril les exigía una indemnización.

Así las cosas no quedaba otro camino abierto que no fuera el del exilio. Perfecto, Felisa y los seis chicos se embarcaron en el año 1902. Al llegar a la Argentina a Perfecto le ofrecieron un cargo, el de administrador de una finca de viñedo en Mendoza.

En esta ciudad vivió Rodolfo hasta el año 1910 en que, habiendo enfermado su madre, con ella retornó a Galicia. Dos años más tarde volvió a la Argentina, se colocó en un Banco inglés y se enamoró de una linda gallega, Manolita Fraga, que le dio calabazas.

Decidió entonces Rodolfo reintegrarse a Galicia, pero, cuando le vio en el barco, Manolita recapacitó y la estancia de Rodolfo en España duró tan solo nueve meses.

Manolita, señora de Prada, es hija de padre coruñés y madre italiana. Su padre, José, era hermano de Enrique Fraga el popular agente de la Compañía hamburguesa en La Coruña.

Daría, una de las hermanas de Rodolfo Prada, se casó en Mendoza con un muchacho de Nogueira de Ramuín

que se llamaba Camilo Lama el cual tenía un negocio de armería.

En el año 1918, Camilo Lama demostraría su fortaleza económica, al liquidar en Mendoza sus negocios, reintegrándose con los suyos a Galicia. Se radicaron en Orense. Puso a su hijo mayor, Rodolfo, a estudiar en el Colegio Ferrín donde fue compañero de otro chico que con el tiempo sería conocido como "Augusto Assía", Camilo Prada colocó los caudales americanos en la Banca Pedro Romero. Tuvo más suerte con el colegio del hijo que con el banco pues éste, como es sabido, quebró llevándose, entre otros, los ahorros del americano.

Sin desmoralizarse, Camilo Lama fue a Vigo estableciendo en esta ciudad una armería. Le iba muy bien con este negocio pero, al poco tiempo, se implantó la dictadura de Primo de Rivera y para comprar un arma había que pedir un permiso al Gobernador. Ante este nuevo revés el inteligente comerciante que era Lama transformó su armería en una tienda de deportes y artículos de viaje. Era en su ramo la primera de Vigo. Sus dos hijos estudiaron: Camilo en Londres y Rodolfo, el futuro gran constructor de fama internacional, se hizo ingeniero de Caminos en Madrid.

Hoy Rodolfo Prada, tío de Rodolfo Lama, es el representante general para toda América de uno de los grandes laboratorios internacionales. Es una de las más respetadas y queridas figuras de la colectividad galaica. Tiene un solo hijo que continúa la tradición familiar, tanto en la parte comercial como en la sentimental.

Me cuenta la historia de sus abuelos, la de sus padres mientras almorzamos en el Centro Lucense frente a un mural pintado por Luis Seoane.

Es una nueva Galicia la que estoy descubriendo. Una Galicia viril y tenaz.

RAMON SUAREZ PICALLO: ENTRE ESPAÑA Y LA ARGENTINA

Ramón Suárez Picallo nació en Veloy, provincia de La Coruña, el día 4 de noviembre del año 1894.

Veloy es una aldea de Sada semi-marinera y semi-labradora.

Los familiares de Ramón —como en general la gente del contorno— alternaban las faenas de la pesca con el cultivo de la tierra.

La familia de Ramón no era pobre, no lo era al menos para nuestro modesto *standard*. Poseían unas tierras, unas vacas y una pareja de bueyes que el padre, en épocas pertinentes, dedicaba al acarreo y distribución del “patexo”.

La madre de Ramón —mujer de enorme personalidad— se llamaba Teresa Picallo. A pesar de que era analfabeta, por lista y sabida en el pueblo se la conocía como “a escribana”.

“A escribana” tuvo once hijos varones y una sola hembra, que hacía el número doce. Se ilusionaba soñando con que sus hijos adquirieran la cultura de que ella se vio privada por sus circunstancias.

Teresa alentaba una auténtica pasión por saber y el anhelo materno de sabiduría fue heredado por sus hijos y, de un modo singular, por Ramón y por Juan Antonio al que decían “Antón”.

Los hermanos Suárez Picallo aprendieron las primeras letras bajo la dirección de un maestro excepcional, don Xosé Somoza e Eiris, natural de Villalba, hombre amante de Galicia, gran pedagogo.

Ramón hasta el final de su vida se acordó siempre de su primer (y único) maestro con gran devoción.

Ya crecidos, los jóvenes Suárez Picallo comenzaron a emigrar.

Tres de ellos, Ramón, Leonardo y Eduardo se fueron a la Argentina.

Ramón tenía 18 años cuando desembarcó de uno de aquellos barcos de emigrantes y se adentró en Buenos Aires.

Era Ramón un tipo muy gallego, muy celta. Semejantes a él debieron ser aquellos guerreros que, con sus gaitas, pasaron los Alpes detrás de los elefantes de Aníbal. Ramón Suárez Picallo era muy rubio, con el pelo casi color de esparto. Era de mediana estatura y tenía los ojos azules y un sinfín de pecas. Toda su vida mantuvo aquel aspecto añorado. De joven su voz era más bien atiplada pero, pasada la adolescencia, se hizo ronca; era por lo regular su actitud grave, efusiva y gesticulante como suele ser habitual entre las gentes de mar de La Coruña.

En aquel año 1912, cuando llegó a Buenos Aires, Ramón se empleó de mozo pastelero. Trabajaba al servicio de un gallego ayudándole en la cocina y luego vendía y pregonaba los alfajores por las calles de Buenos Aires.

De vendedor ambulante Ramón Suárez Picallo pasó a ser mancebo de botica, hallando acomodo en la farmacia Barilis. Luego ascendió de categoría, ya era dactilógrafo en la fábrica de Puntas de París (clavos galvanizados) que era propiedad de la viuda de Spreafico.

Dos años más tarde, cuando Ramón Suárez Picallo andaría por los veinte o por los veintiún años, se hizo amigo de un dirigente obrero marítimo quien, al facilitarle la cartilla de navegación, le abrió la ruta del sindicalismo.

Ramón se hizo marmitón en los barcos que hacían la carrera de cabotaje de Buenos Aires a Montevideo y también en aquellos que —propiedad de los fabulosos Menéndez— iban a la Patagonia.

Se cuenta que en el curso de una de aquellas travesías, cuando Ramón era oficialmente “ayudante pastelero” y cuando en realidad no hacía nada porque nunca salía de aquella cocina ningún pastel, alguien se le quejó al capitán de la falta de actividad del coruñés y el capitán encogiéndose de hombros dijo:

—No importa que no haga nada cuando hablando nos divierte a todos.

Y es que Ramón Suárez Picallo era tan ingenioso y tan divertido que en cuanto abría la boca todos se quedaban embobados escuchándole.

Por su atractivo personal llegó a ser nombrado delegado ante el gremio y, ya metido en la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) inició una carrera sindical tan vertiginosa como brillante. Poco tiempo después, el antiguo marmitón de barcos era secretario rentado de los trabajadores del puerto y (en 1916) delegado asesor de la comisión argentina en la Conferencia Internacional del Trabajo de Ginebra. Era tal su categoría dentro del movimiento sindical que llegó a mencionarse el nombre de Ramón Suárez Picallo como posible concejal y diputado por Buenos Aires.

Estos espectaculares avances en el campo social iban unidos a una intensa actividad periodística. Ramón Suárez Picallo escribió su primer artículo en "Adelante" el 1 de mayo de 1916. En este artículo defendía la posición obrera comprometida en una huelga de frigoríficos. Ramón firmaba con iniciales. Más tarde fue director del periódico obrero "Libertad" y redactor de otro periódico del sindicalismo argentino "Última Hora".

habiéndose iniciado por la ruta del sindicalismo y del socialismo, a la sazón inclinado hacia el unitarismo dogmático, es muy dudoso que Ramón Suárez Picallo se hubiera aventurado nunca por los campos inéditos del regionalismo galaico si no le impulsan nuevas circunstancias. Entre ellas, y muy en primer plano, figura su conocimiento y amistad con el intelectual orensano Eduardo Blanco Amor.

Eduardo y Ramón se conocieron alrededor del año 1924 en el "café de la Armonía" de la Avenida de Mayo, que era uno de los lugares en donde solían encontrarse los españoles. Era un sitio más bien popular, allí se comía un cocido que costaba un peso. En la misma avenida de Mayo estaban los cuatro teatros "españoles", el Avenida, el Victoria, el Mayo y la Comedia en donde se estrenarían las obras de Benavente y Lorca.

Blanco Amor y Suárez Picallo simpatizaron y, aquel mismo día en que se conocieron en "la Armonía", estuvieron juntos hasta el amanecer. Eduardo, que era unos seis

años más joven que Ramón, había llegado a Buenos Aires en 1921 y —muy en contra de su voluntad pues aborrecía de todo empleo burocrático— era administrativo en el Banco Español del Río de la Plata.

Los nuevos amigos eran personas de estampa muy diferente.

Eduardo era el modelo acabado del atildamiento, siempre muy elegante, muy "dandy", se paseaba por la avenida de Mayo con un bastón de bambú. Ramón Suárez Picallo en cambio era la persona más desaliñada que haya salido nunca de Sada.

—Mire María Victoria —me explicaba recientemente en Buenos Aires un gallego que le conoció mucho y que le quería de verdad— don Ramón tiña todos os méritos que se poden ter, pero era un baldragas...

Tan sin cuidado le tenía a Ramón la forma de vestirse que rara vez solía llevar los calcetines iguales. Por lo regular las suelas de sus zapatos estaban rotas, ídem los cordones y, si en una habitación había una mancha, esta corría por los aires hasta posarse en su americana.

Aunque todos sus amigos le aseguraban que su exagerado descuido le perjudicaba, Ramón Suárez Picallo no les hacía caso y seguía vistiéndose de cualquier manera, porque su naturaleza era así.

También Eduardo Blanco Amor, como antaño Ramón Cabanillas, había descubierto a Galicia en la emigración. Y en parte la había descubierto gracias a Ramiro Isla Couto o, más concretamente, gracias a la revista que sacó Ramiro en Buenos Aires y que se llamaba "A Terra".

"A Terra" venía a ser como la réplica galaico-americana de la gallega "Nos" y contaba con los mismos o parecidos colaboradores.

Por primera vez en la historia de la emigración gallega en Sudamérica salía una publicación escrita y pensada en gallego. Es verdad que el éxito no acompañó al esfuerzo porque "A Terra", nacida el 23 de julio de 1923, desapareció después del quinto número, pero dejó esparcida una simiente galleguista de la que luego brotarían nuevas pu-

blicaciones del mismo carácter como "Celtiga" o, posteriormente, "Galicia Emigrante" de Luis Seoane.

Secretario de redacción de "A Terra", Eduardo Blanco Amor quedaría también engarzado y estructurado dentro de aquel movimiento renovador iniciado en Galicia por la "generación Nos". Poco después la causa gallega conquistaría también a Ramón Suárez Picallo quien se aparta de un modo ya definitivo de la actividad sindicalista.

Detrás de esta aproximación y de este desvío se levantó uno de los primeros misterios de una vida ciertamente enigmática y contradictoria. ¿Por qué se desvió Ramón Suárez Picallo de lo que ya parecía una meta segura? ¿Le apartaron las intrigas, los celos de sus correligionarios o las discrepancias de origen doctrinal? ¿Es que aquel amor a Galicia recreado en su corazón de emigrante llevaba inherente una instintiva repulsa al unitarismo ideológico? ¿Es que ocurrió algo en su vida que le forzó a cambiar su destino?

Sabemos, aunque de un modo vago, que en aquellos años le sucedió una tragedia de carácter personal. Sabemos también que al propio tiempo sufrió una gran contrariedad cuando bruscamente tuvo que cambiarse de residencia. Ramón Suárez Picallo se alojaba en una pensión regentada por la viuda de Mallo. Esta señora, que quizá era natural de Bergondo, gozaba de gran estimación dentro de la colectividad galaica. Era universalmente alabada su capacidad de trabajo y la educación que, mediante su esfuerzo, habían recibido sus hijos. Una hija de la señora Mallo, Consuelo, que tocaba la guitarra llegó a ser una de las grandes concertistas de Sudamérica y un hijo, Samuel, se hizo médico y pintor. Un tercer hijo, más joven que los otros, manifestaba igualmente inclinaciones artísticas.

Esta familia Mallo era para Ramón Suárez Picallo tan entrañable como la que había dejado en Veloy y por ello tuvo que ser grande su sufrimiento cuando, enturbiada la fraternal relación, se vio obligado a marcharse.

Al salir de aquella casa, que hasta entonces había considerado como su hogar, Ramón Suárez Picallo se sintió solitario y desvalido en el gran Buenos Aires.

Muchas veces, a pesar de sus triunfos, iba a sentirse desvalido y solitario en el curso de su vida.

Renunciando a ser un líder del sindicalismo argentino, Ramón Suárez Picallo se centró en la causa de Galicia.

El pequeño emigrante de Sada, el vendedor de alfajores, el antiguo marmitón de los barcos patagónicos, estaba ya plenamente integrado en el movimiento social y cultural que —promovido por los hombres de la generación "Nos"— agitaba a Galicia.

Fue Eduardo Blanco Amor quien, con toda seguridad, le introdujo en un mundo que Suárez Picallo desconocía: el de la cultura gallega. Ramón descubría con asombro las riquezas de la lengua aparentemente tosca, la de los marineros de Sada, su lengua...

Con aquella voz grave y melodiosa, Suárez Picallo recitaba versos de Curros Enríquez, y Eduardo le hizo conocer a los jóvenes poetas de Galicia.

Manuel Antonio y López Abente fueron pronto sus favoritos, se sentía atraído por ellos tal vez en razón de que ambos eran poetas del mar y que, a través de sus poesías, Ramón adivinaba las costas de La Coruña, unas veces bravías y amenazantes, como en el Finisterre, y otras veces dulces y mansas como en las rías mariñanas.

Suárez Picallo recitaba a Manuel Antonio:

Xa temos tantas estrelas
e tantas luas sumisas
que non caben no barco nin na noite...

Suárez Picallo se sentía como muy en su casa en la primitiva Federación de Sociedades Galaicas colaborando en los dos periódicos que dependían de la Federación, "El Despertar Gallego", que dirigían Antón Alonso Ríos y Manuel Cao Turnes, y "Galicia".

Aparte de sus actividades en los periódicos del sindicalismo argentino Ramón era —a partir de 1924— corresponsal en Buenos Aires de "El Pueblo Gallego" de Vigo y también escribía para un periódico de Barcelona y para otro del país vasco.

Sobre fines del año 1924 "Celtiga" cambió de administración y la nueva encargó de la dirección de la revista al triunvirato formado por Eduardo Blanco Amor, Ramón Suárez Picallo y Eliseo Pulpeiro.

"Celtiga" era una revista quincenal creada con el ambicioso propósito de ser la antorcha del pensamiento gallego en la emigración.

Lo fue de hecho desde 1924 hasta 1932 en que dejó de publicarse. Lo mismo que antes "A Terra", y en parte gracias a las *tijeras*, "Celtiga" contaba con los colaboradores de "Nos". Su espíritu era el de Castelao, Otero Pedrayo, Risco, Cuevillas, Losada Diéguez, Leonardo de Coimbra, etcétera.

Domingo Rial Seijo y el dibujante pontevedrés Ramón Peñas eran los fundadores de "Celtiga".

Suárez Picallo trabajó para esta revista desde 1924 hasta 1931. Por el año 1927, o quizá ya por el 1928, Suárez Picallo entró en la redacción de "El Correo de Galicia" dirigido por José Ramón Lence.

En La Coruña tenemos muy buen marisco y tenemos también muy buenos periodistas, no sé si está bien o si está mal que yo lo diga.

Sin que hubieran necesitado "estudiar" en ninguna Escuela o Facultad de la Información, Ramón Suárez Picallo y José R. Lence eran excelentes periodistas porque, digan lo que quieran los presuntos entendidos, el periodista no se hace sino que nace y nace de un modo espontáneo como tantas cosas buenas, y malas, en la naturaleza.

Entre Lence y Suárez Picallo —según me informa nuestro compañero Ponte que trabajó para "El Correo de Galicia" en aquellos años— y sin apenas ayuda de otros redactores, hacían un periódico tan interesante que llegó a tener gran tirada y se le decía uno de los mejor informados de Buenos Aires. Llegaron incluso en sus años de máximo esplendor, a vocearlo por las calles:

—Ha salido "La Prensa", "La Nación", "El Correo de Galicia"...

Fundador, director y propietario de "El Correo de Galicia", José R. Lence (como solía firmar sus artículos) se destaca por su acusada personalidad. Incluso Vilanova, que no acaba de quererle bien en razón de sus veleidades políticas, reconoce que Lence fue uno de los mejores, sino el mejor, entre los periodistas españoles establecidos en la Argentina.

José Ramón Lence nació en La Coruña el 16 de octubre del año 1874 y de niño se trasladó con su familia a Monforte donde estudió en el colegio de los Escolapios. Cuando tenía 17 años publicó en "El Eco Monfortino" su primer trabajo periodístico. Aquellos que conocían bien a Lence, y estaban en el secreto de sus persistentes inclinaciones galantes, no se extrañaban al enterarse de que debutó en el periodismo con un madrigal dedicado "A Ella".

Con sólo 21 años, José R. Lence era el director de un periódico de Monforte llamado "La Opinión". La "Opinión" a que hacía referencia el título era la de Maura, protector político del diputado Sr. Osma dueño del diario.

Dirigir "La Opinión" podía ser una actividad importante, pero no era en modo alguno absorbente. Además de director del periódico, José R. Lence era oficial del ayuntamiento de Monforte y empleado de la estación ferroviaria.

Haber unido su opinión personal y la de su periódico monfortino con la de don Antonio Maura resultó ciertamente beneficioso para el diputado Osma que llegó a ser Ministro de Hacienda, en cambio al pobre Lence no le fue nada bien. Se le frustraron sus ambiciones, que eran las de llegar a sub-jefe del Ferrocarril del Norte y, decepcionado, decidió emigrar a América. Fue durante dos años redactor de "La Democracia" de Montevideo y pasó luego a formar parte del periódico recién fundado en Buenos Aires, "El Diario Español".

Lence llega a Buenos Aires en 1905, en 1906 llega el joven abogado compostelano José V. Romaguera quien enseguida se abrió paso en Buenos Aires y fue nombrado letrado del Municipio.

En sus horas libres, Lence y Romaguera solían acercarse hasta el muelle y, con muchos suspiros, veían salir los

barcos rumbo a España. Lence le confió a su amigo que deseaba fundar un periódico destinado a los emigrantes gallegos pero que, desgraciadamente, no tenía dinero.

Pronto lo tuvo Romaguera y se lo prestó y así, el día 22 de marzo de 1908, salió por primera vez a la calle "El Correo de Galicia".

En su primera etapa, el periódico adoptó un tono demasiado conservador para el gusto de su presunta clientela, los emigrantes gallegos. Cuando en 1909, con motivo de la "semana trágica" barcelonesa, "El Correo de Galicia" defendió la posición autoritaria y "dura" la redacción fue apedreada.

Poco después Lence modifica su ideología y, ya en 1914, funda el "Comité español pro aliado", encabezando una gigantesca manifestación democrática.

En 1922 Lence visita Galicia, conoce a los intelectuales, asiste en Cambados al homenaje de Asorey y se hace galleguista. Ese mismo año "El Correo de Galicia" alcanzó una gran popularidad a través de la magna encuesta popular encaminada a decidir "cuál es la provincia más bella de Galicia". Por una mayoría de más de cien mil votos ganó la provincia de Pontevedra.

Mientras Suárez Picallo fue redactor-jefe (aproximadamente de 1927 a 1931) "El Correo de Galicia" mantuvo el tono de apasionado republicanismo y regionalismo. Con el mismo fervor, ido ya Suárez Picallo, "El Correo de Galicia" saludó la entrada de la segunda República pero luego dio un brusco viraje nuevamente ciñendo su ideología a la de los primeros tiempos.

Hay varias maneras de matar un periódico, la experiencia nos dicta que una de las más seguras es simplemente hacerlo reaccionario. "El Correo de Galicia" comenzó a languidecer hasta que se quedó apenas sin lectores. Como ya no lo compraban los gallegos se consideró más conveniente cambiarle el título. Pasó a llamarse "Nuevo Correo" manteniendo las ideas viejas sin que el cambio de nombre lograra impedir su inevitable ruina.

José R. Lence falleció en el sanatorio social del Centro Gallego el día 19 de enero del año 1951. Además de su ex-

cepcional labor periodística dejó dos libros de memorias y una zarzuela, "La Galleguita", escrita en colaboración con Ramón Fernández Mato.

Ramón Fernández Mato fue una de las "estrellas" periodísticas con que contó, en sus años de apogeo, "El Correo de Galicia".

Siempre que se acuerda de Ramón Suárez Picallo, Ponte le imagina leyendo:

—Yo no sé —me dice— como Ramón no se murió de una "indigestión de libros". Leía, leía, leía sin parar, leía sin método, buenamente lo que le caía en mano, así se fue formando una cultura.

Por aquellos mismos años Ramón Suárez Picallo se reveló como orador pasando a ser la persona más solicitada de la comunidad galaica. No se celebraba en Buenos Aires o Montevideo acto patriótico, fiesta, banquete, romería o almuerzo de más de doce personas en la que no se alzara el grito:

—Que fale Suárez Picallo.

Formado en la escuela del socialismo dialéctico, Suárez Picallo era un orador de mitin, directo en la exposición, irónico, violento. No tenía escrúpulos en utilizar la ñguillo o recursos fáciles, podía incluso llegar hasta el borde de la demagogia... Al mismo tiempo se advertía en él una gran capacidad emotiva cuando hablaba de Galicia, o de los males de Galicia, creaba una emoción que, semejante a una chispa, iba prendiendo uno a uno a todos los oyentes y finalmente volvía al estrado para introducirse en el pecho del orador. Y así a veces Ramón Suárez Picallo se quedaba quieto, sin hablar, corriéndole las lágrimas por el rostro...

Las conferencias de Suárez Picallo leídas —tal y como ocurre con la dedicada al "Mariscal Pardo de Cela"— pierden con la ausencia de su magia personal una gran parte

de su interés. Suárez Picallo era mejor orador y periodista que ensayista o dramaturgo.

Por aquellos años estrenó también su comedia "A Marola", destinada a pasar sin pena ni gloria. Tanto el título de esta comedia, como el de otros trabajos de Suárez Picallo, tales como "Brétema" y "Armenteira", reflejan de un modo elocuente su estado de saudade. Suárez Picallo escribió también un ensayo acerca de Concepción Arenal que se centra en el estudio de dos obras arenalistas: "El visitador del pobre" y "Cartas a un obrero".

Instaurada la segunda República, la Federación de Sociedades Galaicas decidió —ya lo he contado antes— enviar unos representantes a España, resultando elegidos Antón Alonso Ríos y Ramón Suárez Picallo. Les acompañaba también Julio Sigüenza que ostentaba la representación de los gallegos del Uruguay.

Suárez Picallo llegó a La Coruña el día 4 de junio de 1931 e inmediatamente cayó enfermo. No se sabe de qué; seguramente era el exceso de emociones. Había salido de Sada a los 18 años como emigrante y regresaba a los 37 como auténtico representante de medio millón de compatriotas emigrados... ¿cómo no recordar y medir las etapas de la lucha? ¿Podría dejar Ramón, aunque estuviera enfermo, de asistir a la magna asamblea del partido republicano gallego que, para decidir acerca del Estatuto, se reunía aquellos mismos días en el Teatro Rosalía Castro?

Temblando de fiebre Ramón Suárez Picallo se presentó ante la asamblea.

En torno a los emisarios de la Galicia emigrante se había creado una cierta expectación. Debido a sus antecedentes como antiguo líder del sindicalismo marítimo se esperaba que Ramón Suárez Picallo pronunciara un discurso combativo y radical, pero Ramón habló como podía haber hablado un poeta a la vez tierno y sensible. Esta —vino a decir— es la hora de los líricos, la de los líricos capaces de entrever un mundo mejor, de aquéllos que pretenden darle un nuevo sentido a la Historia...

Fue un discurso muy bonito, no sé si muy atinado. Más tarde Roberto Blanco Torres confesó: "La voz que más me

impresionó en la Asamblea fue la de un emigrado de humilde extracción social, la de un hombre que no tuvo medios para adquirir una cultura..."

El día 10 de junio Ramón Suárez Picallo fue designado candidato a diputado. El día 28 salía triunfador en las urnas, en la candidatura de la ORGA. Suárez Picallo, el antiguo marmitón de los barcos patagónicos, era ahora uno de los nuevos diputados republicanos por La Coruña.

A lo largo de sus 37 años de vida Ramón Suárez Picallo se había dolido por carecer de una educación formal.

Ramón, siempre tan modesto en sus gustos, y del que no se supone que nunca ambicionara dinero o posición social, llegó a sentir envidia de quienes habían podido cursar los estudios de bachillerato en un Instituto y que luego se habían licenciado en una Universidad.

Aparte de aquel excelente don Xosé Somoza, que le enseñó a leer, nadie se había preocupado de la instrucción de Suárez Picallo. Su única maestra era la vida.

Todo cuanto sabía fue aprendido de la manera más dura.

Generalmente estudiaba de noche, luchando contra el sueño y la fatiga de una jornada laboral, el cuerpo molido tras haberse pasado muchas horas en la cocina de un barco o en la redacción de un periódico.

En el año 1931, y por primera vez gracias a la República, se le presentaba la posibilidad de conquistar aquellos títulos que secretamente ambicionaba.

Cabe en lo posible que, detrás de las nuevas aspiraciones del emigrante, se ocultara el afán de complacer a su madre. ¿Cuál no sería la satisfacción de "A Escribana" cuando pudiera pasearse por Veloy y Sada pregonando: "Meu fillo Ramón, o abogado"...

Pero antes de hacerse abogado Ramón Suárez Picallo tenía que hacerse bachiller. Lo consiguió en una sola convocatoria y en el Instituto de Lugo.

¿Por qué tuvo Ramón que recurrir a los servicios del de Lugo y no se hizo bachiller en el Instituto de La Coruña?

Yo me imagino que en Lugo tendría amigos, acaso correligionarios y que tal vez en La Coruña no contase con las mismas ayudas, bien debido a diferencias políticas, bien por aquello de que "nadie es profeta en su tierra".

Como tuvo que ir mucho a Lugo por el asunto de su bachillerato, Ramón Suárez Picallo se relacionó con algunas gentes lucenses y conoció a una chica que al parecer le gustó.

Ahora ya no es posible saber si Ramón llegó a estar enamorado o si se trataba simplemente de una buena amistad. Lo que sí se sabe es que, hasta el final de su vida, Ramón siempre se acordó de la chica de Lugo y que alguna vez llegó a lamentarse porque los avatares de la vida y la política impidieron su matrimonio.

Esta señorita de Lugo, que Ramón Suárez Picallo conoció alrededor del año 1932 es —que yo sepa— la única presencia femenina que sentimentalmente se proyecta en su vida.

Ya provisto del título de bachiller, Ramón Suárez Picallo se matriculó para estudiar Derecho por libre en la Universidad de Santiago de Compostela.

También contaba con buenos amigos en el seno de la Universidad. Uno de ellos, a la sazón profesor auxiliar y actualmente residente en México, me ha contado de sus exámenes que constituían un espectáculo delicioso. A las preguntas que le formulaban Ramón Suárez Picallo contestaba con un discurso que lo mismo podía guardar una vaga relación con la asignatura como versar sobre todo lo divino y lo humano. Por último el catedrático, amistoso y sonriente, le interrumpía:

—Bien, bien Suárez Picallo, no necesita seguir, está aprobado.

A cuenta de sus exámenes Castelao siempre le tomaba el pelo:

—Si os libros de texto os fixeran en forma de xornaes —decía— o Picallo levaría "matrículas de honor" en todos los cursos.

Y otras veces, mirando a Suárez Picallo con aquella sorna amable, con aquel humor nunca hiriente, Castelao le interpelaba:

—Dinos a verdade Picallo que nos gardaremos o segredo... ¿non che gustaría tirarlle pedras aos faroles... ¿non é certo que ti eres un rillote?

El mismo Castelao siempre le estaba pidiendo que, para probar que era tan buen cocinero como decían, les hiciera una paella. Ramón le decía que sí, pero nunca hizo la paella.

Es muy posible que, aunque no renegaba de su pasado, considerara que meterse en una cocina era algo impropio de su nueva categoría y que se prestaba a chistes fáciles por parte de sus enemigos políticos.

Como era lógico en un diputado coruñés y en un antiguo marinero, Suárez Picallo se interesaba de un modo especial por todo lo relacionado con el mar. Se preocupaba mucho por los puertos coruñeses.

Derrotado en las elecciones de 1933, Ramón Suárez Picallo siguió estudiando Derecho en Santiago al tiempo que dirigía el semanario "Ser".

Suárez Picallo se licenció en 1935, a los 41 años. Inmediatamente se incorporó al estudio de dos abogados coruñeses, Manuel Boedo y Luis Seoane.

Su primera actuación jurídica en La Coruña resultó espectacular. Ramón Suárez Picallo era el abogado defensor de dos procesados a los que acusaban de parricidio y de homicidio.

La vida de uno de los acusados guardaba un cierto paralelismo con la del propio Ramón, pues también había sido emigrante y marinero. Suárez Picallo al defenderle denunció los males de la emigración, su defensa era en cierto modo un ataque dirigido contra una sociedad que no sólo la consentía sino que incluso la fomentaba para beneficiarse de ella.

Los acusados fueron absueltos y, para celebrar el primer éxito del nuevo abogado, Placido R. Castro organizó en La Coruña un banquete que le fue ofrecido por don Manuel Casás.

También, en la corta vida jurídica de Ramón Suárez Picallo, se recuerda su defensa de presunto asesino de la tendera de Oleiros, Teresa Cajigal, más conocida como "a señora Teresona", la cual había aparecido una mañana muerta, con un cuchillo clavado en el pecho, en el mismo banco donde salaba los cerdos. Fue un caso que impresionó mucho a la sociedad mariñana en aquellos años finales de la segunda República.

En las elecciones de 1936 Ramón Suárez Picallo salió nuevamente reelegido como diputado por La Coruña y, dado que los sucesos de julio le sorprendieron en Madrid, en aquel mes de junio de 1936 se despidió para siempre de su tierra natal.

La marcha hacia el exilio de Ramón Suárez Picallo se realizó cuando todavía estaba bajo el impacto de aquella gran tragedia, la muerte de su hermano Antón acaecida en los últimos días de julio del 36.

En cierto modo aureolado por la magia de su hermano mayor, Antón Suárez Picallo contaba, a pesar de su juventud pues solo tendría unos 22 ó 23 años a la hora de la muerte, con suficientes méritos para brillar por sí mismo. Antón, que no había querido emigrar, se ocupaba de la labranza paterna al mismo tiempo que servía como corresponsal en Sada de "El Pueblo Gallego". Se había hecho unas tarjetas presentándose como:

"Antón Suárez Picallo, periodista e labrego".

Su muerte, que apesadumbró a cuantos le conocían, le costó la vida a su madre que fue quien descubrió su cuerpo inanimado cerca de uno de los corrales (26).

(26) Los causantes de la muerte eran miembros de una brigada de represión, que ya habían efectuado varios «paseos» de personas simpatizantes de la República. En el caso de Antón Suárez Picallo pesó, también, el ser hermano de un diputado galleguista.

Teresa Picallo, "A Escribana", cayó en un estado de tan honda melancolía que sólo salió de ella mediante la muerte acaecida también en el curso de aquel verano (27).

Entretanto, Ramón Suárez Picallo recorría los Estados Unidos de este a oeste pronunciando conferencias en centros laborales de habla española. De los Estados Unidos Ramón pasó a Cuba y finalmente, atraído por la aparente política liberal de Trujillo, se trasladó a Santo Domingo.

En Santo Domingo, Suárez Picallo conoció al después famoso Jesús de Galíndez y se relacionó con otros gallegos que, como él, se habían acogido a la hospitalidad del "Benefactor". Entre ellos figuraban Mosqueira Manso, el profesor Almoyna de Lugo y Fernández Granell, un antiguo trotskista de Santiago de Compostela.

Suárez Picallo escribía en la Prensa dominicana. También, si son ciertas las versiones que he recogido, sirvió como instructor de Ramses Trujillo y le dio clases de retórica a Flor del Oro, los hijos del tirano.

Se supone que Ramón Suárez Picallo estuvo a punto de ser una de las víctimas de Trujillo, como lo serían más tarde Jesús de Galíndez y el profesor Almoyna, asesinados por agentes trujillistas que les persiguieron hasta Nueva York y México.

Suárez Picallo se salvó de ser secuestrado y pasto de los tiburones, como Galíndez, o de que le echaran un automóvil encima como le sucedió al pobre Almoyna, gracias al hecho de haberse significado a tiempo.

Según me dicen, su ruptura con Trujillo se produjo al poco tiempo de llegar a la isla, cuando Suárez Picallo escribió un artículo protestando del hecho de que Trujillo mantuviera retenido a un barco de exiliados españoles que sólo habían entrado en puerto para aprovisionarse y seguir a México.

"Esto es impropio de un país civilizado", escribió indignado Suárez Picallo.

(27) Teresa Picallo ya no vivía cuando llegó a Sada la noticia de que su hijo Leonardo había fallecido, víctima de una peritonitis, en el Sanatorio Social del Centro Gallego.

Media hora más tarde le telefoneaba uno de sus íntimos amigos, diplomático chileno: "Ven inmediatamente a la embajada, tu vida pelagra".

Unas semanas más tarde, Suárez Picallo consiguió salir de Santo Domingo, siempre bajo el amparo diplomático de los chilenos.

En 1940, Ramón Suárez Picallo se estableció en Santiago de Chile en donde iba a permanecer durante 16 años. Llegó a Chile cuando tenía 46 y cuando se fue había cumplido los 62 años.

En los primeros tiempos Suárez Picallo —que aún consideraba su exilio como transitorio— se manejó con una cierta holgura, incluso puede decirse que con brillantez. Tenía muy buenos amigos en toda América, incluso amigos importantes como el presidente González Videla o como el líder peruano aprista, Raúl Haya de la Torre.

Ramón seguía haciendo periodismo y en "El Mercurio" escribía, en la página de "Internacional", unos artículos políticos que firmaba con un curioso seudónimo: "Pilap".

Pero más que con la pluma, Suárez Picallo se ganaba la vida gracias a sus conocimientos pesqueros como experto en cuestiones marítimas y gracias a que se había hecho un excelente cocinero en los tiempos en que era marmitón en los barcos patagónicos.

Suárez Picallo trabajó para "La Cabancha", sociedad de pesca y conserva en gran parte creada por exiliados españoles y luego se puso al servicio del gobierno chileno, fue comisionado para realizar un viaje de Arica a Magallanes realizando estudios del litoral marítimo y de sus posibilidades pesqueras.

En Chile, favorecida por la naturaleza con unas costas feraces, la gente no quiere comer pescado. El gobierno subvencionó unas conferencias radiadas en las que Ramón Suárez Picallo les explicaba a los chilenos lo bueno que es el pescado y como podían condimentarlo.

Acerca del mismo tema escribió un folleto: "Las 2.000 maneras de preparar el pescado".

Algunas tardes, cuando Ramón Suárez Picallo, estaba en el Centro Republicano de Santiago, que era su verda-

dera casa, recibía una llamada telefónica de una admiradora desconocida la cual quería consultarle acerca de *la manera 2.001...*

Entonces los viejos republicanos amigos le oían decir cosas como ésta:

—No señora, en modo alguno, nada de azafrán, un ramito de perejil y si usted es aficionada al ajo...

Fue un período sosegado y relativamente próspero para un hombre que, como Suárez Picallo, nunca había ganado más que a nivel de subsistencia. Sin embargo Suárez Picallo no acababa de encontrarse cómodo en la acogedora república. En parte su inquietud era el mal del exilio y en parte se debía su carácter complicado, era consecuencia de aquella personalidad dual y en muchos aspectos contradictoria.

Ramón siempre estuvo en lucha consigo mismo.

Al decaer su moral se acentuaron sus excesos y los excesos fueron la causa de una grave enfermedad. Ramón Suárez Picallo comenzó a padecer trastornos cardíacos, y como no había forma humana de contenerse, como seguía tomando sus 16 cafés diarios y fumando sus dos cajetillas, los amigos consiguieron finalmente internarlo en el sanatorio de "Las tres cruces" a orillas del mar, a fin de que se sometiera a una cura.

Fue allí donde le encontró su íntimo amigo Eduardo Blanco Amor, que no le había vuelto a ver desde que se entrevistaron en Sada el año 1934. Eduardo, que iba a Chile invitado para dar unas conferencias en la Universidad de Santiago, encontró muy decaído a Suárez Picallo. Le permitían salir del sanatorio pero los médicos habían encargado que no le despacharan bebida en las tabernas del pueblo. Aunque Ramón siempre se las ingeniaba para seguir excediéndose, aquella reclusión acabó beneficiándole y, en parte, restauró su quebrantada moral.

Así que, cuando Ramón Suárez Picallo llegó a Montevideo (15 de noviembre de 1944) para asistir a la primera reunión del "Consello de Galiza", sus viejos amigos y correligionarios, Castelao, Antón Alonso Ríos y Elpidio Vi-

llaverde no le encontraron tan acabado como unos meses antes Eduardo Blanco Amor.

Aunque no le había ido tan mal en Chile, Ramón Suárez Picallo ansiaba volver a la Argentina. En cierto modo su estado anímico recordaba al de Antón Alonso Ríos. También Suárez Picallo hubiera podido hacer suyas las románticas palabras de Antón: "Si Galiza é a miña nai, Arxentina é a miña noiva".

El regreso de Ramón al país donde había transcurrido su juventud, empero, fue imposible mientras duró la dictadura de Juan Domingo Perón. Siguiendo módulos bien conocidos, Perón le había puesto el veto a los exiliados españoles. Finalmente en el mes de septiembre del año 1955 el ejército argentino puso fin a la anómala situación. Habían pasado casi diez años desde que "Evita" al frente de los "descamisados" sacó a Perón de la cárcel para llevarlo a la presidencia de la República.

El fin de la dictadura peronista suponía la apertura de una nueva etapa política y, entre aquéllos que suspiraron con alivio pues habían llegado a sentirse amenazados, se cuentan los republicanos españoles establecidos en la Argentina.

Fue en el año 1956 —ya habían pasado seis desde la muerte de Alfonso Rodríguez Castelao— cuando se cumplió el centenario del banquete de Conxo. Así el "Consello de Galiza" tomó el acuerdo de conmemorar la fecha histórica mediante la celebración del "primer congreso de la emigración gallega". Antón Alonso Ríos, secretario general del "Consello de Galiza", nombró a las personas de la comisión organizadora.

A la cabeza de esta comisión figuraba don Manuel Puente.

De redactar el manifiesto, temario y reglamento se ocupó el escritor y antiguo diplomático gallego, Luis Tobío, a la sazón residente en el Uruguay.

Como presidente del "primer congreso de la emigración gallega" fue designado don Xesús Canabal —también de la colectividad del Uruguay— y entre los asistentes llegados de todas las Américas figuraban dos antiguos dipu-

tados por La Coruña, Emilio González López y Ramón Suárez Picallo, que representaban a los emigrantes gallegos de Norteamérica y de Chile.

Entre los actos programados se contaba un gran banquete evocador del de Conxo. Se celebró en el "pazo Galiza" del Centro Lucense con asistencia de unos 1.500 comensales. La sobremesa produjo un río de oratoria y dos estudiantes de nombres ilustres en la historia del galleguismo argentino, Enrique Pampillón y Carlos Abaira, así como el poeta Xosé Neira Vilas, repitieron el brindis histórico.

Y fue entonces cuando pasó por el "pazo Galiza" la sombra de los jóvenes Aguirre y Pondal, revivió momentáneamente la memoria perdida de aquel banquete compostelano cuando —por primera vez en la historia de Galicia— los estudiantes y los obreros confraternizaron en un "xantar", en medio de la "carballeira" de Conxo, cercada por la policía...

Acabado el "primer congreso de la emigración", Ramón Suárez Picallo, en vez de volver a Chile, se estableció ya de un modo definitivo en Buenos Aires.

En su decisión pesaron los deseos de retenerlo por parte de aquel notable grupo de personas que, de un modo extra oficial, dirigían la opinión gallega de la Argentina, aquéllos que, en el "argot" de la colectividad, eran generalmente denominados "el Politburó".

Ramón, que deseaba quedarse en Buenos Aires, no se hizo de rogar y el "Politburó" buscó para él una ocupación modestamente retribuida y, como primera providencia se le encargó de redactar un libro acerca del Castelao político.

Suárez Picallo había sido recibido como una ilustre y querida personalidad pero, como hasta en el seno de la emigración y del exilio se cumple una y mil veces aquello de "somos galegos e non nos entendemos", al cabo de un cierto período de tiempo las relaciones entre Ramón y sus patrocinadores dejaban ya mucho que desear.

En razón de pequeñas diferencias doctrinales se abandonó el proyecto del libro y luego, la explosión de las ca-

racterísticas luchas tribales gallegas que les perseguían también en el amargo exilio —y de las que sólo se salvó Castelao gracias a su enorme prestigio moral— envenenaron la vida de Ramón Suárez Picallo quien, en los años 1957 y 1958, debió pasar momentos de una cierta angustia económica.

Cuando volvió a la Argentina, Suárez Picallo tenía tan sólo 62 años, pero había sufrido mucho, era un hombre prematuramente gastado tanto por sus achaques como por sus excesos.

¿Cuál iba a ser su porvenir? ¿Se vería obligado a ingresar en el Hogar Gallego para ancianos?

Por suerte en aquel trance amargo, el antiguo diputado por La Coruña pudo asirse a una tabla salvadora, la ofrecida por el benemérito Centro Lucense de Buenos Aires cuya política dirigía en aquel tiempo el señor Martínez Lamela.

En el año 1959, al nombrarle “asesor cultural”, el Centro Lucense centralizaba en las manos de Ramón Suárez Picallo toda su política cultural y social. Suárez Picallo dirigió la Cátedra de Lengua Gallega que había sido creada por su amigo Eduardo Blanco Amor, y fue secretario de redacción del periódico “Lugo”, órgano del mismo Centro.

Nuevamente Ramón Suárez Picallo se mete en esa lucha heroica, la de conseguir que no muera la cultura y el espíritu de Galicia en la segunda generación, en los hijos de los emigrantes...

En verdad que se requieren muy especiales dones para participar en batallas tan oscuras en medio de tanta indiferencia... ¿Quién le agradece a nuestros intelectuales de la emigración y del exilio, seguir manteniendo la llama sagrada frente a los embates de las culturas ajenas más fuertes, más ricas, más poderosas que la nuestra?

Además de dar clases de cultura gallega y de periodismo, el antiguo diputado dictó un curso de oratoria.

Como en Sudamérica no sólo los políticos profesionales sino incluso las personas corrientes y molientes han de saber hablar en público, pues no se celebra apenas un al-

muerzo con más de media docena de comensales que no acabe en un despliegue de oratoria, las clases de Suárez Picallo estuvieron siempre muy concurridas.

Antes de que el Centro Lucense le ofreciera un respaldo, cuando todavía deambulaba por Buenos Aires sumido en una cierta perplejidad existencial, sus amigos de Chile acudieron en auxilio de Ramón Suárez Picallo. Se le ofreció un cargo de una cierta importancia no sé si en la Universidad o si dentro del propio gobierno.

—¿E por qué non vai a Chile, don Ramón? —le preguntó entonces un gallego que le estimaba mucho.

—¡Ai meu vello! —le respondió Suárez Picallo— eu pretendo e desexo que tí me entendas, eu non podó ir aló pois eles inda pensan que eu son un persoaxe...

Ramón permaneció un momento sin hablar, sumido en muy honda melancolía y luego, llevándose el vaso de vino a la boca dijo resignado:

—Eu son un probe de solemnidade, pero a miña vida xa está feita...

Una vez, anunciada una conferencia a cargo de Ramón Suárez Picallo en el Centro Lucense, Higinio Expósito llegó con alguna antelación y, para matar el tiempo, pasó al bar. Higinio Expósito, que no conocía personalmente a Suárez Picallo, estaba deseando oírle.

En el bar encontró a un hombre ya mayor, rubio y pcoso, mal vestido y se pusieron a hablar:

—¿Usted es gallego? —le preguntó el otro.

Higinio Expósito le dijo que sí y añadió que venía al Centro Lucense para la conferencia del famoso Suárez Picallo.

—Pois o conferenciante son eu —afirmó el individuo.

Higinio Expósito recorrió con la mirada al hombre, estimó su traje gastado, el cuello retorcido, los zapatos de mendigo y —recordaría en 1971— “A verdade, eu non o creín, pensei que era unha trola”.

Pero cuando Suárez Picallo, ya en la tribuna, rompió a hablar, Higinio Expósito se olvidó de su pasado escepticis-

mo, Ramón había recobrado su antigua magia y, según dijo después Higinio Expósito:

“Vino nas nubes, quedeime coa boca aberta”.

Fue por entonces cuando Ramón Suárez Picallo dio en recordar a la muchacha de Lugo que había sido su novia en los lejanos primeros años de la segunda República. Ella entretanto se había casado pero quizá Ramón no lo sabía. Con frecuencia la mencionaba con nostalgia, lamentándose de su escasa fortuna.

En medio de tanta aflicción, el antiguo diputado republicano por La Coruña alcanzó un supremo consuelo. Después de una honda experiencia espiritual volvió a la fe de su infancia, en su proceso ejerció una influencia rectora el interesante Padre Villamarín, quien hace pocos meses, y desde su parroquia bonaerense, recordó a Suárez Picallo con estas palabras: “fue nuestro feligrés muy querido”.

Era quizá natural y formaba parte del proceso que, mientras Suárez Picallo se aproximaba a la Iglesia cristiana se apartara del comunismo. No es que Ramón hubiera llegado nunca a ser militante activo del P. C. —pues según creo no lo fue nunca— pero en su formación juvenil había pesado mucho la ideología marxista. Ahora, como todo neófito, Suárez Picallo se extremaba en la repulsa y de la estimación pasó a desarrollar una cierta aversión.

—Don Ramón perdía la paciencia discutiendo con los comunistas —dice una persona que estuvo cerca de él en sus últimos tiempos— llegó incluso a creerlos capaces de las peores traiciones.

Hablando con esta misma persona, Suárez Picallo le dijo que ante todo estimaba la claridad:

—Si es un ciudadano es conservador, tiene que saber por qué es conservador y si es comunista ha de saber también por qué...

—¿Y si es radical, don Ramón?

—El radicalismo no es una ideología —respondió riendo Suárez Picallo— es un estado de ánimo.

En el transcurso de los últimos ocho años de su vida (1956-64) la salud de Ramón Suárez Picallo fue declinando. Cuando su afección pulmonar se hizo crónica ingresó en el sanatorio del Centro Gallego. Fue allí donde le visitó su amigo Martínez Lamela quien, al buscarle una medicina, descubrió en el cajón de su mesilla un Crucifijo. Como la conversión de Suárez Picallo se mantenía en secreto, Martínez Lamela, asombrado, le miró como pidiéndole una explicación.

Entonces Ramón, ya moribundo, le dijo:

—Sabes meu vello, hai moita xente que estivo moi confundida na vida, pra min o máis importante e ter eiquí iste Crucifijo.

Ramón Suárez Picallo falleció en el sanatorio del Centro Gallego de Buenos Aires el miércoles 14 de octubre del año 1964 a las 13 horas y 7 minutos. El antiguo diputado a Cortes por La Coruña tenía 70 años. Su cadáver fue trasladado para el velatorio al Centro Coruñés y luego recibió sepultura en el panteón del Centro Gallego en el cementerio de La Chacarita, en un nicho situado enfrente de la sepultura de Castelao.

Antes de enterrarle, y en el mismo Panteón social, hablaron Antón Alonso Ríos y Valentín Fernández.

APENDICES

DE "LOS PRECURSORES" A LA GENERACION "NOS"

En este *día de Galicia*, cuando por fortuna en nuestra región se inicia un tercer renacimiento cultural, cumple que nos acordemos de la abnegada y patriótica labor llevada a cabo por «los precursores».

Su labor fue bastante más difícil que la nuestra. Nosotros contamos con su ayuda, ellos estaban moralmente desasistidos.

Sabéis seguramente que desde el siglo XV, cuando la Galicia feudal fue vencida por los Reyes Católicos, cundió el desmayo espiritual. Los nobles se marcharon al exilio y luego, tomándole gusto a la dulce vida de la corte, ya no volvieron.

Con los nobles —vencedores del pueblo gallego, de los «irmandiños»— se fue también aquel espíritu fuerte, combativo, e indomable que caracterizaba a los gallegos.

Castelao asegura que el silencio literario de Galicia, que había sido la cuna del lirismo ibérico, se debe a la imposición oficial del castellano. La gente hablaba una lengua que no escribía y escribía una lengua que no hablaba.

Por eso, siguiendo el razonamiento de Castelao, sólo cuando algunas clases llegaron a ser bilingües Galicia vuelve a expresarse, primero en castellano y después en gallego.

En el siglo XVIII, los beneméritos benedictinos Feijoo y Sarmiento, que escribían en castellano, sorprendieron a los eruditos al asegurar que el gallego no era, como se creía, un dialecto degenerado del portugués, sino que por el contrario el portugués comenzó siendo un dialecto del gallego.

Las primera alabanzas, viniendo de hombres tan sabios, prestó un nuevo impulso a la cultura decadente y vergonzante. No pasaría mucho tiempo sin que resonaran vibrantes aquellos versos del poeta Añón:

Ai, desperta adourada Galiza
dese sono en que estás debruzada...

* * *

El renacimiento de la cultura catalana se inicia por el año 1859, año en que se celebraron en el salón del «Consello do Cento»

de Barcelona los primeros «xogos frorás», actuando Víctor Balaguer como mantenedor.

Siguiendo el ejemplo catalán, dos intelectuales de La Coruña, los hermanos de la Iglesia, organizan en 1861 los primeros juegos florales gallegos.

Para la celebración de estos juegos florales y luego para la publicación de la escolma de poesía —«o alburn da Caridade»— se contó con la ayuda económica de un indiano, don Pascual López Cortón, hombre interesante y culto.

Una hija del señor Cortón contraería años más tarde matrimonio con don Manuel Bartolomé Cossío, el gran educador discípulo de don Francisco Giner. Otra señorita Cortón se casó con el filósofo galleguista Xoán Vicente Viqueira, también formado en la escuela de don Francisco Giner. Así viene a unirse una rama del galleguismo con la gran Institución Libre de Enseñanza.

* * *

Al despertar espiritual de Galicia se une un movimiento de inquietud social en la juventud. Cabeza de este movimiento rebelde y juvenil es el estudiante Antolín Faraldo, que era natural de Betanzos e hijo de un escribano.

Para su desgracia, Faraldo unió su destino al de un incierto pronunciamiento militar de carácter liberal destinado a fracasar trágicamente, según recuerda el monumento «a los mártires de Carral».

Antolín Faraldo no fue fusilado. Consiguió huir a Portugal y murió exiliado de Galicia a los treinta años.

Tampoco su sacrificio sería olvidado y de nuevo renace la inquietud literaria y política en el famoso banquete de Conxo, cuando los estudiantes y los obreros de Santiago de Compostela confraternizaron en aquel robledal que cercaban soldados y policías.

Nada de cuanto allí ocurrió, en aquel día memorable del año 1856, que justificara el temor de las autoridades. Sin embargo, el banquete de Conxo marca un hito en la historia de la cultura gallega.

Se trataba en un último extremo de alcanzar la solidaridad de las clases sociales. En los brindis de Aguirre y de Pondal latía aquel anhelo sincero de libertad y democracia que abrasaba los corazones de los estudiantes y de los obreros allí reunidos.

Aguirre y Pondal, ambos estudiantes, eran unos muchachos.

Aurelio Aguirre, el brillante poeta romántico, moriría en el verano siguiente, ahogado —casualmente se dijo— en el mar del Orzán. Por suerte Eduardo Pondal iba a tener una vida larga y literariamente fecunda. Era médico, como Castelao, y también dejó de ejercer la profesión para dedicarse exclusivamente al

arte. El poeta de Bergantiños tenía una modesta fortuna que le permitía vivir tan solo para la poesía. Bajo su mágico conjuro renacieron los olvidados celtas, los druidas, los bardos, la liturgia de los castros y el abstracto de la protohistoria fecunda nuevamente el espíritu gallego y se introduce incluso en nuestro himno regional, que es nuevo aldabonazo para los que todavía siguen dormidos:

«Desperta do teu sono, fogar de Breogán».

Ya despierta, Galicia se pregunta sobre su destino y algunos hombres nuevos le responden que la clave del porvenir está en un mayor conocimiento del pasado.

La nueva conciencia histórica tiene dos nombres: Manuel Murguía y Benito Vicetto.

Las dos grandes personalidades de nuestro primer renacimiento tenían sangre extranjera. Vicetto era hijo de una gallega y de un italiano. El padre era el capitán de una de aquellas goletas piratas que hacían la ruta del contrabando entre Génova, Trieste y la ría de Arosa.

Murguía era hijo de un boticario de Santiago de Compostela, el señor Martínez. Su madre era vasca.

Vicetto heredó de sus antepasados italianos una extraordinaria apariencia física. Su cabeza era de estatua. Comenzó su vida literaria escribiendo con éxito novelas históricas en el estilo de Walter Scott, «Los hidalgos de Monforte», luego se empeñó en hacer la gran historia de Galicia en 7 volúmenes. También nos dejó su hermosa novela autobiográfica «Víctor Basben», que es el Werther gallego. Aunque escribía sobre temas gallegos, Vicetto solía escribir en castellano.

Manuel Murguía se enorgullecía de su ascendencia vasca. «Mi madre —escribió en «Los Precursores»— era de esa orgullosa tierra en que ni se teme ni se miente».

Olvidándose del «Martínez» paterno, firmaba con su apellido vasco.

El patriarca de las letras gallegas, el catalizador del primer renacimiento cultural, era muy bajito. Para parecer más alto siempre llevaba sombrero de copa y, como resultaba un poquito ridículo, los «rapaces» de La Coruña que estaban muy mal educados y que no entendían de su grandeza espiritual, se burlaban de Murguía.

¿Pero no se burló también de él, aunque de una manera muy gentil, su propia esposa Rosalía de Castro? Parece que aquellos versos festivos tienen una cierta intención:

Meu santo San Antonio
daime un homiño

aunque o tamaño teña
dun grau de millo...

* * *

La Real Academia Gallega ha fijado oficialmente la fecha en que se abre nuestro primer renacimiento cultural. Es el año 1863, cuando Rosalía de Castro publica en una editorial de Vigo sus «Cantares Gallegos».

Con ellos surge uno de los más grandes poetas europeos y renace la lengua de Galicia al cabo de cuatro siglos de desprecios y humillaciones.

En aquella mujer tan hermosa que fue Rosalía de Castro, fruto del trágico e imposible amor entre una señorita de los pazos y un joven cura, se realiza el milagroso reencuentro del feudalismo gallego, del que Rosalía era heredera por la línea materna, y del pueblo moralmente separados desde aquellas luchas civiles, las guerras irmandiñas, en los que unos fueron vencedores y los otros vencidos.

Rosalía, hija de «fidalgos», debido a los condicionamientos de su existencia, se cría como una niña labradora. Por vivir en sus primeros años la vida de los aldeanos pudo más tarde entender y expresar líricamente el dolor y la alegría, la tragedia y la esperanza del pueblo gallego.

En la persona y en la obra de Rosalía de Castro se materializa el espíritu que presidió el banquete de Conxo.

Es muy difícil encontrar las palabras adecuadas para definir la relación anímica que se establece entre Rosalía y Galicia.

Fuera de los santos oficiales, de los que están en los altares, no es posible descubrir otro culto espiritual comparable al que le rendimos a Galicia.

En la misma iglesia de Santo Domingo de Santiago de Compostela, enfrente de la tumba de Rosalía de Castro se encuentra la del profesor Alfredo Brañas, enterrado en el año 1900, otra de las figuras señeras de nuestra cultura.

Brañas, nacido en Carballo, fue catedrático de Derecho de la Universidad de Compostela, su incorporación al galleguismo marca también la incorporación universitaria de los primeros profesores en un movimiento en el que hasta entonces sólo militaban los estudiantes.

La gran ejecutoria del profesor Alfredo Brañas fue la de unir dos conceptos que no estaban lo suficientemente ligados en el pensamiento político de don Francisco Pi y Margall: Federalismo y región histórica.

Brañas publica su famoso libro «El Federalismo» en 1889. Fue luego a Cataluña para dar unas conferencias las cuales —según

reconocería posteriormente Cambó— impresionaron fuertemente a Prat de la Riva, que entonces aún era estudiante.

Las teorías políticas de Brañas ejercieron también mucha influencia en el pensamiento de Sabino Arana Goiri, de Eskadi.

El regionalismo de Prat de la Riva origina el movimiento político de la Mancomunidad catalana. El renacimiento vasco fue iniciado por la acción del partido nacionalista, fundado por Sabino Arana en 1894.

Ni Alfredo Brañas, ni su principal discípulo Manuel Murguía eran hombres políticos. Ellos nunca pretendieron formar un partido, no trataron seriamente de organizar aquellas fuerzas susceptibles de convertir el regionalismo teórico que propugnaban en regionalismo práctico y administrativo.

Huyendo de la acción directa, se conformaron —siempre dentro de la denuncia— con la conquista de las inteligencias.

En aquel inolvidable discurso pronunciado por Alfredo Brañas en la inauguración del curso académico del año 1892, dijo:

«Si la centralización en todas sus formas ha sido la causa única de la crisis económica de la época presente, está claro que la descentralización regional, en todas sus manifestaciones correlativas, será también el único remedio que podamos aplicarle».

* * *

Brañas tuvo muchos discípulos en La Coruña. Uno de ellos fue don Eugenio Carré Aldao.

La familia Carré, tan importante en la historia de la cultura gallega, es de origen catalán. Descienden de un mozo de Gerona, panadero de profesión y que se llamaba Juan Carré Bartrá. El primer Carré llegó a La Coruña poco antes de la revolución de Riego, montó una tahona en donde fabricaba el mejor pan de la ciudad, se metió en la política liberal y pasó alguna temporada en la cárcel.

Eugenio Carré Aldao era el dueño de una librería en la calle Riego de Agua a la que, en homenaje a las teorías de su maestro, había bautizado con el nombre de «Librería Regional».

Tanto daba que la llamara Regional como que la hubiera llamado Centralista pues por el nombre oficial la librería no era conocida.

Se le llamaba vulgarmente «A Cova Céltiga».

A la tertulia de la Cova Céltiga, presidida por don Eugenio a quien generalmente llamaban «papá Carré», asistían todos los intelectuales galleguistas de la ciudad herculina: Murguía, Pondal, Martínez Salazar, Lugrís Freire, Eladio Rodríguez González, Vaamonde Lores, Tettamancy, Estrada Catoira, Salvador Golpe y otros.

De cuando en cuando, y aunque no militaba dentro de las teorías de Brañas, les hacía una visita doña Emilia, la condesa de Pardo Bazán.

* * *

Del movimiento regionalista creado por la acción teórica de Brañas y Murguía iban a surgir la Liga Gallega, del año 1897; las campañas de «Solidaridade Galega», las asambleas de Monforte de 1908, 1909 y 1911, el movimiento agrario de «Aición Galega» que dirigía Basilio Alvarez, abad de Beiro; la Real Academia Gallega y las Irmandades da Fala, en el año 1916. Las Irmandades fueron creadas por los hermanos Antón y Ramón Villar Ponte.

Antón Villar Ponte —de nuevo otro nombre mágico dentro del segundo renacimiento cultural— era boticario, pero dejó la botica de Foz para dedicarse al periodismo y a una labor muy activa como conferenciante. Su libro sobre el regionalismo fue un «best seller».

El fundador de las Irmandades tenía, como Antolín Faraldo, una personalidad romántica y exaltada. De joven viajó mucho, fue periodista en Cuba, tuvo varios duelos y siempre sufrió de una gran penuria económica y de grandes dolores de estómago. Siempre tenía que estar tomando bicarbonato.

Algo del romanticismo de Villar Ponte pasó a las Irmandades da Fala y, si las Irmandades iniciaron una acción política ello se debe quizá a la influencia personal de Lois Porteiro Garea.

Porteiro Garea era de Lugo, profesor de Derecho Civil en la Universidad de Compostela. Era, después de Brañas, el segundo catedrático que se incorporaba al galleguismo. El tercero sería don Salvador Cabeza de León, catedrático de Derecho Internacional y el cuarto don Armando Cotarelo Valledor, catedrático de Literatura.

En el movimiento de las Irmandades se encuadra la juventud gallega y surgen, por primera vez, los nombres de la que sería luego conocida como «generación Nós»: Alfonso Castelao, Vicente Risco, Ramón Cabanillas, Antón Lousada Diéguez, Florentino Cuevillas, Ramón Otero Pedrayo...

Las Irmandades da Fala resucitan en La Coruña una revista fundada por Carré Aldao: «A Nosa Terra» y uno de los más brillantes colaboradores era Xoán Vicente Viqueira, filósofo formado en Alemania, galleguista ferviente y profesor en el Instituto de Santiago que, para desgracia de la cultura gallega, moriría en plena juventud.

* * *

Las Irmandades da Fala celebraron la primera «xuntanza» en Lugo el año 1917. La segunda tuvo lugar en Santiago donde reclamaron la creación de cátedras en gallego y el establecimiento de una universidad industrial. Vigo fue el escenario de la tercera de sus asambleas en la que se ocuparon de la cuestión agraria. La cuarta se celebró en Monforte, fue promovida por el notario Banet Fontenla quien pidió que se redactaran en gallego todos los documentos notariales y judiciales.

Para asistir a la última de las «xuntanzas» llegó desde Cataluña Cambó, revelándose como el gran orador de la Galicia moderna Luis Peña Novo. Hizo la presentación de Cambó un joven orensano, muy interesado en el budismo y en las ciencias esotéricas, que se llamaba Vicente Risco.

Muchos años después, escribiendo ya desde el exilio y en Buenos Aires Castelao diría: «Sempre, sempre me lembrarei daquelas primeiras xuntanzas, cando comprobamos que, por falarnos gallego, podíamos discutir sin disputar. E sobor de todo, aquel sentido afán de chamarnos *irmáns*».

La labor cultural realizada por las Irmandades da Fala es muy considerable. Iniciaron los primeros cursos de enseñanza del idioma gallego, crearon un conservatorio de arte nacional gallego y luego una escuela dramática donde estrenó «Man de santiña» Ramón Cabanillas.

Fruto de aquella simiente cultural, fruto de aquella meritoria labor que, con tan pocos medios realizaban las Irmandades da Fala, es la llamada *generación Nós*, la más brillante generación literaria de que se tiene memoria en Galicia desde los tiempos de los trovadores medievales.

(Conferencia pronunciada en el Centro Gallego de Buenos Aires el 25-7-71)

ALFONSO RODRIGUEZ CASTELAO

La «generación Nós» tiene, dentro de la cultura regional gallega, una importancia semejante a la que tuvo la «generación del 98» en la nacional. Se trata igualmente de una generación catalizadora, patriótica, dentro de una rebeldía contra lo establecido, y profundamente ligada a la tradición y al sentir del pueblo.

Se consideran como las figuras más representativas de la «generación Nós» a Alfonso Rodríguez Castelao, Ramón Otero Pedrayo, Vicente Risco, Ramón Cabanillas, Antón Lousada (o Losada) Diéguez, y Florentino Cuevillas.

De los cinco, el único que todavía vive para gloria de la cultura gallega y española es Ramón Otero Pedrayo.

Otros nombres pueden ligarse de una manera más o menos directa a los ya citados: Antón Villar Ponte, el creador de las «Irmadades da Fala»; Xoán Vicente Viqueira, el filósofo formado en la Institución Libre de Enseñanza; Antón Noriega Varela, el poeta de la montaña y los políticos, profesores, periodistas, como Luis Porteiro Garea, Leonardo Rodríguez, Alexandre Bóveda, Xaime Quintanilla, Antón Alonso Ríos, Luis Peña Novo, Suárez Picallo, Manuel Portela Valladares, Basilio Alvarez...

El nombre por el que la distinguimos, ese «nós» o «nosotros», le fue impuesto por Castelao un día del mes de junio del año 1920 cuando el grupo se reunió en el café Méndez Vigo de Pontevedra con el propósito de crear una revista literaria.

Ya Castelao había presentado en varias ciudades de Galicia esa extraordinaria colección de dibujos que componen los álbumes «Nós». A Vicente Risco le pareció acertado el nombre propuesto por el que iba a ser director artístico de la revista y al bautizarla el grupo, sin saberlo, se bautizaba a sí mismo.

* * *

Las dos grandes figuras carismáticas de la «generación Nós» son Alfonso Rodríguez Castelao y Ramón Otero Pedrayo.

Castelao había nacido el 30 de enero de 1886 en Rianxo, La Coruña.

Idolo de Galicia, adorado por todas las tendencias y por todas las clases, Castelao es un ser humano dotado de un atractivo poco común. Todos cuantos le trataron percibieron la fuerza de su magnetismo y durante aquellos meses que pasó destinado en Badajoz, su jefe administrativo llegó a decirle en son de broma:

—Mire Castelao, le agradecería que no volviera por esta oficina, que si está usted aquí, por el afán de oírle ya nadie trabaja.

* * *

Al atractivo de Castelao coopera el dualismo de su persona. Criado en circunstancias que podría llamar «modestas», si no odiara yo tanto esta calificación, hijo del pueblo pescador y labriego, debido al «status» post emigratorio, a los «pesos» que tan duramente su padre amasó regentando una pulpería en la dura Pampa, se encuadra entre el «señorío» de Rianxo. Estudiante en Compostela, doctor en Medicina, «tuno» que alterna con señoritas distinguidas, en Castelao nunca se pierde aquel niño emigrante que sufre en sí todo el dolor de un pueblo forzado a pedir entre extraños un pan amargo.

Aquel niño que sufre en la Pampa, lejos del familiar Rianxo, y que sueña con matar a un inglés cuando éste, viéndole dibujar los barcos de la flota española, se burla de nuestra armada; este niño —repito— nunca se perdió en Castelao. Una y otra vez renace tanto en sus obras de prosa —salpicadas de vivencias— como en los dibujos.

Así es posible que un labrador o un pescador se sientan hoy hermanados en Alfonso Rodríguez Castelao y que también se sientan reflejados en él los licenciados o los opositores. Castelao fue opositor dos veces, la primera para ganar un duro diario y la segunda para ganar dos.

—Es una carrera de mucho porvenir —manifestó tras haber ingresado en el cuerpo de Estadística—, el presente es malísimo.

* * *

La dualidad de Castelao puede estimarse incluso en el nombre, o nombres, pues queriendo su familia que se llamara *Daniel* cuando le llevaron a bautizar a la iglesia de Santa Comba, el párroco decidió imponerle el nombre de Alfonso, como un homenaje a un futuro rey de España, aún no nacido pero del que ya se sabía que, caso de ser varón, sería llamado Alfonso XIII.

Como en su familia siempre le llamaron Daniel (que es también su nombre poético) Castelao, al abandonar el ejercicio de la Medicina para dedicarse al arte, estuvo vacilando entre firmar sus obras como «Daniel Rodríguez» o como Alfonso R. Castelao, y al fin se decidió por lo segundo.

El padre de Castelao se llamaba Mariano Rodríguez Dios, el segundo apellido es extraño aunque no infrecuente en Galicia.

La madre, una mujer de tipo griego y muy hermosa, se llamaba Joaquina Castelao James, y según algunas versiones cuya autenticidad no abono, el exótico segundo apellido se debe a que entre los antepasados de Castelao se cuenta, como entre los Madariaga, un soldado napoleónico al que el amor u otra circunstancia dejó varado en nuestra tierra.

Incluso su futura grandeza podía estimarse al medir su físico, pues Castelao fue un hombre *altísimo* y como en su tiempo los gallegos —especialmente los del pueblo, tan mal alimentados— no eran muy altos, Castelao parecía Gulliver en país de enanos. En las auto-caricaturas el artista marcaba esta desproporción y en su libro «El primer Castelao», J. A. Durán cuenta que unos zapatos de Castelao que de un modo misterioso llegaron hasta una ropavejería de Avila, debido a su tamaño fueron reconocidos por un amigo.

Ese rostro de Castelao, en donde la intelectualidad y la inteligencia se acusan tras los gruesos lentes, recuerda bastante al de Bertoldt Brecht, pero Castelao es más *guapo* que el alemán.

* * *

Tiene como base el mito de Castelao su profunda desgracia. En primer término es el trauma emigratorio de la niñez y la anterior ausencia del padre, luego es su profunda compenetración con el pueblo gallego y sus males que le producen aquella angustia vital muy semejante a la de Rosalía y a la de Curros Enríquez que el humorismo apenas si logra velar. También, aunque no quiero hacer mucho hincapié en esto, ya que no puedo precisar cuanto hay de verdad y cuanto de fantasía, parece que existió en su juventud una tragedia amorosa, al visitar una noche a su enamorada descubrió que estaban velando su cadáver.

No hay duda de que Virginia, la hija del abogado de La Estrada Camilo Pereira, fue una compañera para Castelao. Era una mujer graciosa, muy bella y elegante en su juventud, hacendosa y discreta y quizá por suerte, ya que Castelao parece haber sentido una cierta prevención ante la mujer letrada, nada intelectual. Yo aún he tenido la suerte de conocer a Virginia, ya que falleció en 1969 en Madrid.

Aquel matrimonio tan ajustado tuvo la tragedia de perder a su único hijo cuando éste tenía unos 16 años. El amor a los niños se refleja también en la obra de Castelao, que abunda en chiquillos de exposición patética.

A la tragedia del hijo hay que añadir la ceguera. Como Milton, Castelao acaba por quedarse ciego, o casi ciego. Al final solo veía como un pequeño caño de luz del que se servía para dibujar aquellas obras impresionantes reflejos de una Galicia idolatrada que yo pude contemplar en Buenos Aires.

Un día después de que Castelao pronunciara su primer discurso en las Cortes de la República defendiendo la lengua de Galicia, el dibujante Bagaría publicó en «El Sol» una caricatura que estremece debido a la penetración psicológica. Bagaría representó a Castelao con el corazón abierto y sangrando y al fondo a una mujer aldeana que levanta a un niño en sus brazos y a un barco que se aleja... Bagaría, penetrando a la vez en el pasado y en el futuro, se estaba adueñando del destino de Castelao.

¿Si para todo gallego, vivir de un modo perenne lejos de la tierra constituye un tormento, cuál no sería el de aquel hombre tan sensible y patriota que fue Alfonso Rodríguez Castelao? «Cuan-

do llegues a La Coruña —le dijo Castelao poco antes de morir a un amigo que se volvía a Galicia— buscas un pino y le das en mi nombre un abrazo y un beso».

* * *

Ese amor a la tierra se nos descubre a cada paso en la obra artística de Castelao en donde se percibe también que ante todo y por encima de todo nuestro autor es un moralista de corte clásico.

* * *

Hombre profundamente humilde, Castelao, en los últimos tiempos, intentó rehuir el proceso de mitificación. «Que no me llamen patriarca —dijo enfadado un día, según nos cuenta Blanco Amor— que se *empatriarquen* ellos».

Alfonso Rodríguez Castelao falleció el 7 de enero de 1950 a los 64 años, víctima de la más cruel de las dolencias que soportó cristianamente, con un estoicismo que le acerca a las grandes figuras de la antigüedad clásica.

(Artículo publicado en «La Voz de Galicia» en diciembre de 1974)

(Viene de la solapa 1.ª)

Aldao... hasta el amor de Castelao por Pontevedra, y tantas y tantas cosas que, especialmente en Buenos Aires, dejaron asombrada a María Victoria al ver tantos hombres sacrificando sus vidas participando con su patriotismo en una batalla que se libra en medio de tanta oscuridad e indiferencia, y en algún momento se pregunta: «¿Quién le agradece a nuestros intelectuales de la emigración y del exilio seguir manteniendo la llama sagrada frente a los embates de las culturas ajenas, más fuertes, más ricas, más poderosas que la nuestra?». Las crónicas que sirvieron de base a este libro constituyen, en general, una recogida a tiempo de una historia que anda por ahí olvidada y bastante deformada. D. P.



Victoria Armesto, por Luis Seoane

María Victoria Fernández España, que conocemos ejerciendo el periodismo como Victoria Armesto, luego de su matrimonio con el periodista Felipe Fernández Armesto, nació en A Coruña en el seno de una conocida familia en la que se cruzó un periodista y empresario de excepción: Don Juan Fernández Latorre —fundador de «La Voz de Galicia» y cofundador de «La Biblioteca Gallega»— del que María Victoria es nieta. María Victoria nació por los años veintitantos. Vivió —en el sentido testimonial, que a veces hubo de ser mudo, lo fue para todos— los hechos convulsionados de la sociedad de nuestro tiempo, espe-

(Pasa a la solapa 1.ª)